

# LA GUERRA DE LOS BRUJOS DE LA SIERRA DE PUEBLA

## TIMOTHY KNAB

Un viaje por el inframundo de los aztecas contemporáneos

PRIMERA EDICIÓN, ABRIL DE 1998

Un agradecido reconocimiento por el permiso para utilizar material de *A Scattering of Jades* de T.J. Knab y Rita Wilensky. Traducciones del náhuatl copyright © 1993 por Rita Wilensky. Material original copyright © 1993 por T.J. Knab. Reproducido con autorización de Simon & Schuster, Inc. Ilustración capitular basada en un diseño floral de Teotihuacan; cortesía de Doris Heyden. Ilustración de Jaime Robles.

Diseño e ilustración de portada: Alfredo Tollo

ISBN 968-13-3084-6

DERECHOS RESERVADOS © - Título original: *A WAR OF WITCHES* -Traducción: Gustavo Pelcastre - Copyright © 1995 by Timothy J. Knab - Publicado por Harper San Francisco a Division of Harper Collins Publishers -Copyright© 1998 por Editorial Diana, S.A. de C.V. -Roberto Gayol 12 19, Colonia Del Valle, México D.F., C.P. 03100.

*IMPRESO EN MEXICO - PRINTED IN MEXICO*

Prohibida la reproducción total o parcial  
sin autorización por escrito de la casa Editora.

Por respeto a la privacidad y tradiciones de los habitantes de la Sierra de Puebla, se han alterado los nombres propios (salvo el del autor), las relaciones de parentesco y los nombres de los lugares para preservar su identidad. Los hechos han sido modificados y los lugares recreados para mantener la coherencia narrativa del relato y proteger la identidad de los personajes. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Para la mujer de cabellos blancos que insistía en que me acogiera a sus tradiciones.

*Miek tasocomatic tonantzin*

### CONTENIDO

1. Descubrimientos	1
2. La Cueva	15
3. El Curandero	33
4. Talocan	47
5. El Nagual	63
6. El Brujo	91
7. La Senda	105
8. Curar y Matar	121
9. La Guerra de los Brujos: Los Inicios	143
10. Cruz . .	163
11. La Guerra de los Brujos: El Final	181
12. El Camino Hacia Talocan .	201
Glosario	209
Agradecimientos	217

.....

1.....

.....

### *Capítulo 1*

#### DESCUBRIMIENTOS

*San Martín Zinacapan, Sierra de Puebla; México,  
a 12 de septiembre de 1974.*

Una mujer con una capa roja de polietileno para protegerse de la lluvia entre arroyuelos y charcos llenos de fango por la brecha que conduce a la casa de don Inocente.

Estuve sentado adentro casi toda la mañana con este viejo caballero, quien me ayudaba a traducir la cinta con la grabación de uno de sus fantásticos relatos, la cual había yo hecho unos días antes. Don Inocente era un magnífico narrador, un cuenta-cuentos consagrado.

Este anciano delgado, de cabello cano, podía hablar con una docena de voces, entre murmullos y gritos, con palabras que retumbaban y parecían salir de la profundidad de su ser. Desde mi asiento, podía ver a través de la puerta abierta que la mujer con la capa se aproximaba hacia nosotros. Había llovido mucho, así que no tuvimos visitas que nos distrajeran de lo que estábamos haciendo. Aunque casi siempre llueve por las tardes en esa parte de la Sierra de Puebla, el sol había teñido el paisaje con tonos de amarillo brillante y verde. Definitivamente, aquella mujer interrumpiría nuestro trabajo del cuento de don Inocente. Eso me irritó.

Había ido al mercado, a juzgar por la canasta llena que llevaba debajo de la capa, y quizás también a misa, por la ropa que vestía. Tal vez era de San Andrés, un pueblo vecino. Debajo de su capa, pude distinguir que el cinturón rojo y negro tejido a mano con que sostenía su voluminosa falda negra de lana tenía el diseño que solamente se utiliza en ese pueblo. Como era normal en esa parte de la Sierra, llevaba sobre la cabeza su mejor *quechquetmitl*, una prenda triangular de origen precolombino, confeccionado con un fino sedal que tal vez ella misma había tejido. Debajo de dicha prenda, portaba un tocado de *mecapal*, una corona realizada con gruesos cordones de lana morada y verde oscuro, entretejidos con trenzas del cabello de sus antepasados. Anudada y atada alrededor de la parte superior de su cabello, formaba una enorme diadema de más 30 centímetros de alto.

Tal vez su marido e hijos estaban en Quetzalan, o quizá los ya iban a casa, también cargados con las provisiones de la emana, mientras el papá estaba en el pueblo tomándose unos tragos de refino, alcohol fuerte de caña que se produce en aquella zona.

Así vestida definitivamente no había ido a San Martín a chismo-

rrrear con otras mujeres sobre sus vecinos o la cosecha de guayaba que estaba empezando a tener lugar --eso lo podía hacer cualquier otro día-, fue a la casa de don Inocente por algún motivo específico.

-Querido tío, honorable compadre y padrecito, ¿está oscureciendo? -habló en un tono melodioso y respetuoso al acercarse a la puerta. El náhuatl está estrechamente vinculado con el azteca clásico y posiblemente sea la lengua de los antiguos toltecas. Como estaba en las afueras del antiguo imperio, en la Sierra de Puebla existe un dialecto que no tiene tantas palabras de alabanza o respeto como otras variantes del azteca\* moderno, pero sigue siendo muy apreciado el uso adecuado de las palabras. Incluso, aquí, a los líderes se les llama tlatoani -"el orador", "maestro de la palabra", "el que dice algo". Esta mujer empleaba las formas más elegantes del lenguaje que conocía, de tan decidida que estaba por hablar con Inocente. Su visita interferiría seriamente con nuestro trabajo, pero yo nada podía hacer al respecto.

Don Inocente se levantó del banco frente a su altar familiar, el cual dominaba la habitación principal de la choza. Pasándose las manos por el cabello blanco y tanteando la mesa frente a mí, donde estaban mis notas y grabadora, se dirigió a la puerta. Ahí se detuvo, como si tratara de distinguir a aquella mujer. Pero sus débiles ojos estaban tan nublados, que apenas si podía apreciar la luz intensa y la oscuridad.

-Pasa a mi humilde casa, hijita -respondió, aunque sin el mismo refinamiento con el que la mujer se había presentado.

Ella entró en la choza. Yo me incorporé de la mesa junto al muro e Inocente regresó a su asiento frente al altar. Esquivé la linterna que colgaba del techo ahumado y me les quedé viendo. Tal vez no traduciríamos más esa tarde.

Salí de la habitación y me senté en un banco bajo la cornisa, con solo un frágil muro de cartones viejos separándome de ellos.

\* El autor usa el término "azteca" como sinónimo del idioma náhuatl. (N\_ del T.)

Encendí un cigarrillo y miré hacia la calle. Contemplé a una pollada hurgando en el suelo junto a un cerdo en el patio del vecino, a un perro pardo sarnoso que se rascaba la piel ya dos niños que jugaban en la brecha fangosa. En dirección opuesta, rumbo a Quetzalan, las colinas semitropicales al occidente, estaban decoradas con cafetos bajo una bóveda de altos árboles. Las brillantes bayas estarían maduras en unos cuantos meses. El sol brillaba en todo su esplendor y hacía que las nubes blancas y grises se acumularan con pomposa elegancia.

Me presentaron a don Inocente como curandero, huesero y narrador profesional. El y doña Rubia, una encantadora bruja, se habían echado a cuestras la tarea de enseñarme las costumbres de los lugareños. Como muchos otros habitantes de San Martín, don Inocente pensaba que yo no hablaba mucho náhuatl y que, por lo tanto, era seguro hablar en dicha lengua ante mí sobre todo lo que les viniera en gana. Sin embargo, a lo largo de mis estudios en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en la ciudad de México y mientras vivía en Cholula, poblado aledaño a la ciudad de Puebla, aprendí dos idiomas afines al azteca, por lo que entendía, en términos generales, las conversaciones en dicha lengua. Así,

estaba aprendiendo más y mis supuestas limitaciones tranquilizaban a las personas a mi alrededor. Mi grabadora seguía encendida, así que me senté a fumar, me dediqué a mirar las colillas y a escuchar lo que captaba de la plática.

Me preguntaba por qué la mujer, tan elegantemente ataviada, quería ver a Inocente. Este hombre era un conocido practicante de

terapéuticas tradicionales, por lo que tal vez solo se trataba de una paciente más. El anciano era un solicitado curandero y nos estaban interrumpiendo. A algunos de sus pacientes los trataba de inmediato sintiéndoles el pulso y con masaje en partes del cuerpo, además de recomendarles beber infusiones de varias hierbas. En el caso de otros, elevaba plegarias y hacía ofrendas por ellos en su altar; haría "lo que pudiera- por ellos. A otros más les pedía volver otro día. Yo esperaba que esta

5

mujer estuviera en este último caso para poder volver a nuestra traducción. Escuché atento su conversación a través del delgado muro.

-Sí, apreciada mujer, ¿en qué te puedo servir? --preguntó Inocente.

-Ay, señor, si supiera todo lo que ha pasado en mi humilde casa --comenzó a quejarse-. Usted, señor, que ve con tanta claridad -y pensé en las cataratas que le nublaban la vista-, debe ver lo que nos ha sucedido a mis hijos y a mí en mi humilde hogar. Por favor, señor...

-Apreciada mujer -inquirió el anciano-, ¿acaso eres hija de mi querido compadre José? Se refería a la relación del compadrazgo, la de los parientes rituales; personas incluso más unidas que los parientes sanguíneos por obligaciones sociales mutuas. Era evidente que trataba de ubicarla, los grises ojos del anciano no distinguían el cinturón que indicaba que la mujer era de San Andrés, pero tal vez intuía, por su acento, que no era de San Martín.

Ella explicó presurosa que un pariente lejano de ambos, a quien Inocente había hecho algunos favores, le había sugerido que lo visitara. En realidad, la mujer no era su comadre en el sentido estricto, pero seguía utilizando un discurso arcaico para mostrar al anciano el mayor respeto posible.

-Querida mujer, ¿qué pudo ocurrir en tu humilde casa que te hizo venir hasta aquí a ver a este viejito? -preguntó. Tal vez en ese momento, Inocente sabía las razones de su presencia y también lo que deseaba, pero evidentemente decidió escucharla antes de poner manos a la obra. Preguntó cuál era su problema.

-Se trata de mi... de mi... hija --dijo vacilante y comenzó a explicarse de una forma bastante ambigua.

La muchacha acababa de fugarse con un joven de la parte indígena de Quetzalan y, según las tradiciones locales, ya eran marido y mujer. El muchacho ya trabajaba como albañil en la ciudad de Puebla, capital del estado del mismo nombre. La quejosa y su marido habían tratado de que su hija tuviera un matrimonio

6

formal en su pueblo. Era una verdadera tragedia, explicó, pues pensaron que habían encontrado a un pretendiente trabajador que ayuda a labrar la tierra y cosechar la siembra. Necesitaban esa ayuda, para recoger su café, prosiguió, pero su ingrata hija los engañó huyendo de su casa. Ahora no tenían nada.

Lo peor, añadió, fue que el joven que se robó a la muchachita también había hurtado algunos pollos y algo de dinero al escapar con ella. Por supuesto, la hija no tuvo nada que ver con todo eso, le aseguró a Inocente.

Pensé que era muy probable que la muchacha, tras haberse enterado de un prospecto no deseado elegido por los padres, había tenido mucho que ver en el plan de escaparse de casa. La pérdida de la hija representaba un serio golpe para la economía familiar, pues generalmente el yerno pasa por lo menos un año ayudando a los padres de la esposa antes de formar su propio hogar o de volver con su mujer a la casa de los padres de ella. Hay casos en los que, incluso, éste opta por quedarse de manera permanente con los suegros, lo cual significa una gran ayuda en términos de trabajo.

La huida, supuse yo, no había sido del todo espontánea, ya que la joven pareja habría tenido que comprar boletos de autobús con varios días de anticipación. Conforme hablaba la mujer, pensé tener una vaga idea del joven al que se refería; era uno de los albañiles que trabajaban en la construcción de una nueva escuela en San Andrés, por parte de la Secretaría de Educación Pública. También sabía que el arquitecto responsable de la obra le consiguió el trabajo en Puebla y que había estado ahí algunos meses antes de escaparse con la joven. Seguramente, este no era el robo que la mujer sentada frente a Inocente intentaba aparentar, aunque se trataba de una práctica muy común en la zona. La plática empezaba a ponerse interesante y ya no pensaba más en la traducción que interrumpimos. Escuchaba con mucha atención. Al terminar su triste relato, Inocente preguntó:

-¿Qué te gustaría que le pasara a este joven, querida mujer?

7

Ella respondió de inmediato:

-Algo un poco malo, un poco terrible, oh señor.

-Ah, ¿buscas justicia para esto que sucedió en tu humilde casa? -inquirió Inocente.

"Justicia " es algo muy importante para quien busca la ayuda de los dioses de las tinieblas. Si ellos consideran que la causa es justa, pueden provocar devastación entre los vivos -con la ayuda de un brujo o hechicero, por supuesto-. Había escuchado del "mal de ojo" y de los "vientos nocturnos", pero durante mi formación me hicieron creer que la brujería en la Sierra de Puebla era algo más que magia receptiva. Creía que su eficacia se basaba simplemente en arraigadas creencias compartidas del cliente, el practicante y la víctima. Si todos pensaban que funcionaría, así sería. Si el brujo tenía una participación directa, se realizaba a través de una buena campaña de rumores o chismes mal intencionados o mediante comentarios entre quienes conocían a la víctima en el sentido de que ésta había sido "embrujaada".

El anciano empezó a explicar las cosas que podía hacer y que eran "algo malas". Por una parte, sonaba como el repertorio normal del que se hablaba en el salón de clases y en el campo. Por la otra, algunos investigadores habían señalado que, debido a una oleada de asesinatos en las décadas de 1920 y 1930, San Martín tenía una fama bastante siniestra de ser un pueblo atestado de brujos.

Incluso, la gente que no pertenecía a las comunidades indígenas en la vecina Quetzalan pensaba que San Martín era un lugar peligroso. Aunque no les interesaban mucho los cuentos de brujería -sólo era algo que "esos indios se hacían entre sí-, no dejaba de ser motivo de comentarios. Pensé en doña Rubia, la comadre de Inocente, y sus inquietantes relatos de sueños en los que trataba de salvar almas embrujadas. En los cinco años que llevaba visitando la región, me enteré de por lo menos dos personas muertas a causa de un maleficio. Una mujer, a quien llevé a Quetzalan a ver al boticario local, el "doctor" Morán, semejaba haber perdido las ganas de vivir tras enterarse de que había sido embrujada. Tal vez el

8

efecto se debía a la magia receptiva y la sugestión, pero lo que escuchaba ahora empezó a convencerme de que había más de lo que suponíamos mis colegas y yo. Inocente advirtió:

-Los vientos malignos que llevan la "sombra de la muerte" por lo general soplan de norte a sur. Como Puebla está en el sur, tal vez uno de ellos pueda influir en él para que tu hija vuelva a casa. Sin embargo, esto está lleno de peligros, porque no es fácil dirigir los vientos malignos. También es posible que le perforen el corazón pues, cuando la "sombra de la muerte" desciende, puede influir en cualquiera. Cuando los vientos soplan desde las cuevas de los murciélagos, soplan por todas partes e influyen en quien se les atraviese.

Cada vez más emocionado, me concentré para escuchar al anciano:

-La "sombra de la muerte" llevará a la profundidad su oscura sombra (su *ecahuil*). Matará a su *nagual* y seguramente su *tonal* (su alma), lo seguirá al inframundo. Entonces será tan bueno como la muerte, pero para eso debo ver primero su "verdadera" sombra, si la voy a tomar. También podríamos ponerle en alguna parte la "flor de las tinieblas".

La "flor de las tinieblas", tenía yo entendido, era el término metafórico utilizado para referirse al aspecto y forma del inframundo, pero en este caso (Inocente puso manos a la obra), resultó que se trataba de un pequeño trozo de una gruesa hoja negra. El viejo aseguró a la mujer que era una *yohualxiuit*, "una hoja de las tinieblas", y no una *hoja santa*. En la parte lisa de la hoja, que es la superficie que puede tocarse, había residuos de una mezcla de resina y barro. Por el otro lado, un trozo de obsidiana molida fue mezclado con el veneno de la planta y adherido con una goma hecha con el seudobulbo de una orquídea local. Esto fue cubierto con otra hoja delgada y otra capa de goma. Había que manejar con mucho cuidado esa "planta", explicó a la mujer. Debe "darse" a la víctima en cuestión, quizá con un abrazo o con una palmadita en la espalda, y "plantarse" justo en la nuca, si es posible. Aun si la víctima llegara a descubrirlo antes de que las toxinas hicieran efecto, sabría que

9

merodeaba un brujo. En ese momento el poder de la sugestión y el temor son tan poderosos como la "flor" misma. Esta última parte era todo lo que los antropólogos habían logrado entender.

-También está la "noche de la muerte" que podría afectarlo -prosiguió Inocente-. Esto lleva la oscuridad de la cueva a su corazón y alma (su *yollo* y *tonal*) y los conduce al inframundo (Talocan). Para esto debo tener algo de él, cabello, uñas o tal vez alguna ropa; la interior es la mejor (taparrabo fue el término arcaico que utilizó). Prepararé esas cosas en la noche. Luego, deberás depositar en su *petate* las cenizas de estas cosas que quemaré con copal para los dioses. Entonces la oscuridad de la noche (de la cueva de los Dioses) entrará en su corazón y no pasará mucho tiempo antes de que éste se quede para siempre en las tinieblas de la tierra. Pero esto será peligroso, pues si duerme con tu hija, también podría llevarse.

- Otra técnica sutil descrita por Inocente implicaba rociar la ropa del joven con un polvo hecho de resinas de otra planta local conocida como garra de jaguar, mezclada con un barro finamente molido. Sería muy difícil quitarlo, causaría una fuerte irritación y llagas en la piel, pero como no era bastante tóxica como para provocar la muerte, el anciano dudaba. Sin embargo, aseguró a la mujer que causaría gran sufrimiento al joven.

-Es como las "flores de la muerte", que alguien tiene que poner en su dormitorio, pero seguramente afectará a ambos si es colocado en su lecho... Entonces, el manto de la noche los consumirá, atrapará sus almas y las mantendrá juntas, eternamente.

En un tono ligeramente siniestro, Inocente explicó que "flores de la muerte" está hecho con una flor blanca mortal, molido y mezclado con otro polvo fino y blanquecino de una piedra caliza. Cuando las víctimas lo inhalan, "no seguirán durante mucho tiempo su camino por la tierra. Descansarán por siempre".

-El "mal de ojo" y la "sombra de la muerte" son otros dos hechizos, pero tendría que ir a Puebla si quisieras que los llevara a cabo -agregó-. Pero una vez realizados, no pueden seguir

10

sus días juntos y tu hija tendrá que volver a tu casa. En el caso de los otros, podrías visitarla con las cosas que yo te daría; lo suficiente para cortar la vela del joven que extinga su existencia.

"Si en realidad buscas la justicia, los dioses de la tierra harán que así sea, si se les pide de la manera correcta. La Santísima Tierra es justa. Si este joven ha hecho todo esto de mala fe, si en verdad ha robado a tu hija, tu pequeña, entonces nos harán justicia en la tierra. Se lo llevarán de entre nosotros en la tierra. Tal vez deberíamos recurrir al 'viento de la noche' para que se encargue de este joven", concluyó Inocente.

-¿Y qué es el "viento de la noche", señor? --preguntó la mujer.

-Dale a tu hija algunas de las velas e incienso que te prepararé. Dile que son para su marido, para que tengan un hijo fuerte. Eso hará que se acabe su camino. Él deberá quemarlas cuando la joven no esté en la casa. Ellas (las velas) llevarán hasta él el "viento de la noche". El "viento de la noche" está en el humo. Es denso y negro, como la noche. Proviene de la "flor de la noche" (la *yohualxochitl*) que, cuando se abre, deja que la oscuridad de la cueva salga al inundo.

"Mezclaré los jugos de esta flor de la noche con las velas y el copal y el humo no lo dejará volver a ver la luz del día. Deberán ser encendidas en un cuartito, tal vez en su altar", sugirió Inocente. "Si le dices a tu hija que es para que tenga un hijo fuerte, entonces es posible que el joven las encienda. ¡Así cortaremos su vela de ladrón!" El anciano rió entre dientes.

La planta a la que se refería Inocente contiene una poderosa neurotoxina y supuse que al ser consumida en una habitación cerrada podría paralizar los pulmones o, por lo menos, dificultar mucho la respiración. ¡Y siempre había pensado que el "viento de la noche" era una metáfora piadosa que formaba parte de la magia receptiva!

-Eso serpia justo --respondió la mujer y comentó estar segura de que su hija aceptaría el obsequio. Después de algunas deferen-

11

cias sociales formales, los dos se pusieron de pie y fueron hacia la puerta.

-Son diez pesos, por favor -dijo Inocente-, y lo prepararé en mi altar esta noche. Deberás regresar dentro de cinco días -la mujer hurgó entre su blusa, sacó un billete y se lo dio.

Yo estaba apoyado contra la pared, aún sorprendido por lo que acabada de escuchar, pero tratando de disimularlo. Tras guardar el dinero en el bolsillo de su camisa, Inocente se despidió de la mujer. Luego se volvió hacia mí, sonrió y me dirigió su nublada vista.

-Bueno, ¿a poco no es excelente que sólo haya curanderos por aquí? --me dijo-. ¿No es una fortuna que ya no haya brujos? --preguntó en español.

Este encantador anciano que tanto me había ayudado cuando estuve en el pueblo no sólo era un curandero, sino que también era capaz de matar. Era mi confidente en este lugar. Junto con su amiga, doña Rubia, que era otra curandera, me había enseñado su idioma y la forma de comportarme como un buen habitante de San Martín. ¡Ahora se reía de mí en secreto!

Con una sonrisa evasiva, Inocente prosiguió:

-¿Sabes?, una vez hubo aquí muchos brujos. ¡Caray! Había bastantes, docenas, centenas, en todas partes y luego se acabaron unos con otros, como es de todos sabido. Hubo una época en que este pueblo era famoso por sus brujos. Estaban por todas partes, haciendo daño.

Cuando la mujer se alejó, me invitó a pasar a la casa. Una vez adentro, me acerqué a la mesa y haciendo el menor ruido posible, apagué la grabadora. Al otro lado de la mesa, Inocente se fue guiando hasta su reclinatorio en el altar. De la parte posterior extrajo una botella de *yolixpa*, que literalmente significa "ante el corazón", un fuerte licor de hierbas de ese lugar no muy diferente del *chartreuse* y dos vasitos.

\*\* *Chartreuse*: Licor de origen francés fabricado actualmente por los padres cartujos de Tarragona. (N. del T.)

-¡Bueno, ya lo sabes! --dijo al tiempo que nos sentábamos-. Una vez este pueblo estuvo lleno de brujos, pero todos fueron muertos por sus propios maleficios. ¡Ten! Reconforta tu corazón y no oscurecerán tus días sirvió y me dio un trago de ese verdoso licor.

Después de hacer una pausa para servirse uno y darle un sorbo, siguió hablando acerca de los males hechos alguna vez por los brujos en San Martín. Comenzó a relatar algunos pasajes de lo que llamaba *la guerra de los brujos*. Eran fragmentos, pero bastante detallados, y hasta incluían una breve lista de las víctimas. Mis propios sentimientos también eran fragmentos, pero de ira y regocijo por lo que estaba descubriendo. Tomaba mis notas furiosamente. El rostro de don Inocente se iluminaba mientras hablaba de aquellos días y después de haber bebido unos tragos más. Terminó la plática asegurando de nuevo que la brujería era cosa del pasado.

-Es una suerte que todos los brujos estén muertos ahora, ¿no es cierto? Ellos eran viles y malos, ruines. Cosas malas -repitió, de manera concluyente.

HABÍA DOS FORMAS de regresar a Quetzalan, donde me hospedaba, y elegí el viejo camino de terracería que cruzaba la selva. Mis pensamientos comenzaban a aclararse y empecé a desear no haber entendido aquella conversación. Tal vez, el anciano y la mujer sólo platicaron metafóricamente. ¡Quizás aquel joven no estaba a punto de ser asesinado por su propia suegra! Pero por lo menos algo de lo hablado en verdad funcionaría, de eso estaba seguro. Los "vientos de las cuevas de los murciélagos", a los que Inocente se había referido, me hicieron recordar el caso de dos jóvenes arqueólogos de Yucatán que recientemente habían contraído el "mal del murciélago". Esta enfermedad era bastante común en la Sierra y varias cuevas eran conocidas como albergue de las esporas causantes del padecimiento. Todas ellas eran conocidas como cuevas de brujos. A ambos arqueólogos se les diagnosticó equivocadamente tuberculosis, y cuando finalmente se descubrió en la ciudad de México que

se trataba del mal del murciélago, fue demasiado tarde para uno de ellos. El otro sufrió daños pulmonares irreversibles.

Me sentí muy ansioso al escuchar otra vez la cinta ya en mi hotel. Al entrar en mi habitación, conecté la grabadora. Tuve la precaución de usar los audífonos para que nadie más la escuchara. El mozo y las camareras en el hotel hablaban náhuatl y Polo, el ayudante del mozo, incluso me había ayudado con algunas traducciones. Mi náhuatl en ese entonces no era tan fluido, pero era suficiente para entender con claridad, con la ayuda de mi diccionario, la mayor parte de la conversación. Seguía sin poder creer lo que escuchaba de la cinta. Volví a escucharla anotando las palabras y frases que no conocía. No sabía qué hacer. No podía preguntarle a Inocente o a los otros curanderos. En la Sierra los chismes corren como reguero de pólvora y éste sería mi último viaje que daba resultados positivos -por no decir, de hecho, el último- si se llegaban a enterar de lo que había grabado. Sin embargo, en la ciudad de México había un profesor de náhuatl que me ayudaría con las partes de la cinta que no lograba comprender y que tenía sus razones personales para no regresar.

No obstante, después de escuchar la cinta tres o cuatro veces más, lo que podía entender se tornaba muy misterioso, complejo y enredado. Pensé en el joven albañil, una posible víctima de la "justicia del inframundo". Talocan era real para Inocente y él era un medio de sus poderes. La "flor de las tinieblas" no era una metáfora.

Lógicamente, pondría a ese joven sobre aviso. Me causaba tristeza y confusión el hecho de que algo así de serio pudiera tornarse tan a la ligera. Algo se me ocurriría, de eso estaba seguro, aunque tuviera que recurrir al profesor o a algún otro de mis amigos en la universidad.

Pero debía ser muy cauteloso. Pensar en el inframundo azteca como algo más que un concepto vago, recordado a medias y mezclado con interpretaciones erróneas del catolicismo; sería considerado como una herejía, o algo peor, por algunos de mis colegas universitarios. Y es que habían entrevistado a los curanderos sólo

en español. La Santísima Tierra y el infierno eran como conceptos ya medio cristianizados en una lengua traducida. En este sentido, en la periferia del viejo imperio, la antigua religión de los aztecas seguía viva. No había sido erradicada por los conquistadores.

Vi la oscuridad en la plaza a través de la calle desde donde estaba sentado. En la obra de Fray Bernardino de Sahagún, un misionero español del siglo XVI, había leído lo siguiente:

El brujo, *naoalli*, el tergiversador de formas, es un hombre de conocimiento, un sabio, un poseedor de todo...

El buen brujo es un guardián, un custodio del corazón, el poseedor de los hombres...

El brujo malo hace cosas sucias, cosas malas, cambia la forma de las palabras...

¿Qué significaba si el brujo también era curandero? Había visto a Inocente, Rubia y otros curanderos hacer curaciones milagrosas en los cinco años que llevaba visitando la Sierra. ¿Acaso lo que había escuchado significaba que al invocar la "justicia del inframundo" los brujos seguían curando los males de la tierra, su madre y padre, por medio del asesinato?

Finalmente, casi al amanecer, me quedé dormido.

## Capítulo 2

### LA CUEVA

*Dos años después. 10 de julio de 1976,  
Sierra de Puebla, México*

Quetzalan está al final de un camino pavimentado en la montaña. La gran catedral de piedra que domina el pueblo blanqueado con estuco está siendo destruida.

16

La selva ha tratado de devorarla desde que fue construida. Árboles incipientes brotan de la gran torre y los vientos húmedos estimulan el surgimiento de hongos negros y líquenes que, a lo lejos, hacen que la catedral se vea como el adorno de un pastel de boda abandonado.

El pueblo está enclavado en la zona costera oriental de Veracruz, en la frontera de este estado que produce buen café, donde se elevan las montañas del altiplano central de México. Este es un mundo casi perdido y olvidado entre la niebla de los bosques nublados; aquí los helechos crecen más altos que las casas y los postes de las cercas se vuelven árboles. En temporada de lluvias, el clima es cálido y húmedo y la exuberante vegetación rezuma humedad.

A juzgar por la distribución de sus grandiosos jardines, parques y plataformas con concha acústica, el pueblo fue un centro de operaciones comerciales a finales del siglo pasado, pero el tiempo ha transcurrido y otras regiones se han vuelto más importantes. La mayoría de las casas, que alguna vez fueron suntuosas, ahora solamente son habitadas por un grupo cada vez más menguado de ancianos y ancianas. Los jóvenes buscan su realización en otras partes. Aunque el pueblo se sigue atestando de gente los días de mercado, cuando los grupos étnicos de la zona acuden a vender y comprar los productos locales, la magnificencia ha quedado relegada y el auge cafetalero ha llegado a su fin.

Había manejado desde la ciudad de México gran parte de la plomiza tarde, y cuando llegué, estaba oscuro y lloviendo. Tomé la última curva antes de llegar al pueblo; mi *jeep* vibraba en las calles empedradas. Junto a las montañas, se mostraban ante mí construcciones de estuco blanco y piedra gris con grandes alerones que les sobresalían. Las empinadas calles que corren entre ellas, con frecuencia se convertían en escaleras. Seguí por el camino principal y pasé la catedral, con su enorme torre que se elevaba en la oscuridad y las nubes.

Como casi todos los demás en la región, el pueblo fue original-

17

mente construido tomando en cuenta el modelo de la antigua cosmogonía azteca. La plaza central, frente a la iglesia, se divide en cuatro partes que radian de un *axis mundi* en su porción central. Ahí, un enorme poste hecho de un solo árbol alcanza una altura de 18 metros y también penetra en el centro del inframundo. En la festividad de San Francisco, a principios de octubre, los voladores, danzantes que se arrojan atados de los pies por cuerdas desde la punta giratoria del poste, realizan su antiguo ritual de descenso a la tierra. Este patrón se repite en todos los pueblos de la Sierra de Puebla – el cielo, los cuatro puntos cardinales de la tierra y el inframundo-. En las comunidades a las afueras del pueblo, varias cuevas sirven como puerta de entrada a inframundos separados para cada uno y que se unen con un gran inframundo localizado debajo de toda esta tierra.

Seguí conduciendo por el pueblo y entre la oscuridad hasta llegar a la vereda en el otro extremo que lleva a San Martín, más arriba, en las montañas. Un grupo de *Natioanl Geographic* que trabajaba en la zona me informó que doña Rubia, la comadre de Inocente, estaba gravemente enferma, quizá moribunda. Esta mujer había sido mi mentora y me había enseñado incluso más náhuatl y métodos curativos que el viejo Inocente. Tomando en cuenta lo que escuché de Inocente la tarde en que dejé encendida la grabadora, y los comentarios de segunda mano del equipo de la revista acerca del estado de salud de doña Rubia, supuse que se trataba de maniobras sucias: brujería.

Rubia era amable e indulgente, una excelente cocinera y conocida curandera. Regularmente, *viajaba* por las noches a Tlalocan, el inframundo de sus ancestros aztecas, con el fin de encontrar la cura para el alma atormentada de sus pacientes. A lo mejor ella misma practicaba la brujería de vez en cuando, pero siempre se mostró evasiva sobre estos asuntos, asegurándome que los brujos habían muerto mucho tiempo atrás.

Al igual que Inocente, que se mostraba respetuoso hacia la Iglesia Católica, Rubia era devota creyente del poder de los santos

y Jesucristo. Creía mucho en los evangelios, rezos y rituales de la Iglesia y participaba de manera activa en el grupo de desarrollo Acción Católica.

Su vida era una dicotomía, pues mantenía una serie de relaciones tradicionales con el mundo a su alrededor, pero usaba ropa occidental, a diferencia de la mayoría de las mujeres de San Martín. Debajo de las modernas prendas de Quetzalan, siempre tenía una blusa indígena tradicional y naguas, los largos faldones de sus antepasados. Alrededor de su curtido cuello pendía un collar negro de cuentas que la identificaba como practicante con profundos conocimientos de los antiguos métodos. En San Martín, hasta a los niños y los perros se les pone algo rojo para protegerlos contra el mal de ojo. Sin embargo, Rubia nunca portaba nada de ese color. El mal de ojo no era algo a lo que le temiera.

Seguí la accidentada y sinuosa ruta a través de la Sierra pensando en ella. Me preguntaba por qué Inocente simplemente respondía a mis preguntas en cualquier momento, mientras que Rubia lo hacía ya muy entrada la noche. Lo que al parecer eran simples detalles de sus creencias, poco a poco revelaron su vasto conocimiento sobre hierbas, métodos curativos y poderes de los dioses, además de su profunda comprensión de la personalidad de la gente y los acontecimientos sociales del pueblo. Me sugirió aprender todo esto, los significados inherentes a sus rezos en náhuatl y sus viajes oníricos. También insistía en que la acompañara cuando iba a curar a algún paciente, aunque no estaba muy seguro de las razones por las que esta anciana deseaba tanto compartir esto conmigo.

La noche cayó definitivamente y después de lo que me pareció un largo rato, aunque en realidad no era así, por fin llegué a San Martín manejando por su desierta y lodosa calle principal. Aún llovía y la única luz dimanaba de las velas de las tiendas familiares que permanecían abiertas hasta altas horas de la noche y cuyas puertas daban hacia la calle. Se había ido la luz, como siempre. Me estacioné atrás de la iglesia, evitando los chorros de agua que caían en cascada desde los tubos rotos del desagüe debajo del tejado.

Rubia habitaba en la tercera casa después de la plaza donde se encontraba la iglesia. Protegido con una sombrilla, por la que se filtraba el agua, crucé la plaza y subí la colina hasta llegar a la casa de doña Rubia cuya fachada de yeso era bastante blanca.

Me paré frente a la puerta principal, encendí un humedecido cigarrillo y hablé en azteca a voz en cuello. Mi saludo formal, "la noche es buena. Busco el sol", era una súplica para que me dejaran entrar. El humo del tabaco era para alejar a los *ajmotocnihuan*, "los que no son nuestros hermanos", malévolos entes sobrenaturales del inframundo que tal vez me habían acompañado en las tinieblas. "Que la luz del sol destruya la oscuridad", imploré.

Podía escuchar movimientos en la casa y me percaté de que Lupe, la rechoncha y madura nuera de doña Rubia, empezaba a levantar lenta y cuidadosamente la tranca de la puerta. Lupita, cuyo marido daba clases en Aguascalientes, se ganaba el sustento arreglando la casa y cocinando. No esperaba a nadie, especialmente a esa hora de la noche; era poco común que la gente de San Martín saliera tan tarde, ya que el mundo de las tinieblas siempre estaba hambriento de nuevas almas.

"Vine a vera la abuela", dije, mientras la mujer abría la puerta. En el pueblo doña Rubia era conocida como la abuela.

Mientras hablaba, pude escuchar la débil voz de Rubia desde la cocina preguntando qué sucedía. Al principio, Lupe se mostraba bastante sorprendida. Obviamente no esperaba a un aparecido pálido y barbado de 1.80 m de estatura. Como la mayoría de los lugareños, esta mujer apenas sobrepasaba el metro y medio. Sin embargo, cuando empecé a hablar, disculpándome por haber llegado en las horas peligrosas de la noche y el inframundo, hizo mueca de reconocerme.

"Abre la puerta y déjalo entrar. Es el "hombre árbol", escuché decir a Rubia desde adentro. Mucha gente en el pueblo me conocía con ese apodo, por mi costumbre de trepar árboles altos en busca de plantas raras y orquídeas y por mi estatura. "Prende una vela y enciende el fogón para preparar algo de café", ordenó con voz débil.

Fuimos a la cocina, donde Lupe empezó a encender la hoguera con un poco de yesca. Rubia estaba recostada en un camastro, ahí mismo en la cocina, y trataba de incorporarse apoyándose en sus enflaquecidos brazos. Su curtido rostro estaba pálido y sus ojos eran negros como el carbón. Su cabello encanecido, siempre perfectamente trenzado, ahora estaba despeinado y caía sobre sus hombros. Extendió la mano huesuda para saludarme. Era evidente que estaba bastante enferma. Después de volver a saludarla, se las arregló para sentarse. Me preguntó sobre la ciudad de México y yo, acerca del pueblo. Era muy fuerte el olor a enfermedad y su respiración era entrecortada. Finalmente, inquirí: "¿Qué recomendó Arturo?"

Arturo era un doctor de Quetzalan que había trabajado algunas veces con Rubia y de quien me enteré que la estaba tratando. Rubia, además de ser una devota practicante de los métodos curativos tradicionales, tenía mucha fe en la medicina de occidente. Con regularidad, aconsejaba a sus pacientes que consultaran a los médicos locales y éstos, a su vez, ocasionalmente le enviaban a los suyos.

Me mostró los medicamentos que le recetaron, pero la mayoría estaban sin abrir ni usar.

-¿Qué hay de don Inocente? -pregunté-. ¿Qué piensa?

-Son los brujos. Es lo que piensa. Según él, no hay nada que pueda hacer.

Le pregunté si creía que ella misma podía averiguar la causa de su mal, a través de sus sueños. En los últimos dos años escuché muchos de sus relatos oníricos sobre batallas épicas en el inframundo, donde había arrebatado el alma perdida de sus pacientes a los dioses de las tinieblas. Ahora las cosas daban un giro.

-Bueno, no puedo hacer mucho con lo de los brujos -dijo-. Simplemente son demasiado fuertes y ahora yo estoy bastante débil.

Rubia sola no podía hallar su alma en el inframundo de los antepasados. Si se trataba de brujería, como aseguraba Inocente, era probable que perdiera la vida en la batalla que tendría que librar con el brujo para recuperar su alma. En su opinión, era mejor esperar a que saliera mal librado en sus oficios para que la ayuda-

ran los dioses de las tinieblas. Si se equivocaba, los dioses lo atraparían y el alma de Rubia sería liberada.

Platicamos un rato más, pero me percaté de que la anciana estaba cansada. Finalmente pregunté: "Abuela, ¿puedo decir algunas palabras de luz antes de aventurarme en la profundidad de la noche?" Quería elevar una breve plegaria en su altar para encontrar su alma perdida y proteger la mía al salir a la noche.

Obviamente, mi petición le dio gusto y pidió a Lupe quemar algo de copal en el altar para mí y encender velas. Seguí a Lupe por la puerta lateral de la cocina que conducía a la habitación principal de la casa, la cual se encontraba a oscuras.

En la mesa del altar, ante la tenue luz de una veladora, había algunas flores blancas frescas en un viejo florero. A un lado se encontraba una cajetilla de cigarrillos de tabaco oscuro fuerte conocidos como Alas, cinco vasitos con agua, unas cuantas tortillas aún frescas y un platito de frijoles con salsa. Cada altar familiar en San Martín es un microcosmos. Mientras Lupe encendía las velas en la mesa o el piso, que era parte del altar, pude apreciar en la pared las imágenes de parientes, conocidos y las vírgenes y santos que representaban el cielo. Algunos de ellos, como San Guillermo del Vaso de Vino Tinto, eran totalmente desconocidos para la Iglesia. Debajo de la mesa del altar estaba la región del inframundo. Aquí habrían sido sepultadas reliquias de los antepasados: quizás algunas piezas de cerámica, huesos y trozos negros de obsidiana. En un baúl, sobre ellos, habría cabellos y ropa de los parientes finados.

Elevé una breve oración en náhuatl en tono bastante alto para que Rubia pudiera escucharme y luego me volvió a llamar desde la cocina con su débil voz: "¿Podrías re-gre-sar al caer la noche?", preguntó, refiriéndose al día siguiente por la tarde.

Le aseguré que, desde luego, así lo haría -era la razón por la que había manejado todo el día desde la ciudad de México-. Luego decidí salir. Había dejado de llover y estaba tranquilo. Los insectos aún no volvían a hacer ruido. Me dirigí a mi *jeep* y manejé de regreso a Quetzalan para pasar ahí la noche.

Pensé haber visto suficiente como para saber de qué se trataba. Su enflaquecido cuerpo, la respiración entrecortada cuando trataba de hablar, el brillo anormal de sus ojos -había visto antes esto con los estudiantes de arqueología de la ciudad de México, los que habían contraído el mal del murciélago.

Lo PRIMERO QUE HICE la mañana siguiente fue visitar a Arturo. Sus padres administraban el hotel Rívoli, el lugar donde se encontraban los baños del viejo pueblo en sus mejores tiempos. Estaba junto a la plaza y cruzando la calle se encontraba el hotel Las Garzas, donde me hospedaba, el cual había sido una casa particular y en la actualidad era la casa de huéspedes más "elegante" del pueblo.

-Vaya, vaya, ¡mira quién está aquí! ¿Cómo has estado? ¿En la ciudad de México todo este tiempo? -me dio un fuerte abrazo, en lugar de sólo estrecharme la mano.

-Mamá, papá, ¡miren quién está aquí! El profesor de la ciudad de México -gritó-. ¿Qué es lo que te trajo de regreso? -preguntó mientras sus padres salían de la cocina, donde estaban desayunando.

-Es Rubia.

-No está muy bien, ¿verdad? ¿Ya la has visto? -preguntó Arturo.

Doña Elvira y don Víctor, sus padres, pidieron que nos llevaran café y bizcochos cuando nos sentamos a platicar. Estaban tan contentos de verme como Arturo. Hablarnos de la ciudad de México y la universidad durante un rato, pero luego pregunté: "¿Cómo está la anciana, Arturo?"

Me habló sobre los síntomas de Rubia, acerca de su diagnóstico de tuberculosis y, por supuesto, del tratamiento que consideraba más adecuado; pero admitió que se sentía confundido, pues éste parecía no dar los resultados esperados. Recordé los frascos cerrados de medicamentos que Rubia tenía, pero en lugar de comentárselo a Arturo, decidí hablarle de lo que pensaba la anciana.

El año anterior, había aplicado los conocimientos que estaba adquiriendo de los oficios de los brujos para ayudar a Arturo a tratar a dos lugareños embrujados; ambos casos resultaron más bien envenenamientos complicados. Al reconocer esto, pude tratarlos con éxito, por lo que Arturo confiaba en mí en estos asuntos. Entonces, era consciente de que la brujería no era algo sin importancia.

-Arturo, ¿te acuerdas de dos estudiantes de los que te hablé; a los que se les diagnosticó tuberculosis? Pero cuando descubrieron de lo que se trataba, fue demasiado tarde para uno de ellos y es posible que el otro también haya muerto. ¿Los que tenían el mal del murciélago?

Arturo me miró e hizo un gesto de reconocimiento.

-Son los ojos vidriosos...

El mal del murciélago es provocado por un moho que se desarrolla en el excremento de algunos murciélagos en determinadas cuevas. Cuando el guano se seca, el moho viaja por el aire. Nadie sabe por qué algunas cuevas y murciélagos son seguros y otros mortales. Me enteré que en San Martín existían varias "cuevas de brujos", pero nadie iba a ellas si no era por un fin perverso. Si Rubia hubiera ido a alguna, lo cual dudaba, hubiera tenido cuidado. Era poco probable que hubiese contraído la enfermedad de manera accidental -alguien debía de haberla puesto en su casa-. Arturo y yo sabíamos lo que se tenía que hacer. Pero también éramos conscientes de que no iba a ser fácil actuar con alguien como Rubia.

Cuando fui a la farmacia a comprar el desinfectante para el mal, decidí que si agregaba un poco de química moderna facilitaría más las cosas, por lo que además de los productos que precisaba; pedí a Martín, el boticario, unos cuantos cristales de yodo puro que me dio en una botellita café. También me sugirió que llevara un atomizador de la Comisión Nacional para el Combate a la Malaria, que estaba a las afueras del pueblo. Durante años, esta Comisión había fumigado todas las casas de México, desde el Palacio Nacional hasta la choza indígena más humilde y había erradicado de manera

eficiente la amenaza de los mosquitos portadores del mal en todo el país.

Una vez provisto de todo lo necesario, fui directamente a la casa de doña Rubia. Cuando llegué, la anciana estaba sentada asoleándose en el pórtico de piedra. Cuidadosamente, en términos que pudiera entender, le expliqué lo que llevaba y lo que quería hacer. Con las pruebas médicas que había conseguido de la ciudad de México no había mucho problema con el diagnóstico correcto, pero como esperaba, se rehusó a gritos a que desinfectara la casa. Rubia lo tomó como si Lupe no hiciera bien la limpieza y no estaba dispuesta a admitir que su casa no estuviera limpia. Cuando Lupe regresó, hablé con ella a solas y le expliqué lo que había que hacer.

-Desde hace mucho tiempo quería limpiar todo esto -dijo-. Es un buen pretexto para hacer limpieza a fondo.

Lupe había resuelto el problema.

Mientras le decía qué sacar de la casa antes de poder desinfectarla, preparé un poco de triyoduro de nitrógeno. Una vez vacía la casa, vertí un poco del compuesto sobre el suelo. El triyoduro de nitrógeno es bastante inestable y explota con su propio peso cuando está seco. Antes de empezar a fumigar la casa, pedí a Lupe una escoba y empecé a barrer el suelo, para "ayudarle" con la limpieza. ¡Los efectos fueron espectaculares!

El compuesto comenzó a explotar por todas partes conforme barría. Lupe estaba bastante confundida y los vecinos salían de todas partes. En todo ese tiempo, Rubia permaneció sentada pasivamente en el pórtico. Cuando cesaron las explosiones, comencé a rociar y desinfectar toda la casa. Parecía que medio pueblo estaba mirando. Cuando terminé, todos estaban plenamente convencidos de que con mi brujería moderna toda la casa había sido totalmente exorcizada -todos, menos Rubia-. La anciana conocía los métodos de los brujos y nunca había visto algo parecido en sus ochenta años.

-¿Crees que se han ido? ¿Crees que un brujo hace eso? Nunca los he visto hacer algo parecido -dijo categórica, muy segura de que su experiencia en la materia era definitiva.

La ayudarnos a entrar en la casa, pero una vez ahí, Rubia insistió en sentarse ante su altar familiar en el cuarto de enfrente, en lugar de regresar a su camastro en la cocina. Volvimos a meter todo en la casa con la ayuda de algunos vecinos y Lupe se dedicó a acomodarlas, mientras yo secaba las superficies aún mojadas con desinfectante. El olor era insoportable, pero se disipó con rapidez. Para terminar la faena, Lupe trajo las lilas blancas que le gustaban a Rubia porque la protegían contra los vientos del norte. Mientras su nuera las arreglaba en el altar y encendía una veladora, Rubia comenzó a hablar de repente en un tono extraño y distante:

-¿Co-no-ces las pa-la-bras de la San-tí-si-ma Tie-rra? -Su voz sonaba como si proviniera de otro mundo. Alargaba las palabras y las dejaba colgando en sus labios.

Estaba asustado. Respondí que, desde luego, sabía rezar como ella misma me había enseñado durante mucho tiempo. Sabía cómo hacer ofrendas a los dioses de la tierra y el cielo.

-¡Nooooo! espetó, con ese mismo tono extraño y distante-. Cómo rezar verdaderamente, rezar en la cueva, rezar con el corazón y el alma. Tú sólo dices... las palabras. ¡Nada más sabes mis palabras! Las dices como yo digo las plegarias, pero en realidad no rezas; no hay motivo para que lo hagas. Sólo me sigues. Nada más los dejas tener tus palabras, pero no les ofreces ni tu corazón ni tu alma. No te van a ayudar sin tu corazón ni tu alma; es su alimento y sustento; es el alma lo que quieren---me estaba advirtiendo sobre mis tibios esfuerzos por imitar la forma en que ella e Inocente servían a los dioses del inframundo.

"Ya has estado antes en la cueva. Sabes llevarles ofrendas. Sabes corresponderles", insistió, mirándome directamente. "¡AHORA! Tienes que darles un corazón, un alma. Tienes que hacerlo por mí. Debes dejar que te lleven por su mundo de tinieblas. Ese es su alimento, el sustento que les hace falta. Estoy débil y vieja. Con todas mis plegarias, no hallarán mi *nagual*, ni me devolverán mi *tonal*. Necesito tu *yollo*, tu alma, tu *tonal*. Es con lo que se nutren. Tendrás que ir a la cueva por mí. ¡Encuentra a esos brujos si puedes!"

Me sentía aturdido. ¿Cómo iba a lograrlo? Cuando Rubia trataba de cazar a un brujo, lo hacía a través de sus sueños.

Vio mi reacción:

-Podemos conseguir todo lo que vas a necesitar en la cueva. Podrás ir allá esta noche. Vas a tener que ofrecerles tu corazón y tu alma.

Pensé en las prácticas espeluznantes de sus antepasados aztecas, que arrancaban el corazón a sus víctimas vivas para ofrecerlo a los dioses. No me moría de ganas por ir a la cueva y ofrecerles un corazón y un alma.

Lo que había aceptado hacer parecía imposible. Pero tal vez no lo era. La anciana me había enseñado tantas cosas. Muchas veces antes insistió en que aprendiera a curar, pero yo me había rehusado a hacerlo. Era algo que requiere un sistema de creencias del que no me sentía poseedor. Yo era un antropólogo que estudiaba cosas -en realidad no las practicaba ni creía en ellas-. Era algo que implicaba el compromiso de servir al mundo de los antepasados y sus hijos, los habitantes contemporáneos de San Martín. ¿Acaso podía asumir ese compromiso? No tenía ni la más remota idea de lo que me esperaba, pero no quedaba más que seguir adelante.

La lista de ofrendas y otras cosas necesarias era bastante larga, pero sería fácil encontrar en el pueblo la mayor parte de ellas. Rubia empezó pidiendo a Lupe que rompiera unas varas de ocote para que yo las usara si necesitaba encender una fogata o una antorcha, que para ella era preferible a una lámpara.

-Cuídate de no quedarte dormido ahí o saldrán a comerte en ese mismo lugar. Les gusta nuestra carne y siempre tienen hambre -advirtió-. Necesitaremos cinco puros y cinco cajetillas de Alas -esta última era su marca preferida de cigarrillos-. También una para ti y otra para que me la dejes a mí. Lupe, junta cinco clases distintas de flores y hojas del jardín de atrás -ordenó.

Salí a conseguir los cigarrillos, velas, un paquete de tabaco fuerte y oscuro del lugar y una botella de aguardiente con un hombre llamado Pedro.

Lupe empezó a calentar algunas tortillas y preparó un pocillito de atole, mezclado con chile y epazote, para que me los llevara a la cueva. La habitación comenzó a llenarse del aroma del maíz que se cocía. Rubia tenía una buena dotación de copal a la mano, por lo que me senté con ella a la mesa y empecé a forjar los cinco puros que iba a necesitar fumar a lo largo de la noche. El tabaco y el incienso eran para quemarlos constantemente y

calmar y protegerse de los dioses de las tinieblas de la Santísima Tierra y quizás evitar contraer el mal del murciélago. Si se tenía tabaco a la mano no se corría ningún peligro, o al menos eso me habían dicho. Doña Rubia exclamó:

-Ahora, toma las cinco flores, las cinco hojas, los cinco buenos frijolotes y las cinco tortillas, además del atole y suficiente aguardiente, y si no te los acabas, déjalos en la cueva.

Terminarnos de envolver los puros y Rubia me describió cuidadosamente la forma de distribuir las ofrendas, también cómo efectuar las plegarias que debían ser elevadas, tanto para suplicar a los dioses su ayuda, como para proteger mi propia alma. Las oraciones servirían para implorar, conminar y lisonjear a los dioses de la tierra mientras me encontrara postrado ante ellos.

Empecé a percatarme de que la adoración en la cueva era una actividad por la que fácilmente podrían acusarme de brujo en el pueblo.

Doña Rubia mandó a su nuera a allegarse de lo único que nos faltaba para llevarme a la cueva: una gallina negra. "Debes tener un mensajero", dijo la anciana. "Ellos necesitan su corazón. Es su comida. Si no tienes un mensajero, simplemente tomarán el tuyo. Lo que necesitamos es una gallina negra, un ave nocturna es el mensajero indicado.

Nos dimos cuenta de que era bastante difícil conseguir una gallina de ese color. En ese entonces era una especie muy rara en San Martín. Cerca de un año antes, la peste casi acabó con todas ellas. Lupe regresó con un joven gallo casi negro. Nadie le vendería una gallina, pues éstas eran muy cotizadas por sus huevos. Lo

28

llevaba con las patas perfectamente atadas y lo colocó sobre la mesa, desde donde miraba a su alrededor y trataba de incorporarse. Al día siguiente, a la misma hora, estaría en una cazuela y parecía saberlo, pues analizaba cuidadosamente todas las rutas de escape. Rubia retiró el ave de la mesa y la colocó en el suelo en una esquina, como si se tratara de cualquier objeto.

-Bueno, ésta será nuestra ave nocturna, nuestro mensajero. No es gran cosa para comer, pero lo único que quieren es la semilla, el corazón, nada más. Nosotros tomaremos sólo la carne. Ahora tienes todo -dijo, haciendo un inventario verbal de lo que tenía que llevarme a la cueva.

Pidió a Lupe que me preparara un petate y envolvió cuidadosamente todas las cosas. Luego volvió a explicar con exactitud cómo debía hacerse todo: cómo debían ser colocadas las ofrendas, en qué orden tenían que decirse las plegarias, cuándo había que encender las velas y cómo tenía que llevarse a cabo el sacrificio del animal. Hizo particular hincapié en lo que debía y no hacer cuando terminara.

YA HABÍA OSCURECIDO cuando me dirigí hacia el camino que conduce a la cueva. Lupe aceptó a regañadientes acompañarme para mostrarme cómo llegar. Ya había pasado mucho tiempo desde que Rubia y yo fuimos a esa entrada particular del inframundo, la cual no es visitada muy a menudo por los habitantes de San Martín. Cada familia acudía a la cueva una vez al año a colocar ofrendas frente a ésta, pero pocas veces se aventuraban incluso a acercarse a la entrada. Creían que aproximarse a rezar era un peligro, que seguramente se evitaba al mantenerse a distancia. Otros nunca salían de su casa y simplemente colocaban las ofrendas en sus altares familiares, porque los vientos fríos y malignos del norte que emanaban de las entradas de las cuevas, fácilmente podrían provocar enfermedades y muerte.

A Lupe le preocupaba mucho dejar sola a su suegra y pretendía regresar al pueblo cuando yo hubiera entrado en la cueva. Mientras

29

el *jeep* brincaba por el camino en la oscuridad de la noche, llegué a la conclusión de que no me imaginaba lo tonto y absurdo de la situación. La enfermedad de la vieja era real: podía enseñar a Rubia los análisis del diagnóstico y quizás hasta lograría entenderlos. Pero para ella, era su alma la que estaba enferma y perdida y su condición no mejoraría si no era atendido ese aspecto. Esas relaciones oscuras entre lo "real" y lo "irreal" me confundían y sorprendían. Por segunda vez en la Sierra, pero por razones distintas, me costaba trabajo utilizar la "metáfora" a mi modo antropológico de siempre.

Por fin, llegamos al camino que llevaba hasta la cueva; entre la oscuridad y la maleza, era casi inexpugnable.

"Aquí es donde todo empieza", dijo Lupe. Me ayudó a llevar las cosas del vehículo hasta el sinuoso y estrecho camino que lleva hasta la entrada. "Con cuidado", advirtió, "aquí andan por todas partes". Se refería a los entes sobrenaturales que habitaban el inframundo. Nos la pasamos fumando para ahuyentar a los que pudieran andar acechando entre la maleza. Podíamos sentir el aire gélido que emanaba de la oscura y abismal entrada al inframundo. La luz de nuestras linternas formaba sombras como enormes colmillos que se movían alrededor del inframundo. Junto a la gruta, había una enorme roca obviamente desprendida del techo de la cueva mucho tiempo atrás. Era el altar de la tierra.

Llevábamos acarreadas la mitad de las cosas hasta el lugar cuando Lupe decidió regresar a casa; había cumplido con su parte. "Laabuela me está esperando", explicó. En realidad no estaba dispuesta a acercarse más a la cueva. Pensaba que el oficio de Rubia era bastante peligroso y nunca mostró ningún interés por asimilarlo.

"Ya es hora de que te deje con *ellos*. ¡Cúidate!"

Finalmente, descargué todas las cosas, encendí una antorcha y apagué la linterna. Ante la danzante luz se formaban sombras extrañas que a veces hacían que las cosas se vieran enormes y otras oscurecían completamente, excepto los toscos detalles de la cueva. Desenrollé el petate y lo extendí sobre el suelo. Se observaban manchas de cera y tizne del copal quemado de las miles de ofrendas

30

y plegarias presentadas por otros antes que yo. Me percaté de que había trozos de obsidiana negra y muchos tepalcates, cacharros precolombinos, además de huesos quemados. Todos, ofrendas para la Santísima Tierra. Até al joven gallo a una estaca junto a la roca para cuando lo necesitara. El animal observaba con atención.

El ruido de mis movimientos retumbaba por toda la cueva. Mis primeras plegarias de salutación hacían eco como un antiguo coro. Todas las voces buscaban conmigo las razones por las que estaba ahí. Los antepasados habían hecho esto durante generaciones. Pensé en la religión de mis propios ancestros; se horrorizarían al verme en ese lugar pagano.

Empecé a presentar las ofrendas en el orden indicado por Rubia. Cada cosa fue ofrecida de la manera correcta: lanzada, lo más lejos posible, a las profundidades de las tinieblas y a la garganta de la cueva hasta las entrañas de la tierra, que las consume. Podía escuchar débiles ecos y en cierto momento se oyó un chasquido de agua.

La madera resinosa sirvió como antorcha viva durante la ordalía, aunque los fríos vientos que soplaban extinguían las velas casi inmediatamente después de haberlas encendido. Sin embargo, era una buena señal: los dioses del inframundo habían escuchado mis plegarias.

El joven gallo negro me miró con curiosidad cuando empecé a elevar las oraciones en español y náhuatl. Ocasionalmente, emitía cacareos que resonaban en la gruta. Sus plumas brillaban con la luz tenue. Mucho tiempo atrás, le habían dado su "estandarte de papel y su tocado de plumas", la metáfora azteca para referirse a quienes estaban destinados al sacrificio.

Dejé hasta el último lo del ave, Rubia me había dicho qué hacer, pero eso no facilitaba en nada las cosas. Sabía que acabaríamos comiéndolo, por lo que el sacrificio propiciatorio de la tierra por parte de Rubia era, en realidad, la preparación para la cena. Tal vez había más en la absurda teoría de la captura de proteína como base del sacrificio humano de lo que estaba dispuesto a aceptar. Pero entonces, una vez más, tal vez las víctimas de los sacrificios

31

simplemente tenían un sabor agradable o, como lo ha sugerido un antropólogo, la muerte y la violencia ritual eran las especias de la vida en el mundo tradicional.

Las instrucciones de Rubia habían sido bastante específicas. Tomé al ave que se resistía y aleteaba y traté de abrirle la pechuga desde el pescuezo hasta el vientre con mi navaja de bolsillo. Traté de zafarse, pero brotó su sangre y el contenido de su buche y luego me resultó imposible seguir las indicaciones de Rubia. ¡No encontraba su corazón a través de la pechuga! Torciendo y cortando, usé mi navaja para destriparlo, arrancándole las entrañas con las manos hasta que finalmente encontré el corazón. Había dejado de latir. Todos los órganos estaban calientes y resbalosos al tacto. Abrí el cuerpo desgarrándolo, arranqué las venas que lo sostenían y arrojé el órgano al fondo de la cueva, mientras aseguraba a los dioses de la tierra que era mi propio corazón.

Luego tuve que desplumarlo. Siempre es más fácil quitarle las plumas a un ave, recién sacrificada y Rubia, como buena cocinera práctica, quería que la desplumara antes de llevarla a casa. Sin embargo, había olvidado las plegarias en náhuatl, razón por la cual, mientras plumas y sangre eran esparcidas por todas partes, procedí a desplumarla rezando con fervor aves marías y padres nuestros aprendidos en mi niñez católica. ¡Era un verdadero desastre! Las plumas negras se pegaban a las entrañas calientes que estaban en el suelo frente a mí, el aroma del crujiendo incienso llenaba el aire, la antorcha se había extinguido y la sangre en mis manos y brazos empezaba a sentirse pegajosa conforme se coagulaba.

Por fin, la ordalía había terminado y quería marcharme. La mayor parte de las ofrendas habían sido presentadas, pero faltaban varias horas para que amaneciera y no estaba dispuesto a caminar en la oscuridad por el accidentado camino hasta el *jeep*. Estaba ronco de tanto haber orado y fumado; por lo tanto, después de apagar la antorcha para usarla en la mañana, me recosté en el húmedo y frío petate.

El sopor intermitente me consumió, pues los sueños se mezclaban con alucinaciones semiconscientes.

### Capítulo 3

#### EL CURANDERO

Al despertar, junté rápidamente todo,  
y salí a tientas  
lo metí en el petate  
de la cueva.

Eran las primeras horas de una mañana brillante, soleada, y los árboles estaban vivos con verdes papagayos que parloteaban.

33

Trepé por el camino, tropecé una vez y me raspé la rodilla. Me subí al *jeep* y de alguna manera me las arreglé para manejar de regreso al pueblo. Ignorando las miradas de los transeúntes, llegué a la plaza y subí por la colina. Estaba sucio, mi ropa estaba manchada de sudor y sangre seca y me sentía exhausto.

Don Inocente estaba sentado con Rubia en su pórtico bajo los rayos del sol. Esa mañana, Rubia semejaba estar de mejor humor. Su rostro se veía animado y sus ojos se iluminaban al hablar con Inocente. Al encontrarme a una distancia suficiente como para escuchar desde el pórtico, ella me preguntó: "¿Has visto algo en Talocan, en tus sueños, que sea grande y oscuro?"

No era precisamente el mejor momento para tratar de recordar mis sueños. Estaba a media calle y era de suponerse que no había dormido la noche anterior. (Apenas si lo hice, de cualquier manera.) ¿Por qué no me preguntaba acerca del sacrificio, de cómo salió todo? Le di el cuerpo mutilado del gallo, lo examinó brevemente como si estuviera molesta, y se lo entregó a Lupe, que había salido de la cocina a echar un vistazo.

-Por lo menos lo desplumaste -dijo-. Creo que Lupe preparará algo sabroso con nuestro mensajero -Lupe miró con desaliento al ave destrozada.

Varios niños curiosos también se acercaron a mirar. Me sentía más como Don Quijote que como san Timoteo, el héroe conquistador, al regresar de una batalla con el inframundo.

-Bueno -respondí- claro que hay muchas cosas en los sueños.

-No, ¿pero te persiguió o trató de atraparte en tus sueño algo grande y oscuro?

-Bueno, "ellos" siempre están persiguiendo tonales ahí -intervino Inocente-. Tal vez lo han estado cazando desde hace mucho.

-No, lo que trato de saber es si hay ahí un brujo, un *nagualli* que ande tras de mí -comentó Rubia.

-Claro que lo hay. Te dije que un brujo andaba tras de ti. Seguramente es lo que te ha pasado -dijo Inocente.

-Hay algo que tiene mi alma, mi respiración, mi tonal -respondió doña Rubia, tosiendo y jadeando-. Y quiero saber si vio "esas cosas" ahí, porque de lo contrario, no me ayudará en nada -insistió Rubia-. Entonces, ¿soñaste con algún animalote que tratara de atraparte? -volvió a preguntar.

-No últimamente -respondí, recordando una pesadilla de mi niñez cuando vivía en una granja de Wisconsin-, pero hace mucho tiempo veía a un toro tratando de atraparme.

-Ahí está --dijo a Inocente-, pensé que podía ver a esos *nagualli* ahí, y lo ha hecho. Nada más no recuerda lo que estaba viendo.

-Quizá sólo fue un susto, cuando era niño -aseguró Inocente-. ¿Alguien andaba tras tu alma? ¿Estabas enfermo entonces? --me preguntó.

-No, no que yo recuerde -respondí al anciano. Lupe salió con una silla para que me sentara. Le di las gracias.

-¿Después de eso tus padres no te llevaron con un curandero?

-Nuestros curanderos se parecen más a Arturo --expliqué mientras me acomodaba en la silla, esperando que Lupe nos llevara un poco de café-. Los va uno a ver cuando está enfermo y le dan pastillas o le pinchan con una aguja. No hacen ofrendas, ni rezan o hablan de sus sueños como usted.

Había visto suficientes curaciones y escuchado bastantes relatos de sueños como para saber a lo que se refería Inocente. El interpretaba las pesadillas de mi niñez como un caso de susto mágico y la pérdida del alma como una enfermedad común, la cual yo había visto curar a Rubia e Inocente. Como la anciana se había vuelto más receptiva en relación con mi interés por sus conocimientos, había insistido en que fuera con ella a la casa de los niños enfermos. Se pasaba la tarde hablando y chismorreando mientras arreglaba el altar familiar con ofrendas. Luego rezaba a los santos y a la Santísima Tierra y volvía a casa para tratar de encontrar en

un sueño el alma perdida del niño. Inocente y ella deseaban saber si podría reconocer las señas de la brujería en mis sueños.

-¿Ves?, es lo que pensaba. Lo han estado cazando desde hace mucho -dijo Rubia- y nunca nadie trató de apresar su alma.

-Pero si sigue aquí con nosotros, debe haber hallado su alma; de lo contrario, en verdad no podrían arrancársela -dijo Inocente. "Si no lo hicieron cuando era chico, entonces la tiene bien agarrada."

Rubia se volvió hacia mí y preguntó:

-¿Veías con frecuencia a ese toro? ¿Ahora lo has llegado a ver?

Lupe finalmente llegó con el dulce y cargado café de la Sierra en pocillos que humeaban. Tuve unos instantes para pensar mientras le soplabo para que se enfriara.

-No recuerdo mucho de eso ahora. Lo único que sí recuerdo es que era enorme, negro y aterrador. Me hacía tener muchas pesadillas.

-Dices que era negro. ¿Todo negro? -preguntó.

-Creo que sí, pero fue hace mucho tiempo. En verdad no me acuerdo -el café estaba empezando a surtir su propia magia.

-¿Sabes?, en verdad era un brujo -dijo Rubia, volviéndose hacia Inocente-. No le pudo arrancar el alma, por eso lo dejó en paz. Su alma y corazón están bien unidos; los lazos lo atan bien a él.

-A lo mejor, pero tal vez nada más estaba viendo a su propio *nagual*, su animal -afirmó Inocente.

-No lo creo -agregó Rubia-, pero podría ser. Nunca he visto su alma animal en Talocan.

-Ni yo. ¿Crees que sepa cuál es su *nagual*? -preguntó Inocente a Rubia. Ella respondió:

-No, y no queremos que se espante. Yo casi lo hice una vez cuando dejó de venir al pueblo durante meses.

Rubia se refería a 1974, cuando había empezado a hablarme de sus viajes oníricos y plegarias al inframundo. Después, me ausenté

37

de México durante casi un año para empezar un posgrado. Pensaba que sus pláticas acerca del inframundo me habían asustado tanto que por eso no volvía al pueblo, pero al verano siguiente, cuando regresé con renovado interés, estaba contenta. Fue cuando me empezó a enseñar algunas de las plegarias y a hablarme acerca de sus sueños.

-¿Qué más ves en tus sueños? --preguntó Rubia un tanto cautelosa. Nunca antes me preguntó acerca de ellos.

-No sé -respondí. El día empezaba a sentirse caluroso. No pienso mucho en ellos, si no son extraordinarios. En realidad no son tan interesantes como los suyos.

-No digas eso -aseguró Rubia-, tus sueños son justo como los de los demás. Nada más necesitas saber lo que en realidad estás viendo. Talocan es un lugar de sombras y claroscuros donde nada es realmente visible. Hay una neblina constante para que en verdad no sepas lo que tienes enfrente. Es cierto que no conoces a nadie allá en el mundo de la noche, pero todos los que han venido antes que tú están ahí. Es el mundo de nuestros antepasados y de los tuyos también. Si te andas por el "buen camino", entonces hallarás muchos aliados en el mundo de la noche.

-También muchos brujos -agregó Inocente.

-Bueno, hay muchos de éstos ahí, los *nagualli*, pero si te andas por el "buen camino" encontrarás a muchos amigos y hermanos que te protegerán. Primero debes conocer los lugares a los que puedes ir en Talocan. Debes seguir las sendas que nos han marcado los ancestros para llevar una vida buena. Si rezas como nosotros lo hacemos, con ofrendas para ellos, no sufrirás ningún daño en el mundo de los sueños. Los dioses de las tinieblas y nuestros antepasados te protegerán. La otra noche les ofreciste tu corazón. Ahora debes descubrir si te permitirán asomarte a su mundo de las tinieblas. ¡Lupe! -gritó-, tráele más café.

"Tendrás que pedir a los santos en la iglesia que te ayuden es la mañana. Su sagrada luz te protegerá. Deberás ir ahí y suplicar a san Miguel y san Juan, luz de la mañana y la noche, que te ayuden.

38

LA GUERRA DE LOS BRUJOS DE LA SIERRA DE PUEBLA

san Martín y Santiago también podrán hacerlo. Todos necesitarán velas, flores y un poco de dinero. Luego están tus antepasados. ¿Tienes fotografías de ellos?"

-No, ni una -respondí.

-Te enseñaré a rezarles aquí. Es fácil. Necesitas conseguir algunas cosas que ellos desean allá, pero Lupe puede ayudar con eso. No necesitarán otra ave. Esta parece buena por hoy. Les vamos a dar una probadita en salsa de *chilpotzontli* -dijo con disimulo. Era como cocinarían ella y Lupe el gallo de la otra noche. El pollo era un verdadero lujo en el pueblo, pues había pocos de ellos. Los campesinos raras veces comían carne; era demasiado costosa.

-Bueno -dijo Inocente-, tendrá que saber qué parte de él irá a las tinieblas.

-Ya lo sabe --respondió Rubia, volviéndose hacia mí y preguntando: "¿Dónde está la parte que va a la noche?"

-Buenooo -contesté respirando profundamente-, está aquí, justo adentro de todos nosotros -utilicé términos estrictamente correctos en náhuatl-, es la chispa de la vida que va y viene por la noche.

-Bueno, ¡sí lo sabe! -dijo Inocente-. Ya le has enseñado muchas cosas. Yo nunca se lo comenté.

-Claro que sí lo hizo, Inocente -afirmé-. Usted siempre decía que era el *tonal* el que iba a la noche.

-No, debe de haber sido esta vieja bruja la que te lo comentó -respondió en broma.

Rubia se aproximó hasta él.

-¿A qué vieja bruja te refieres?, ¡viejo necio! -volviéndose hacia mí, me dijo: "Háblale a este viejo acerca de las almas y de las que viajan en la noche". En ese momento Lupe apareció con más café. El concepto azteca del alma es complicado y ésa era la segunda vez esa mañana que agradecí la oportunidad con que apareció la nuera de la anciana.

Encendí un cigarrillo, soplé en el café y me apoyé en la silla desvencijada.

-Esto es lo que sé de las almas -arranqué-, de lo que ustedes me han dicho y he entendido. La gente posee tres almas. Primero está el corazón, el *yollo*, es la vida del cuerpo. Es el movimiento dentro del organismo, lo que nos da vida y actividad. Sin él, el cuerpo no se agita, no se mueve; está muerto.

"Luego está el *tonal*. Es la chispa de la vida, el corazón que anima el cuerpo. El *tonal* es el primer rayo de luz cuando nacemos, una chispa de luz equivalente al primer rostro del sol que vemos. Es nuestra suerte, nuestro destino. Pero el *tonal* no siempre es bien asido por el cuerpo. Puede escaparse de éste tras una caída o un golpe en la cabeza, y por las noches en los sueños, puede viajar a sitios como el inframundo. Puede ser capturado por brujos o por las criaturas que viven ahí, los *ajmotocnihuan*, 'quienes no son nuestros hermanos'.

Aspiré hondamente el humo de mi cigarrillo y di un trago al café caliente. Me esforzaba por utilizar los términos correctos en náhuatl. Me volví hacia Lupe y le di mi pocillo vacío para que me sirviera más de aquella bebida.

-En el inframundo -proseguí-, también hay un animal que nace al mismo tiempo que nosotros, el mismo día, en el mismo instante. Todos tenemos uno. Algunos son tigres, otros, perros; otros son otras cosas. Compartimos el mismo destino. Nacemos bajo la misma cara del sol. Compartimos el mismo *tonal*. Son los *naguales* que son encerrados por el dios de los animales en grandes corrales en Talocan. El dios de los animales cuida y protege a sus criaturas. Ahí las tiene seguras y ayudará a quienes lo ayuden a proteger a sus animales. Así también nos protege a nosotros, de la misma forma que los dioses de la Santísima Tierra nos nutren y sustentan en este mundo. Lo que le pasa al *nagual* de alguien también le sucede a su corazón y cuerpo.

Lupe llegó con más café. Yo puse mi pocillo en las piedras del pórtico y miré los penetrantes Ojos negros de Rubia.

-¿Por qué mantienen ahí a los *naguales*?-me preguntó Inocente.

Esos dos endeables ancianos, uno casi ciego, el otro con un pie en la tumba, eran implacables inquisidores. Me sentí un poco como cuando tenía que recitar correctamente el catecismo para los sacerdotes y monjas de mi niñez.

-Porque de vez en cuando -respondí-, un *nagual* escapará y esto puede ser muy peligroso. Si el *nagual* es herido o lastimado, o si un brujo busca hacerle daño, la persona sufre exactamente el mismo perjuicio. Todos nosotros tenemos diferentes corazones, pero compartimos el *tonal* con nuestro *nagual*. No sé mucho acerca del *nagual*, el animal, pero me parece que es parte del alma. Creo que comparte el *tonal* con una persona. ¿No?

Ya no estaba muy seguro de lo que decía. Me sentía como si estuviera recitando mi credo en latín cuando era acólito: irreal y abstracto. Era difícil concebir esto si no pensaba en el inframundo como algo real. Inocente y Rubia sabían que lo era, pero a mí me costaba trabajo reconocerlo. Recordé cómo había perdido la fe desde hacía mucho tiempo.

-Parece como si pudiera ver en Talocan -comentó Inocente.

-Bueno, parece saber qué es lo que hay en su corazón, su *yollo*, lo que le da vida en la tierra --dijo Rubia dirigiéndose más a mí que a Inocente-. El *yollo* es el corazón que es devuelto a la tierra cuando acaba la vida. Es la semilla, el centro de la existencia. De él brota la vida. El *tonal* germina y crece en el calor y la luz del sol, nos da la vida cuando nacemos, nuestra suerte y nuestro destino. El *tonal* es la parte de nosotros que va a todos lados. Habita en Talocan; vive en la tierra, en Talticpac. Vive en el cielo en Ilhuicac, pero solo está bien en la tierra o en el cielo, con el sol. El *tonal* es la chispa de la vida que somos nosotros. Es lo que nos hace ser a ti y a mí. El *nagual* es el otro ser. Es el otro yo o el otro tú, y compartes tu vida y tu *tonal* con él. Es al *nagual* al que debes conocer y el *tonal* es lo que tienes que encontrar, porque este último es el que se mueve en los sueños. Debes saber lo que ve el corazón, el *tonal*, para hallar al *nagual*, al animal -subrayó Rubia-. Debes haber tenido más de un sueño con un toro negro.

¿Acaso pensaba que era mi *nagual*?

-No... no me acuerdo, Rubia. Cuando era chico lo vi más de una vez, pero no lo he vuelto a ver en muchos años.

-Pareciera como si ellos mantuvieran sus sueños en la oscuridad de sus mundos nocturnos -dijo Rubia a Inocente-. Es como si fuera a tener que hacer algo especial para volver a poner esos sueños sobre sus hombros, para sacar esa carga a la luz. Tendrá que hallar la forma de lograr que lo dejen sacarlos. El *alpixque* puede hacerlo, pero va a tener que dejarles algunas ofrendas en el agua -Rubia jaló un mechón de canas y lo enlazó a sus trenzas.

-También podrían ayudarlo los *tepehuanes*, los "habitantes de las colinas" -dijo Inocente-. Esas cosas andan por todas partes.

-Bueno, anoche fue a la cueva y deben estar satisfechos con lo que les llevó. Recibieron la semilla, el corazón, de nuestra sabrosa avecita nocturna explicó la anciana-. Pero no entiendo como nunca ha visto nada en el mundo de las tinieblas. Sueña como los demás. Simplemente no se acuerda de sus sueños.



Inocente regresó con su hijo Lucas, ya entrada la tarde.

44

-Tienen todo ahí? -preguntó el viejo hechicero, pues no veía tan bien como para poder distinguir lo que había en el altar.

-Aún no consigo el aguardiente -contesté-, pero ahí está todo lo demás: el tabaco, las flores, el incienso, un plato de *chilpotzontli* y también unas tortillas y frijoles.

Rubia también reacomodó las estampas de los santos en su altar para que San Miguel y San Juan quedaran más a la vista, pero Inocente no lo podía ver.

Rubia salió de la cocina y le dijo: "¿Vas a ponerte a trabajar y a comenzar a rezar, o te vas a quedar ahí sentado?-" A mí me ordenó: "Ahora ve a casa de Pedro y consigue la botella de alcohol. Vamos a comenzar a rezar antes de que se vaya la sagrada luz, para que puedas empezar a trabajar en la oscuridad." Se refería a que podía empezar a soñar. Me agradaba saber que no iba a pasar otra noche en vela.

Cuando regresé con la botella, que entonces estaba medio llena -don Pedro y yo nos habíamos servido varias copitas en su tienda antes de dejarme volver-, Rubia e Inocente declamaban gran parte de una larga letanía a los dioses de la tierra y el cielo. Me uní a ellos en la oscura habitación donde estaba el altar y los tres rezamos durante varias horas. Alternando con plegarias, hicimos ofrendas arrojando cigarrillos despedazados y copitas de licor hacia el humeante incensario del altar, con lo que se generaban olores desagradables y se escuchaban fuertes chasquidos. Luego nos pasamos la botella y llenamos nuestras copitas. Ocasionalmente agregábamos más velas de luz mortecina a las que ya había en el altar; su caliente cera corría en riachuelos por el hule puesto por Lupe en la mesa con anticipación. Entonces oramos, bebimos y fumamos un poco más. Al mirar por la puerta abierta de la cocina, el estuco blanco se tornó de amarillo a anaranjado bajo la tenue luz del sol que se ponía.

La noche cayó y las brasas del fogón daban una tenue luz en la cocina. Cuando estaba tan oscuro que no se podía ver, en lugar de encender la única bombilla que pendía del techo, Lupe encendió

45

algunas velas en la cocina. A media luz, preparó y nos llevó algo de comer y también arrojamos algunos trocitos al fuego. Cuando terminamos, eran más de las diez y todos estábamos bastante ebrios.

Nos felicitamos efusivamente por nuestros resultados, pero tenía la sensación de que nuestro compañerismo también ocultaba cierta intranquilidad. Estaba demasiado ebrio como para pensar al respecto. El leal hijo de Inocente lo ayudó a salir por la puerta y ambos se fueron dando tumbos por la vieja brecha rumbo a su casa.

Rubia me invitó a acercarme al banco en la habitación principal donde estaba el altar y que yo utilizaba en las noches en que no podía regresar a Quetzalan. Prefería dormir en él y no en el petate, que siempre estaba lleno de plagas que Rubia no parecía notar.

-Con todas esas plegarias, seguramente esos *alpixque*, "los del agua---", te van a ayudar- me tranquilizó.

La cabeza me daba vueltas.

-Nada más asegúrate de que no te vayan a detener ahí -fue lo último que me dijo Rubia esa noche.

#### Capítulo 4

#### TALOCAN

En el aire había un humo acre con olor a pino  
que emanaba del copal y se mezclaba con  
el aroma rancio del humo del tabaco.

Toda la noche estuvo encendida  
una veladora sobre la mesa del altar

y su luz formaba sombras espectrales en movimiento  
sobre las imágenes de santos y antepasados.

Esa noche desperté muchas veces ante el extraño brillo amarillento de la veladora. La vacilante luz sobre los santos y antepasados contrastaba con la oscuridad total bajo el altar, donde moraban los dioses de la tierra. Estoy seguro de que esas visiones y los acontecimientos del día penetraron e influyeron en mis sueños, pero hubo en ellos otras cosas que en realidad no pude ver o recordar claramente.

Ahí estaba la cueva donde pasé la noche anterior, la inmensa boca abierta de la tierra por la que había entrado, la catedral de la Santísima Tierra que vibraba con el coro de mis rezos y conjuros. El sonido chasqueante y silbante del copal provocaba y me llenaba de imágenes humeantes de antiguos arcos, capillas y templos. Una de las veces que desperté, me recordé oficiando misa cuando era joven. Otro de los acólitos se había desvanecido por el humo y los rigores de la letanía de una interminable misa solemne y bendición. Cuando regresé a mis sueños, se paró frente a mí una enorme y horrible figura resplandeciente ataviada con hábitos dorados y rojos. Posando la mano sobre mi hombro, me lanzó hacia un torbellino de rostros desconocidos.

Me vi rodeado por enormes edificios públicos y casas mientras me alejaba de la fachada de una iglesia muy semejante a la catedral de San Francisco en Quetzalan. Me recordé caminando entre niebla y bruma por las oscuras calles adoquinadas en las que tantas veces había caminado antes, pero no había tú un alma, ni tampoco luz.

De entre la oscuridad emergió un hombre vestido con un traje indígena blanco. No tenía el rostro descompuesto como los demás que había visto en mis sueños. Sus facciones no eran claras, pero sus ojos bailaban como los de Inocente. Usaba un bigotito negro como el de mi abuelo y tenía el cabello negro y brillante. Evidentemente era de San Martín, por la forma en que iba vestido, pero no me era familiar.

Se dirigió a mí en náhuatl y al principio no lo escuchaba, aunque era evidente que gritaba. Finalmente logré entender sus palabras.

-¡Xihuiqui nican! ¡Ven aquí! --gritó.

-¿Adónde?

-¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí! -movía la cabeza y los labios como los de san Martín.

Yo estaba confundido y dudé, quizá por las pálidas sombras en movimiento que se formaban con las enormes flores blancas en las paredes detrás del altar de Rubia. Luego, revoloteaba a su alrededor pero sin moverme. Por todos lados se encontraban macizos de flores. Mientras, parecíamos pasar a través del brumoso mundo de los sueños. Ya no había más rostros distorsionados o despeñaderos oscuros, edificios públicos, torres o catedrales. Ahora había flores y abundante vegetación alrededor de las colinas de Quetzalan -las camelias del jardín del doctor Morán y las orquídeas de su vecina, la señora Salazar.

Nos detuvimos en una loma cubierta de hierba y por primera vez las cosas comenzaron a aclararse. Podía ver en la oscuridad las luces de una docena de pueblecitos en las cumbres de las colinas circundantes. Todo brillaba tenuemente.

La enigmática figurita me dijo que me sentara y así lo hice.

-Aquí vivo -dijo-. Aquí tengo mi casa. Está justo allá.

Me estiré Estaba recostado sobre el duro suelo. Era áspero y me sentía incómodo.

-¡Ven acá! -gritó, me sentía muy nervioso, quizá debido a las historias de Rubia e Inocente sobre los *ajmotocnihuan*, "los que no son nuestros hermanos", quienes engañan a las personas para que entren en la cueva.

"¿Cómo se llama usted?", le grité, pero había empezado a retroceder hacia la oscuridad. Me pareció haberlo escuchado gritar: "¡Cruz!" Luego, me encontraba en un gran cementerio, una colina llena de huesos. Dondequiera que pisaba escuchaba el crujir de huesos y cráneos bajo mis pies. Estaba oscuro y había destellos y luego lamentos cuando comencé a correr colina abajo. Caí en un remolino con los cráneos y huesos a mi alrededor. El ruido era tal que me estremecía, daba vueltas y no podía despertar. Volví a ver a un gran sacerdote velludo envuelto en su manto dorado y los

rostros que había visto antes, en la noche. Dos acólitos llevaban otro esplendoroso vestido de ceremonia para el sacerdote de las tinieblas. Regresé corriendo de la catedral al pueblo entonces desierto. Al tropezar con los adoquines, veía las grandes casas y edificios públicos convertirse en chozas indígenas. Iba por el camino a través de los helechos por el que pasaba todas las mañanas en mi viaje de Quetzalan a San Martín. Aún estaba oscuro y yo comenzaba a despertar.

Escuchaba a Lupe en la cocina acomodar los tres morrillos del fogón y las tres piedras sobre las que apoyaba sus cazuelas y parrilla, para poder encender con seguridad el fuego de la mañana. Se escucharon más murmullos y se hizo el milagro diario del café. Agradecí efusivamente a la amable mujer. Regresó a la cocina y me dejó solo con mis pensamientos. Me

senté a beber, encorvado en el duro banco. Cuando la luz empezó a filtrarse a través de las hendiduras de la puerta aún asegurada en la habitación sin ventanas, me preguntaba cómo relataría a Rubia lo que había sucedido. Finalmente, me incliné por una serie de episodios y no por una sucesión de acontecimientos continuos como la mejor forma de analizar los sueños. Sabía cómo se contaban los relatos oníricos y aún soñoliento comencé a relatar éste en una forma tal que pudiera entender mi mentora.

Escuché a Rubia llamarme y me incorporé para ir a la parte trasera de la casa. Estaba recostada sobre su camastro y Lupe le trenzaba el cabello. La habitación seguía oliendo a enfermedad, pero Rubia se veía mucho mejor.

-Así es que... ¡soñaste! Bueno... cuéntame qué pasó -me dijo-. Siéntate y platicame -me invitó a sentarme en un banco. Torné asiento, me restregué los ojos.

-Bueno... -comencé-, vi la cueva -hice una pausa y volví a empezar-. En sueños entré en una cueva. Creo que era la misma en la que estuve la otra noche. Había una enorme y abismal boca con enredaderas y piedras en el suelo.

"Síiii", dijo Rubia, arrastrando la palabra -era una forma normal en náhuatl de la Sierra para pedir al narrador más infor-

51

mación cuando relataba algo. Comencé a ahondar en mi historia en el estilo correcto del náhuatl para contar esas cosas.

-Las enredaderas colgaban de arriba de la gruta. Adentro estaba negro y oscuro. En la cueva estaba la noche oscura, sin estrellas ni luna. Las rocas eran enormes y negras, cubiertas de hollín y humo. Era un lugar de noche, no la noche de esta tierra, sino de la noche eterna.

-Sí, es la oscuridad de Talocan --dijo Rubia-. Entoncesss... ves, *puedes encontrar* tu camino en la Santísima Tierra. Así es como se entra en su mundo de noche. Creo que puedes hacerlo. Puedes entrar en su mundo de tinieblas. Ahora tienes que aprender a ver lo que hay ahí y cómo moverte en las tinieblas -era evidente que se sentía bastante complacida-. Ahora, anda, dime qué más viste allá.

-Bueno, era como una gran catedral oscura y estaban rezando. Había humo por todas partes. Podía ver la pila bautismal y los relicarios, todos negros y cubiertos con tizne. Había mucho humo, suficiente como para tropezar. Estaba de rodillas frente al altar y también un enorme sacerdote con un gran manto dorado cantando. Estaba frente a mí, pero sólo podía verle la espalda. Otros se encontraban vestidos de blanco y negro, todos rezando, pero no les entendí. El altar era grande y brillante, no de oro sino de plata. Relucía pero no lo distinguía mucho entre el humo. Uno de los acólitos se tropezó. Todos los presentes rezaban, excepto yo, y luego el sacerdote se volvió hacia mí. Era alto y negro, con enormes ojos, e hizo que me miraran todos los que estaban rezando. Todo daba vueltas y de repente ya estaba fuera de la catedral, en la calle.

-¿Qué estaban haciendo en la catedral? -preguntó ansiosa-. ¿Era un velorio? ¿Un velorio con velas, una velada? Así es como cazan almas ahí y así es como las retienen. Se mantienen en vigilia por el alma hasta que la persona muere y luego se comen la carne. Ese es su sustento en el mundo de las tinieblas. Nosotros cometimos de la tierra y luego la tierra nos come a nosotros. Eso es lo que hacen allá.

52

-No era un funeral o un velorio --dije-. Era más bien como una misa solemne o un acto de bendición con mucho humo e incienso.

-Cuando saliste de ahí, ¿estabas en un pueblo o en una ciudad? -preguntó.

-Bueno, al principio vi grandes edificios públicos y casas citadinas, pero conforme iba caminando todo se convertía en una simple calle adoquinada. Estaba oscuro.

-¿Cómo llegaste ahí? -preguntó-, ¿a pie o te llevó el viento? ¿Flotabas en el agua?

Nunca había reparado sobre la forma en que nos movemos en nuestros sueños. Parecía que era muy importante para Rubia, por lo que le dije que debió ser el viento, pues no recordaba haber caminado por las calles adoquinadas.

-¿Ves?, te llevaron ahí. Los vientos te sacaron de la capilla y te mostraron su pueblo. En el mundo de las tinieblas hay catorce aldeas, catorce pueblos, catorce ciudades. En el corazón de Talocan, en el centro de esa flor de la noche, hay una aldea, un pueblo, una cabecera municipal, una ciudad, una capital. Ahí es adonde tienes que ir para encontrar al Verdadero Taloc, el dios de los mundos de las tinieblas. Es Ipalnemoani, "por el que vivimos" afirmó, usando el mismo nombre utilizado por los aztecas en el siglo XVI.

Lupe había terminado con el cabello de Rubia y acomodó su lecho. Ahora estaba erguida y hablando.

-El nos da la vida en la tierra, y justicia. Es nuestro alimento y sustento. Para encontrarlo tienes que dar con los cuatro lados de Talocan y luego con el centro del mundo de las tinieblas -su cadencia al decirme esto era casi como la de la recitación de una plegaria, aunque lo decía con una urgencia tal que me percaté de que era una de sus más profundas creencias-. Ahora, ¿adónde fuiste en el pueblo? No era una aldea ni una ciudad, pero en una catedral así es donde dicen misas solemnes. Debí ser una cabecera municipal. Entonces, encontraste un lugar importante donde

53

habitan en la tierra y no querían atraparte o comerte. Debes aprender a soñar bien.

En ese momento me sentía muy satisfecho conmigo mismo y proseguí con mi relato.

-Mientras caminaba por la calle, las grandes casas y edificios públicos se desvanecieron y tomaron más la apariencia de las casas de aquí, de San Martín, con techos de bálago y muros de piedra. Luego, me topé en el camino con un hombre de bigotito que me hablaba a gritos. Creo que se llamaba Cruz, o algo así.

-¿Qué? -se sorprendió-. ¡Te dijo su nombre! No era uno de ellos. Es algo de lo que debernos hablarle a Inocente. Nunca digas haber visto gente así. Inocente te puede decir por qué. Debes tener mucho cuidado con esto. ¿Qué te dijo este hombre?

-Me pidió que lo acompañara --respondí sin abundar en los detalles, sino tratando simplemente de describir lo sucedido-. Lo seguí y pasamos por un sitio donde había algunas flores. Eran enormes flores blancas y terminamos en una colina desde donde podía ver otros pueblos en la noche. El hombre me comentó que su casa estaba cerca y que debía ir con él. Yo no quería. Usted me ha contado historias sobre cómo ellos se lo llevan a uno con engaños hasta la cueva para comerlo y yo no quise seguirlo.

-Bueno, si tenía nombre, seguramente no era uno de ellos. Si este hombre vive en Talocan, tal vez ya no está vivo, pero Inocente sabrá más sobre eso -asentó Rubia, lentamente, incorporándose-. Deben ser los antepasados de alguien, ¿pero de quién? Por aquí hay muchos que se llaman Cruz. ¿Por qué te quiere ahí? -murmuró la anciana más para ella que para mí, como si estuviera pensando en voz alta.

Indicó a Lupe, quien ahora estaba en la cocina: "Voy a ir a la casa de Inocente con Timoteo".

Antes de salir de la casa, Rubia tomó del altar un viejo morral ya algunos de los cigarrillos, además de una vela. También envolvió un puñado de incienso en un trozo de hoja de plátano.

-¡Vámonos! -ordenó-. A lo mejor vas a tener que ayudar-

54

me a andar entre las piedras del camino. Estoy débil, pero Inocente debe escuchar esto. Nos puede decir lo que debemos hacer ahora.

Era una mañana brillante con nubes ocasionales sobre las colinas en los alrededores del pueblo. Cuando salimos de la casa de Rubia, unas cuantas casas antes de llegar al centro del pueblo, la gente se nos quedaba mirando. Yo llamaba mucho la atención: lo único que tenía para ponerme era la ropa manchada de sangre que usé cuando fui a la cueva. Doña Rubia daba pasos lentos y pausados. Yo la iba ayudando. Con lenta resolución sonreía y saludaba a todos. ¡Con razón la conocían en el pueblo como la abuela de todos!

Cuando pasamos junto a la vieja escuela y doblamos por el camino trillado rumbo a la casa de Inocente, dudó, pisando con cuidado entre las piedras. La ayudé a caminar entre los surcos más profundos del camino y continuamos con nuestra marcha. Había niños jugando frente a sus casas y parecía conocerlos a todos. Tal vez ayudó en el parto de la mayoría de ellos, pues era una comadrona conocidísima en el pueblo. Sonreía con ellos y preguntaba por sus padres cuando pasábamos, pero yo era su principal centro de atención. Tal vez se preguntaban qué hacía este gringo desaliñado ayudando en la calle a una débil anciana.

Cuando llegarnos a la casa de Inocente, éramos seguidos por un nutrido grupo de niños que reían, bromeaban y trataban de poner a prueba mi náhuatl con breves frases obscenas o medio obscenas. También Rubia disfrutaba con el montón de seguidores reunido, advirtiéndolo a los pequeños cuando se sobrepasaban que iba a tener que visitar a sus madres.

-*Tanesic*, la luz se ha hecho -llamó a Lucas cuando nos acercábamos a la casa de Inocente. Lucas estaba en la banca del frente con su hijo mayor, de unos nueve años. Esperaban que algunos hombres llegaran con leña.

-Bueno, ¿ya se levantó el viejo? -preguntó Rubia.

-¡Claro que sí! Está adentro -dijo Lucas.

Al mismo tiempo escuchamos a Inocente preguntar: -¿Qué hacen aquí tan temprano? Debe de haber sido una noche tremenda,

56

Timoteo". Yo no decía nada, pero sabía que estaba ahí. Inocente siempre tenía una forma de saber todo lo que sucedía a su alrededor. "Pasen y cuéntenme lo que pasó en la noche.

Cuando entramos, él se levantó de su asiento, se dirigió hacia su altar y de paso me ofreció una silla. Siempre insistía en que utilizara la única silla occidental de su casa. Sacó otro banco indígena para doña Rubia y pidió a Elena, la esposa de Lucas, que llevara café. Yo ayudé a Rubia a sentarse.

-Está fresca la mañana. Yo mismo tosté los granos -nos dijo. Elena preparó el café y lo saboreamos durante unos minutos.

-Bueno, lo hizo bien -dijo Rubia súbitamente-. Fue directamente a la cueva, a la que lo envié, la Boca de la Tierra en el Oriente. Creo que los vientos lo metieron. Todavía no sabe mucho al respecto, pero tuvieron que haber sido los vientos o los *popocamej*. Dice que había mucho humo ahí. Tal vez fueron los *popocamej* los que lo llevaron.

-¿Estás segura de que fue la Boca de la Tierra en el Oriente? -preguntó Inocente-. Pudo haber sido la Boca de Piedra o la Boca de Agua y Tierra. Hay muchas puertas al mundo de las tinieblas -Inocente comenzó a discurrir sobre todas las puertas de acceso al inframundo.

Rubia me pidió que escuchara con atención sobre las puertas que debía usar para entrar y salir del inframundo: algunas eran para hombres y otras para mujeres; otras pertenecían a determinados entes sobrenaturales y otras más a los vientos, las aguas, el humo o la tierra. Trataba de recordar todo repitiéndolo mentalmente una y otra vez; no llevaba mi cuadernillo de notas.

-¿Entonces piensas que entró por la Boca de la Tierra en el Oriente? -preguntó Inocente a Rubia-. ¿Dónde *piensas* que fue, don Timoteo?

Respondí que semejaba ser la misma cueva en la que había rezado.

-Sabes, participó en un acto de bendición en la Santísima

56

Tierra. Se arrodilló y rezó justo frente al altar y el sacerdote de las tinieblas lo echó -agregó Rubia.

-Bueno, es afortunado de que no lo hayan usado como almuerzo, para devorarlo. Tal vez imploraban porque alguien más fuera enviado, a lo mejor hasta tú -comentó Inocente a Rubia.

Rubia pasó por alto el comentario y prosiguió.

-Fue lanzado de la catedral hasta una calle con enormes casas, por un camino. Luego empezó a ver casas como las nuestras. Es ahí donde se encontró con esta cosa -Rubia utilizó la partícula impersonal en náhuatl.

-¿Era uno de ellos o uno de nosotros? --preguntó Inocente.

-Creo que era uno de nosotros -respondió la anciana.

-¿Uno de nosotros? ¡Vaya, vaya! --dijo Inocente.

-Dijo que escuchó a la cosa decir un nombre. Gritaba "Cruz".

Miré a Rubia, preguntándome por qué mencionó el nombre, cuando me acababa de decir que nunca debía pronunciarlo.

-Bueno, será mejor no decir nada de eso a nadie -declaró Inocente-. Hay varios con ese nombre que viven donde está el pozo del pueblo. No les agradaría para nada todo esto. ¿Sabe Timoteo lo peligroso de la situación?

-No creo. Díselo. Tú conoces mejor sus métodos.

Volviéndose hacia mí, Inocente comenzó a decir en español: -Viste a un hombre llamado Cruz. No debes comentar a nadie que has visto a los vivos o a los muertos en tus sueños -dijo en tono tajante, mirando de reojo a Rubia-. Ahí están, de acuerdo, pero incluso cuando los veas no le puedes comentar eso a nadie.

"Si lo que ves es una persona viva y no estás trabajando especialmente para curarla, tal vez también sea un alma perdida que está soñando. Podrías atraparla, si fueras un brujo", dijo con certeza. "Podrías ofrecer esa alma perdida a ellos, los dioses de la Noche, y comprometerlos contigo. Estarían en deuda contigo por eso, te deberían un favor o, tal vez, un alma. "

"Si no es un alma perdida---, prosiguió Inocente, "entonces quiere decir que esa alma quizá sea un brujo que trata de dañar a

57

alguien. Si se enteran de eso, te atraparán. Si a quien ves es un muerto, entonces tal vez hayas salido a dañar a los antepasados de alguien y éste pagará a un brujo para que te agarre."

"Nunca debes hablar de las almas de esta tierra que ves en el inframundo. Te dirán brujo o te embrujarán si hablas sobre ellas.

"A nosotros puedes hablar acerca de las almas que ves en el mundo de la noche", dijo enfático, "pero no deberás comentarlo con nadie más." Entonces Inocente preguntó más sobre "Cruz".

Rubia comenzaba a mostrarse un poco inquieta con esa insistencia. "Ese es asunto suyo, no tuyo, viejo brujo", dijo finalmente Rubia.

-¡Cierra la boca! -dijo el anciano en náhuatl-. Si es uno de los antepasados de Cruz, quiero saber de quién se trata. Si es uno de esos brujos tal vez haya problemas, y no queremos asustar a este joven. Todavía no conoce sus formas de actuar.

-Quiero saber cómo salió Timoteo de nuevo a la luz. Olvidemos a Cruz. Luego nos enteraremos de más. ¿o les sigues teniendo miedo? -preguntó pausadamente Rubia-. Tiene mucho que no hacen ningún daño-me remonté dos años atrás, cuando grabé que a Inocente lo habían contratado para hacer brujería.

-Tiene que conocer todas las rutas de entrada y salida a Talocan antes de poder encontrar los cuatro puntos del inframundo. Debe ser capaz de entrar y salir si va a seguir la senda de sus sueños. Si aprende el "buen camino", no tendrá que preocuparse por Cruz -afirmó Rubia a Inocente-. Cuando se alejó Cruz, ¿qué fue lo que viste? -me preguntó Rubia.

Dudé un poco al contarles sobre la pila de huesos, pero pensé que era parte del sueño y que sería interesante ver cómo lo interpretaban. Les hablé sobre la escena en que me veía caminando entre huesos, de que había vuelto a ver al sacerdote de las tinieblas y del escape por el camino que lleva al pueblo.

Rubia e Inocente consideraban que el "sacerdote- rezaba pa-

ra que más almas fueran enviadas al inframundo y Rubia estaba particularmente interesada en esta parte del relato. Se preguntaba abiertamente si buscaban y esperaban su alma. Inocente aseguró que así era. Pensaba que un brujo se los había prometido en el mundo de las tinieblas.

-Si eso es lo que estaban haciendo, entonces tal vez se sientan satisfechos con alguna otra ofrenda. Tal vez yo misma pueda recuperar mi alma -comentó tímidamente, sin decir a Inocente cómo lo haría. Pensé que tal vez necesitaría otra gallina. El anciano opinó que definitivamente se trataba de brujería y que ella no podía hacer nada al respecto.

Sin embargo, ambos estuvieron de acuerdo en que este primer sueño fue un extraordinario viaje a Talocan y se dieron a la tarea de explicar lo que en realidad había sucedido en el mundo de las tinieblas.

Rubia comenzó a decir:

-Entraste en Talocan por la Boca de la Tierra en el Oriente y los vientos te llevaron directamente a la catedral en una de las catorce cabeceras municipales del inframundo. Luego fuiste echado de ahí, porque no eras lo que esperaban. Ahí, un hombre te ayudó y luego lo seguiste hasta la colina cercana a su casa en Talocan. Era uno de los ancestros y no habría dejado que te perdieras, pero no lo conocías. Los vientos te llevaron hasta la montaña de huesos de Miquitalan, la parte por donde los muertos entran a la Santísima Tierra. El sacerdote oraba para que una nueva alma fuera puesta en la tierra.

-Pero ese sacerdote de las tinieblas lo echó -dijo Inocente-. Esto es bueno. No lo quieren ahí, en el mundo de las tinieblas, ni mantendrán allá su alma. Salió por el buen camino. Si lo sigue, entonces podrá entrar muchas veces y encontrar los caminos del inframundo y los ancestros. Primero tiene que conocer las entradas y salidas, luego los cuatro puntos. Luego debe ver al Verdadero Taloc, si se va a poner a su servicio.

-Pero, ¿cómo encuentro todos esos caminos que llevan hasta Talocan? -pregunté a Inocente.

-Primero, tienes que aprender a ver con claridad en tus sueños a través de las tinieblas y la bruma.

-Pero, ¿cómo sabré siquiera dónde estoy?

-Así como sabes que estás aquí en la tierra explicó Rubia-. En Talocan hay lo mismo que aquí en la tierra; la única diferencia es que allá, en las tinieblas, no puedes ver claramente y un lugar puede llevar a otro. Todos están unidos entre el centro y las orillas.

-¿Qué? -no entendía ni media palabra de lo que me trataba de explicar.

-Allá hay lo mismo que aquí en la tierra -repitió Rubia.

-Sí -dijo Inocente riendo entre dientes-, hasta hay una ciudad de México y de París allá en las tinieblas, o por lo menos eso es lo que me cuentan. No he estado en esos lugares.

-Pero, ¿cómo conoceré esos sitios?

-Nosotros te lo vamos a decir --contestó el anciano.

-¿Cómo sabré adónde ir en Talocan? -pregunté, sintiéndome totalmente confundido.

-No lo sabrás -respondió Rubia-. Es una tierra de oscuridad. Talocan es una gran flor de las tinieblas -empezó a señalar con una vara en el piso de tierra de la casa de Inocente y trazó una gran flor cuadrangular.

-El norte es la Cueva de los Vientos, Ejecatalan o Ejecatan, y la Tierra de los Muertos, Miquiatlan o Mictali -dijo mientras dibujaba un pétalo-. El este es el mar, Apan -dibujó otro pétalo-. El sur es la Tierra del Calor, Atotonican -levantó la mirada y luego dibujó otro pétalo-. El oeste es la Casa de las Mujeres, el Cihauhchan, en Tonallan -dijo mientras dibujaba el último de los pétalos-. Aquí en el centro está el verdadero corazón de Talocan, el Talocan Melaw -completó el diagrama-. Así es como está el inframundo -finalizó.

TONALLAN<sup>w</sup>

MIQUITAN N EJECATAN

E

0

8

APAN

S  
ATOTONICAN

Lo que acababa de dibujar Rubia era la gran flor cuadrada que ha decorado el mundo mexicano desde la época teotihuacana. Había visto ese mismo diseño en los antiguos códices y en los derruidos muros de los templos. Estaba asombrado.

-Adentro hay catorce de todo, como ya te lo he comentado

-explicó-. Trece fuera de nuestro centro y uno de todo adentro para los Dioses. Pero adentro y afuera son la misma cosa, ahí no se separan. Porque hasta adentro de nosotros hay una flor, si la buscamos -dijo en tono enigmático, pero no profundizó al respecto.

Conforme transcurrió la mañana, Rubia e Inocente me explicaron una y otra vez las formas de entrar y salir del inframundo a través de las cuevas, arroyos, estanques, sumideros y pozos. La flor en el suelo estaba tan llena de líneas al final de la mañana que casi había quedado totalmente borrada.

Muchas de las entradas y salidas se mezclaban con los relatos oníricos que había escuchado en ceremonias curativas, pero ahora me daba cuenta de la forma en que Rubia e Inocente las utilizaban para revisar mis propios relatos oníricos con el fin de ajustarlos a su visión del inframundo. Esto era lo que se esperaba que viera en sueños. Me asustaban esos dos viejos sabios.

Les dije que no iba a poder quedarme en la Sierra más de un día (tenía que dar clases en la ciudad de México), pero me comentaron que, si tenía un altar y un lugar donde rezar, podría soñar en cualquier parte; incluso en la ciudad de México. Lo importante,

61

explicaron ambos, era que recordara todos mis sueños; que pudiera "sacarlos a la luz" para que me dijeran a qué parte del inframundo había llegado. Acepté fervientemente llevar un diario de mis sueños y acordé mantenerme en contacto telefónico con Rubia.

Nos fuimos de casa de Inocente temprano por la tarde. Estoy seguro de que Elena se sentía aliviada de que no nos quedáramos a comer. En la casa nunca había suficiente comida y si nos quedáramos tendría que salir y gastar mucho dinero: Rubia era una comadre a quien había que tratar bien, y yo era un huésped de honor.

Cuando regresamos con pasos lentos a la casa de Rubia, la vieja bruja marrullera comentó: "Sabes, Inocente se equivoca cuando dice que hay un brujo, a menos que él mismo lo sea".

"Si ellos todavía rezan porque les manden almas a Talocan", dijo después de una pausa, con el brillo de la certeza en sus ojos negros, "entonces no hicieron un trato con un brujo, o por lo menos no un buen trato. Sé lo que quieren, lo que necesitan y les puedo dar más. Puedo hacer un mejor trato. Sé lo que quieren en las tinieblas", dijo tajante.

Me despedí de Lupe y de Rubia antes de la hora del almuerzo. Expliqué a Lupe que Rubia debía tomar sus medicinas y le dije que hablaría con Arturo cuando regresara a Quetzalan para ver si podía encontrar algo mejor para la anciana. Rubia estaba extenuada y se volvió a recostar en su camastro antes de que yo me fuera.

Al ir manejando de regreso por el accidentado camino hacia Quetzalan, recogí a toda la gente que cupiera en el viejo *jeep* que me habían prestado en la universidad. Entre ellos estaba don Ignacio, quien vivía rumbo al panteón a la entrada del pueblo. Era uno de los grandes charlatanes de aquel lugar. Todos los pasajeros hablaban del pueblo y de las

festividades del año anterior, dando poca importancia a mi desaliñada apariencia. Al bajarse todos del vehículo, Ignacio me habló al oído y me advirtió: -Has vuelto a salir con ese par de brujos. Es mejor que aprendas a cuidarte-. Hizo con la mano la forma de una pistola. "¡Pum! Son unos asesinos, pero no matan con pistolas."

62

Después de dejarlos en la plaza principal fui a recoger mis maletas al hotel, luego me detuve en la casa de Arturo antes de iniciar el largo viaje de regreso a la ciudad de México. Aunque los traicioneros caminos de la montaña requirieron manejar despacio y con precaución, yo iba distraído al ir subiendo hasta las tierras altas. Mis pensamientos estaban llenos de visiones de la cueva, los coros de las plegarias, mis recuerdos vagos de los sueños y todo lo sucedido en los últimos días. Las advertencias de don Ignacio y la insistencia de los dos viejos hechiceros de que me acogiera a su tradición también me hacían sentir abrumado.

Me preguntaba cómo se vería el altar de Rubia esa noche. Estaba seguro que presentaría su caso a los dioses de las tinieblas, buscando justicia y haciéndoles ofrendas generosas tratando de superar a su rival. ¿Acaso en mis sueños encontró la clave para salvar su propia alma perdida? Por alguna razón querían que supiera esto. Ambos habían trabajado con otros antropólogos que estudiaban sus tradiciones en la Sierra y hasta entonces Rubia e Inocente, especialmente ella, habían sido bastante liberales con sus conocimientos. Sin embargo, a ninguno de los antropólogos que conocía se le había pedido soñar. ¿Era sólo porque hablaba náhuatl? ¿O era porque esperaban que encontrara en el inframundo mi alma perdida?

## Capítulo 5

### EL NAGUAL

El regreso a la ciudad de México y  
las clases ocurrieron sin novedad.  
Mis sueños no se comparaban  
con los relatos que me habían contado  
esos dos viejos curanderos sobre batallas épicas, experiencias  
al borde de la muerte y escapes increíbles  
de persecuciones por parte de entes malévolos de Talocan,  
el mundo de los sueños.

64

Elaboré mi diario de sueños tratando todas las mañanas de unir los acontecimientos desordenados de la noche anterior. En ellos había amigos, parientes, lugares conocidos o desconocidos, pero nada realmente extraordinario -no había grandes pirámides ni sacrificios sangrientos-. No se apoderaban de mí por las noches los antiguos aztecas a cuya tradición debía acogerme, con sus libros perdidos de sueños.

Esperé una semana, seguía sin suceder nada, así que llamé a Rubia el día convenido. No estaba. Finalmente, me comuniqué con Arturo y éste le hizo llegar el recado con otra persona del pueblo. El médico me dijo que Rubia se veía mucho mejor, que estaba respondiendo a los nuevos medicamentos, los cuales yo esperaba que estuviera tomando con regularidad.

Hacer una llamada de larga distancia desde la ciudad de México no era una empresa fácil. Era necesario acudir a las oficinas de Teléfonos de México o a alguna otra estación autorizada de larga distancia, esperar mucho tiempo a una operadora que parecía que nunca contestaría, luego volver a esperar para comunicarse con la estación de larga distancia en Quetzalan donde la operadora sólo contestaba de vez en cuando. Dejaría un mensaje para que lo dieran -o no-, dependiendo del humor de la operadora y del mensajero, luego volver a empezar todo el proceso. Por lo general, visitaba el Sanborn's de Reforma, cerca del monumento a la Independencia (mejor conocido como El Ángel), bebiendo café y mirando a los turistas mientras esperaba interminables horas para llamar por teléfono.

Cuando finalmente logré comunicarme con Rubia, había transcurrido casi una semana. No se sentía apenada ni abrumada por la mecánica de las llamadas telefónicas y era evidente que estaba mucho mejor.

"Bueno", contestó con voz fuerte, pero agradable. "¿Cómo has estado? ¿Qué me cuentas?" Tal vez pensaba que era mejor sólo hablar en español y no en náhuatl, con lo que por lo menos habríamos tenido más privacidad. Estaba limitado acerca de lo que

podía decirle o preguntarle porque a doña Carmen y a las otras operadoras en Quetzalan nada les gustaría más que platicar a otros sobre estas extrañas llamadas telefónicas entre un extranjero y una curandera indígena.

Después de decirme que había vuelto a vender en los mercados locales ahora que se sentía mejor, Rubia preguntó: -¿Me vas a decir lo que viste?

-Sí, escribí todos mis sueños. ¿Quiere que le lea mis anotaciones?

-No, nada más dímelos

Comencé con los primeros sueños y Rubia no dijo mucho, solamente comentó "sí", "adelante" o "eso es". Obviamente, también ella conocía muy bien a doña Carmen. También era evidente que no se sentía impresionada con mis primeros sueños.

-Juiste al lugar al que acudiste con el pollo?

-Así es -respondí. La cueva había sido el tema principal de algunos de los sueños desde que dejé la Sierra.

-Sólo háblame de ellos.

Comencé a contarle sobre los sueños en los que había visto la cueva y ella comenzó a mostrarse mucho más interesada, pero en sus comentarios no entraba más en detalles (tal vez por doña Carmen).

Cuando terminé, dijo: "Bueno, estás yendo allá, aunque tal vez no lo sepas. Nada más no dejes de ir a ese lugar. La próxima vez nada más háblame de los que se parezcan a esos últimos sueños. Verás, esos son los buenos".

Nos pusimos de acuerdo en una hora para hablar cada semana y Rubia acudiría a la caseta telefónica a esperar mi llamada, escuchar el relato de mis sueños y hacer sólo algunos comentarios críticos. Algunas semanas eran extraordinarias, en otras no tenía nada que contarle.

Después de casi un mes de tratar esto por teléfono, la anciana dijo que debía ir a la Sierra y ver también a Inocente.

*3 de agosto de 1976, San Martín Zinacapan,  
Sierra de Puebla, México*

EL SIGUIENTE fin de semana fui allá con algunos de mis estudiantes de la ciudad de México. Ellos visitaron los mercados locales en Quetzalan y caminaron hasta las increíbles cascadas de la zona, mientras yo fui a ver a Rubia e Inocente. Llevaba mi diario de sueños pero llegué a la conclusión de que no era necesario.

Ambos me estaban esperando en la casa de Rubia cuando llegué a San Martín. Habían hablado de mis sueños y al parecer estaban muy contentos.

Después de los acostumbrados saludos, Inocente comenzó diciendo:

-Ya lo encontré, ¿verdad?-preguntó a Rubia-. ¿Ya se lo dijiste?

-No pude, no por ese condenado teléfono.

Inocente se volvió hacia mí.

-Bueno, ya has ido a los cuatro puntos de Talocan: el este, el Gran Mar; el norte, la Cueva de los Vientos, la Tierra de los Muertos. También has estado en el oeste, la Casa de las Mujeres y en el sur, el Lugar del Calor. Y fue ahí donde caíste al pozo.

Inocente se refería a uno de mis sueños recientes, en el que me había vuelto a encontrar con el enigmático Cruz y caído con él en un pozo, luego vi una figura enorme y bastante aterradora de grandes ojos que me llamaba. Cruz impidió que la siguiera y me llevó por un camino de flores. Seguía tratando de determinar quién, o qué, era ese curioso hombrecillo llamado Cruz. ¿Acaso lo había conocido alguna vez? En el pueblo ya preguntaba acerca de la familia Cruz.

-Cuando te caíste en el pozo -prosiguió el anciano-, fue cuando encontraste el corazón, el verdadero centro de Talocan. No sabíamos si lo ibas a poder encontrar, pero aquí mi comadre dijo que si ibas a seguir entrando en la cueva por la Boca de la Tierra en el Oriente, tendrías que llegar ahí.

"En ese sueño que tuviste justo ahí", continuó Inocente, señalando hacia el banco donde había dormido frente al altar de Rubia, -entraste por el este y saliste por el norte. Sabemos que ibas a Talocan.

Inocente siguió analizando cada uno de los sueños que yo había relatado a Rubia y reconstruyéndolo en una descripción de los diferentes viajes al inframundo. Lo que pensaba que eran sueños bastante indefinidos, sin ninguna importancia real, rápidamente se convertían en relatos fantásticos cuando el viejo los contaba en una resonante cadencia náhuatl. Inocente me estaba dando una lección de interpretación de sueños que nunca olvidaría, mientras que al mismo tiempo hacía una descripción, bastante detallada, de la forma y

geografía del inframundo –refiriendo cosas de las que sólo había leído en crónicas del siglo xvi-. Podía ver el mundo de sus antepasados en mis sueños y estaba convencido de que yo también los veía. Tal vez tenía razón. Quizá sólo empezaba entonces a reconocerlo como un mundo de símbolos y tradiciones abiertos a quien se apegara a las formas de sus ancestros.

Hablamos hasta muy entrada esa noche. Cuando el hijo de Inocente llegó a la casa de Rubia para ayudar a su padre a regresar a la suya, yo también decidí marcharme, pues quería regresar a San Martín desde Quetzalan al otro día temprano. Rubia e Inocente querían que llevara ofrendas a cada una de las entradas del inframundo, pero en este viaje no había suficiente tiempo -debía regresar a la ciudad de México para dar clases el lunes-. Antes de irme, acepté llevar por la mañana algunas de las ofrendas a una de las cuevas cercanas al pueblo. Sin embargo, sabía que regresaría a San Martín y me quedaría una o dos semanas antes de volver a Estados Unidos de Norteamérica.

Cuando regresé después de haber depositado las ofrendas en una cuevita la siguiente mañana, pasé a la casa de Inocente. Cuando ya me iba me dijo:”Allá, en la Santísima Tierra, estás tan ciego como yo en la tierra. ¿Recuerdas al dios de los animales? Es quien te dará ojos para que puedas ver en la oscuridad”. Miré los nublados

68

ojos viejos de Inocente y me pregunté a qué se refería. “Tienes que ver sus animales. Son parte de nosotros aquí y debes determinar cuáles son tuyos. Tienes que encontrar algo verdaderamente salvaje para que el truco en verdad surta efecto. Se va a levantar un alma y tienes que estar aquí cuando eso suceda. Entonces la vas a ver.”

En verdad no sabía a ciencia cierta a lo que se refería el anciano y se lo pregunté a Rubia cuando me iba del pueblo. Se mostró bastante cautelosa y comentó que había un alma que debía volver a ver la luz cuando yo regresara y que entonces vería muchas cosas.

*18 de agosto de 1976, San Martín Zinacapan,  
Sierra de Puebla, México*

TODAVÍA NO TERMINABA la temporada de lluvias en la Sierra de Puebla. Por lo general las mañanas eran brillantes y claras, pero el calor semitropical empezaba a aumentar a medida que el sol iba subiendo por el firmamento; para las diez era prácticamente insoportable. Al mediodía, las nubes empezaban a disiparse entre el sol inmisericorde y todos los días llovía a las dos. Las lluvias eran bastante torrenciales, pero por lo general cesaban por ahí de las cinco o seis. Caminar de regreso desde el pueblo hasta Quetzalan todos los días entre la densa y vaporosa vegetación, a través de helechos más altos que pequeños árboles y tupidas begonias, me daba tiempo e inspiración para pensar. La rica abundancia de la tierra se hacía evidente en todas partes. Las altas ramas de los inmensos árboles bajo los que crecían los cafetales albergaban mundos de helechos, orquídeas, bromelias y otras plantas exóticas. Muchas parecían demasiado pesadas para los árboles. Cuando llegaba a caer alguna rama, podía recoger algunas de las orquídeas y helechos menos comunes; a veces tenía que treparme a los árboles para tomar alguna orquídea u otra planta extraña.

Reunía la flora de la región de la misma forma en que recababa sus tradiciones populares y culinarias -para entender mejor a la gente, su lengua y su mundo-. Para mí significaba descubrir mun-

69

dos desconocidos. Había reunido un sinfín de relatos en el pueblo y comenzaba a entender lo que significaba ser ahí un cuenta-cuentos. La narración adecuada de relatos seguía siendo una forma de arte en San Martín, y escuchar a los maestros narradores practicar ese arte en las últimas horas de la tarde o las primeras de la noche, era algo para saborearse.

Cuando llegaba al pueblo casi siempre iba directo a la casa de Rubia para tomar mi café de la mañana, después de comprar algunos bizcochos en Quetzalan que a ella le encantaban a pesar de que estaba desdentada. Chismorreaba sobre todos los lugareños mientras cortaba pequeños trozos que remojaba en su café. Ocasionalmente, me pedía que dijera las plegarias que había memorizado y me indicaba qué agregar o quitar para ciertas ocasiones. Tampoco se cansaba de hablarme de sus sueños y curaciones, su trabajo como comadrona o los milagros de los santos, algunos de los cuales me eran desconocidos (y estoy seguro que también a la Iglesia). Me quedaría algunos días más hasta que todo estuviera listo para la elevación del alma para la que se me había pedido ayuda. Habíamos ido a ver a la joven mujer, Maricarmen Sánchez, cuya alma fue encontrada por Rubia en el inframundo. Era su *tonal* el que sería llevado a la luz a través de un ritual.

La elevación de las almas era muy complicada y se requería algo de tiempo para hacer los arreglos necesarios. Además del grupo de brujos participantes se debía movilizar toda una red de amigos, parientes y parientes rituales para que rezaran por el alma que sería liberada del inframundo. Se dedicaría toda una noche para rezar y hacer ofrendas a la tierra. La muchacha sería entonces conducida hasta el patio de la iglesia antes del amanecer y cubierta con una enorme manta. Todos los participantes entonarían una larga plegaria por la luz del día y, al levantar el manto cuando saliera el sol, llevarían a la joven y su alma hacia la luz. Entonces los participantes se convertirían en los parientes rituales de la muchacha, serían los protectores de su alma y tratados como compadres durante una gran comilona ofrecida por los padres de ella. La ele-

vación de un alma implicaba un gran gasto. No sólo se tenía que preparar la comida, sino que había que pagar a los curanderos y comprar las ofrendas.

En ese entonces, también visité los templos de las montañas, las cuevas, estanques, cascadas y sumideros donde Rubia e Inocente insistieron en que dejara ofrendas. Eran lugares maravillosos que nunca habría encontrado por mi propia cuenta, donde convergían la naturaleza y el mundo simbólico. Ocasionalmente Lupe iba conmigo pero si me decían cómo, podía encontrarlos yo solo caminando por el bosque que circundaba el pueblo cargando ofrendas en un morral.

En un templo especial de la montaña, el Corazón de la Montaña del Cielo, adonde se llegaba después de un trabajoso ascenso, era evidente que el objetivo de cientos de visitantes a través de los siglos era una enorme piedra. Había viejos cacharros esparcidos por el suelo. Del tamaño de una casita, ríos de la blanca cera de las velas habían escurrido por todas las grietas de su superficie, ennegrecidas por los quizás dos o tres siglos de ofrendas con copal. Y no sólo eso, ofrecía la más increíble vista de las selvas y pueblos montañoses que jamás hubiera visto. Desde este punto, el *tepeyolomej* y el *tepehuane*, los "corazones de la loma" y la "gente de la montaña" podían regir sobre su dominio espectacular.

También visité lugares escondidos. Algunos eran más que recodos de ríos donde las corrientes formaban estanques. Aquí, los lugareños habían dejado sus ofrendas para el *ahuane* y el *alpixque*, los espíritus del agua, durante siglos. Otros sitios eran impresionantes maravillas naturales como el templo en la montaña. Me di cuenta de que las fabulosas vistas comenzaban a mezclarse paulatinamente en mis sueños.

Un día antes de la elevación del alma, había llegado una mujer a la casa de Rubia que obviamente era de otra zona. Su vestido era de los otomíes de la región cercana a Tenango, en las montañas al noreste de Quetzalan. Se llamaba Antonia. Esta mujer era casi de la misma edad de Lupe y si no hubiera sido por su traje otomí,

podrían haber sido hermanas. También llegaron al pueblo dos hombres de la región de Totonac, que se encuentra más abajo. Todos habían acudido para ayudar con la ceremonia. Sin embargo, yo estaba tan involucrado con mis visitas a los diferentes templos en la zona, que les di poca importancia. La noche previa a la elevación del alma fui con Rubia a la casa de la joven. Nos recibieron sus padres, José y Aurelia Sánchez.

"Apreciados compadres, ya está oscureciendo", nos dijo don José, aunque yo no era todavía su pariente ritual. "Pasen a nuestro humilde jacal y elevemos nuestras plegarias para que compartan con nosotros sus sagradas palabras de luz. Hemos estado esperándolos, además de la luz que ustedes traen."

Rubia respondió en un tono igualmente formal que nos sentíamos honrados de ser recibidos en su gran casa y que habíamos ido a llevar a su hija a la luz. Cuando entramos había muchas otras personas, además de Antonia y los dos totonacas. Se estaban haciendo ofrendas y elevando plegarias en una animada atmósfera de humo, chismorreos y conversación. En medio del llanto de niños, la entrada ocasional de los pollos para recoger restos de comida con el pico y el ahuyentar a los perros, reinaba el caos general de las ceremonias nahuas.

Mientras distintas personas subían al altar de los Sánchez a orar y hacer ofrendas, Rubia se sentó en un banco que estaba apoyado contra el muro opuesto al altar, donde se puso a hablar y chismorrear. Parecía aprobar los arreglos hechos por la familia Sánchez. Después de un rato se volvió hacia mí: "Y bien, ¿estás listo con esa oración? Tienes que ayudar a traer a la preciosa palomita, a esta muchacha bonita, hacia la luz. Pon algo de copal en la lumbre y enciende dos velas que tengo aquí para ellos. No te olvides del tabaco".

"No las digas tan alto", advirtió. "No querrás que todos los demás te escuchen, nada más nosotros y los de allá."

Corno los lugareños, ya había aprendido a rezar entre murmullos reverentes nahuas. Era mucho más aceptable que una plegaria

claramente articulada. Cuando oraban, no levantaban la voz, sino que hablaban más bajo. Comencé nerviosamente.

*Ce huelini titaloc*

Tú eres el único poder, Taloc

*ce huelini titaloc*

Tú eres el único poder, Taloc

*ipanin talocan*

en Talocan

*ipanin talticpac*

en la tierra...

*Nican in talocan*

Aquí en Talocan

*nicanin yohualichan*

aquí en la casa de las tinieblas

*nimechtatauhitia nen conetzin nen espiritu.*

Te imploro me des a esta pequeña, este espíritu.

*Nican nimechaxcatli ica tantos oraciones*

Aquí elevo por ti estas plegarias

*nican nimechtemaktia nofuerza notonaL*

te dejo tener toda mi fuerza, mi alma.

*¿ Cani yetoc nejin ?*

¿Dónde está éste?

*¿ cani ancpiaj toconetzin?*

¿Dónde tienen a nuestra pequeña?

*¿Pox ticonmacazque tehuatzin?*

¿Me lo darás, oh señor?

*tehuatzin nimitztatautia.*

Oh señor, te lo ruego...

Cuando había terminado, se me dio una posición de honor en una de las pocas sillas occidentales dispuestas en una gran mesa ubicada en el centro de la habitación, mientras que los demás es-

73

taban sentados en pequeños bancos. Me sentía bastante incómodo por cómo habíamos sido acomodados, pues los Sánchez eran la única familia que estaba sentada a la mesa. Empezaron a circular copas de refino, el transparente aguardiente del lugar, y en ese momento estaba seguro de que no quería quedarme a ver embriagarse a los presentes.

Me acerqué a Rubia y le pregunté si era necesario que me quedara. Dijo que no, pero que tendría que regresar antes del amanecer. Con esto, me despedí de don José y doña Aurelia y regresé a Quetzalan. Puse mi despertador a las cinco de la mañana.

Sin embargo, en la mañana cuando salí del hotel e iba por el camino que lleva a San Martín ya casi eran las seis. Caminé lo más rápido posible, pero no logré llegar a la verdadera elevación del alma. Aún había algunas personas, tal vez con monumentales resacas, meditando alrededor del patio de la iglesia y del enorme manto utilizado para cubrir a la muchacha mientras yacía en la parte Occidental de la plaza. Casi todos habían regresado a la casa de los Sánchez. Yo bajé por la colina hasta pasando el pozo del pueblo para encontrarlos. La casa estaba llena de gente. Para desayunar, se servía café, pan de dulce, tamales y atole y me invitaron a pasar a la mesa. También me dijeron que Rubia ya se había ido. Me quedé a tomar café y comer tamales y luego fui a la casa de la hechicera.

Estaba sentada en su altar con su pocillo de café y un pan de dulce cuando entré en la habitación. Pude escuchar a Antonia, la curandera visitante, y a Lupe en la cocina.

-Bueno, te lo perdiste -dijo; tenía el cabello desordenado y destrenzado como si estuviera pensando volver a acostarse-. Pero no te perdiste de mucho. ¿Te dio de comer don José?

-Sí.

-Bueno, de todos modos no pudiste ver mucho. Aún no ves mucho ahí en Talocan.

-¡Antonia, ven aquí! -se dirigió hacia la cocina en español.

-¿Qué quiere, abuela? -se aproximó Antonia y se quedó ahí, parada frente a nosotros.

74

LA GUERRA DE LOS BRUJOS DE LA SIERRA DE PUEBLA

-Antonia, ¿cómo le haces para ver cosas en Talocan?

-Bueno, no somos nosotros los que las vemos. Nuestra otra parte es la que lo hace -respondió.

-Creo que ya es tiempo de que éste aprenda a ver no sólo su *yollo* y su *tonal*, su corazón y su alma, sino también todo lo que tiene en las tinieblas, ¿no es cierto? -preguntó Rubia.

-Ah, ¿se refiere a esas cosas salvajes, los *naguales*? Tal vez sería mejor llevar a su compadre don Inocente para que ayudara a Timoteo a ver con sus propios ojos.

-A lo mejor tienes razón en eso. Inocente tiene más de esas cosas, de esos *naguales*, más que tú o yo; pero tal vez no sea una buena idea. Mi compadre puede hacer algunas cosas malévolas en las tinieblas -afirmó tajante Rubia. Apartando la mirada de Antonia y fijándola en su altar, la anciana se quedó callada lo que pareció un largo rato. Estaba considerando lo que Antonia había sugerido.

-Creo que iremos a ver a Inocente --dijo finalmente la anciana, pero en tono dubitativo-. Timoteo, vete por unos cigarrillos, una cajetilla nueva, con don Pedro. Los vas a necesitar -preguntó a Antonia-: ¿Puedes ayudarme con mi cabello?

Rubia tenía algo de que hablar y era evidente que no me quería ahí.

Cuando regresé, Rubia estaba lista para ir con Inocente y Antonia no andaba por ahí. Tal vez se fue al mercado con Lupe o quizá Rubia las mandó a otra parte. No sabía lo que planeaba esa vieja bruja. Después de todo, yo pensé que debía estar con los Sánchez, celebrando el regreso del alma de su hija y esperando su remuneración.

El pago era, después de todo, una parte importante de la curación. Cuando Rubia enviudó de su primer marido siendo aún muy joven, lo poco que ganaba de las curaciones era con lo que lograba sobrevivir. Poco a poco juntó lo suficiente como para comprar y vender algunas frutas y verduras en los mercados locales. Con eso y la tierra que había podido adquirir, pudo

75

pagar la educación de sus hijos. Era muy astuta para hacer que sus clientes no se demoraran en pagar, pero esta vez eso era irrelevante.

Al ir por el camino de siempre hasta la casa de Inocente, Rubia me empezó a poner sobre aviso. "Sabes que debes cuidarte de mi compadre. Este viejito ha hecho muchas cosas malas. Era un pistolero, un verdadero matón. Es un hombre de gran conocimiento, pero también debes andarte con cuidado. Puede tener dos caras y ser deshonesto. Parece que le caes bien, pero si te considera como una amenaza, ten mucho cuidado. Ya no usa pistola, pero te puede aniquilar."

Aunque todavía no hablaba a nadie acerca de la cinta, me volví a acordar de ella:

-Sé, abuela, que su compadre tiene su historia y que es un hombre peligroso, pero, ¿por qué habría de querer dañarme?

-Nunca le digas más de lo que quiera saber. Nunca le digas a quién ves realmente en Talocan. Nunca dejes que te engañe. Puede estar casi ciego en este mundo, pero lo ve todo en el de la noche. Ahí, sus ojos son más aguzados que los tuyos o los míos. Es como un águila capaz de elevarse alto en el cielo e ir tras una palomita o conejo. Si te ataca, de seguro acabará contigo. Su mordida es peor que la de una víbora. Te ayudará a ver en Talocan, pero también querrá usar tus *ojos*; por eso deberás tener mucho cuidado con lo que le digas al anciano, ¡escúchame!

"Inocente sabe cómo hacer un centenar de cosas malas en Talocan. Puede ser un león. También un tigre. Es capaz de comerse a los hombres, un lobo, un caballo, una víbora, un perro, un lagarto, un buitre o un águila. Te puede enseñar la forma de ser de todos ellos. Yo sé algunas de esas cosas, pero no todas. ¡Quiero que me ayudes! No lo puedo hacer yo sola. Lo necesitamos. Es un hombre poderoso. Cuéntale a mi compadre la mitad de lo que pregunte, nada más", insistió.

Ahora estábamos doblando por el camino que llevaba a la casa de Inocente y, al momento de entrar, el tono de Rubia cambió. "Lo

76

luz está sobre nosotros, honorable compadre. Te saludamos en la luz del día."

-Pasen y tornen asiento -contestó Inocente-. ¿Qué es lo que los trae por aquí después de la elevación del alma? ¿No salieron bien las cosas? -se sentó en su lugar de costumbre y nos indicó que nos sentáramos a su lado, frente al altar.

-Salieron muy bien. La pequeña ha vuelto con nosotros; ahora la palomita revolotea en la casa de sus padres -dijo Rubia-. Lo que nos trae es éste, el hombre árbol, Timoteo. Sigue sin ver bien en el mundo de las tinieblas y no puede hablar. Aún no ha podido encontrar esa otra parte de él que le permitirá moverse libremente por el mundo de la noche.

-Ah, el animal que está allá, con el que comparte su existencia su nagual -comentó Inocente-. ¿Tú lo has visto, Rubia? Yo no. Tal vez sea esa vaca o buey que vio.

-No, no lo creo. Seguramente el buey era uno de ellos que estaba tratando de atrapar su alma en sueños.

-¿Ha visto animales allá? -preguntó Inocente.

-No, no ha mencionado nada de eso -respondió Rubia.

Inocente se volvió hacia mí y me preguntó:

-Bueno, Timoteo, ¿viste animales en los sueños?

-No -respondí-, lo único que vi fue a ese hombre.

-Cruz. Vaya -dijo Inocente-, ya antes nos hablaste de él. ¿Cómo se veía?

Podía ver la mirada fría de Rubia y recordaba las advertencias que me había hecho Inocente meses antes, así como lo más reciente de Rubia. ¿Qué podía decir?

-Vamos, ¿qué fue lo que dijo; lo has vuelto a ver? -inquirió Inocente.

Me quedé callado.

-Bueno, de cualquier forma, Cruz no lo puede ayudar a ver ni a ir a muchos lados allá, así es que, ¿por qué estás tan interesado? -intervino Rubia.

77

-Por nada, sólo que pensé que nos ayudaría a encontrar a su animal -respondió Inocente con ironía.

-Lo que tiene que encontrar ahora es su *nagual*, el verdadero, con el que comparte su vida. Tal vez Cruz lo pueda ayudar después. Es posible que le pueda enseñar cosas en las tinieblas, pero necesita que ese animal ande con libertad por el mundo de la noche -insistió Rubia y me explicó-: Tu *nagual* es tus ojos, tus oídos, tus pies y tus alas en el mundo de la noche. Sin él, simplemente serás llevado al mundo de las tinieblas y caerás donde sea. Si en verdad quieres encontrar tu camino en las tinieblas, es el *nagual* el que te lo mostrará. Debes convertirte en él. Tienes que soñar con él y luego necesitas encontrarlo -hizo una pausa-. ¿Ha habido sueños sin animales, ni siquiera pequeños?

-No que yo recuerde -los dos viejos sabios comenzaron a preguntarme sobre animales, pero infortunadamente aún no había nada que les pudiera decir.

Entonces Inocente me preguntó:

-Cuando vas de un lugar a otro en Talocan, ¿vuelas, caminas o qué?

No lo sabía.

-¿Miras hacia abajo o hacia arriba?

-Bueno, hacia abajo -contesté.

-¿Corno si estuvieras desde los árboles? -preguntó Inocente con una leve sonrisa-. Tal vez sea algo que vive en los árboles -le dijo a Rubia.

Ambos me comenzaron a preguntar sobre animales que vivieran en los árboles, como pájaros y ardillas.

-¿Sería un mono? -preguntó Inocente a Rubia. Ambos pensaron que así era, pero les comenté que nunca vi uno en mis sueños y en verdad nunca lo había hecho.

-A lo mejor es un mapache -sugirió Inocente. Un mapache es una especie de tejón con una cola rayada.

-Tal vez era un mapache -dije.

-Bueno, entonces tienes que encontrar al mapache, y si viene

78

a ti en sueños, sabrás que es tu *nagual* -sentenció Inocente-. Lucas me va a llevar al cafetal mañana a cortar la maleza alrededor de las plantas de café. Puedes venir con nosotros si quieres y quizás veas algo ahí. Allá hay mapaches.

Esperaba que a Lucas no le molestara la propuesta de Inocente, pues iría allá a trabajar. Salí a la parte de enfrente de la casa donde estaba apilando madera, mientras los hechiceros seguían hablando de mi *nagual*.

Parecía no haber ningún problema, por lo que decidimos ir a cafetal al otro día antes de que amaneciera y yo regresé a Quetzalan por mis cosas. Volví esa noche y dormí en un banco en la casa de Inocente. Ya estaba levantado antes de que amaneciera, ayudé a Lucas y a su esposa con los caballos, y emprendimos el viaje. El viejo Inocente se montó en una mula gris, con el lomo hundido; yo preferí caminar. Llegamos antes del mediodía y la mujer de Lucas empezó a tender el cobertizo donde estaríamos y a encender el fuego. Tornamos café y comimos gorditas, una pasta de maíz rellena de frijoles y cocida en el comal, y luego Inocente comenzó a contar uno de sus largos cuentos. Corno siempre, era un maestro narrador y fue maravilloso escucharlo esa lluviosa tarde.

Dejó de llover justo antes de oscurecer, cuando Inocente terminó de hablar acerca de un hombre que fue atrapado en el bosque y se transformó en animal. Preguntó a Lucas si había mapaches por ahí, luego nos mandó a ver si hallábamos al animal. Caminamos por el bosque mirando las copas de los árboles hasta que casi había oscurecido, pero no vimos nada. Finalmente, cerca de un pequeño río, Lucas señaló un árbol. Yo saqué más binoculares y vi, ni más ni menos, una cola rayada: el mapache. No queríamos molestarlo, por lo que decidimos regresar.

Cuando volvimos Inocente preguntó: -¿Lo encontraron?-

"Así es", respondió Lucas y entonces Inocente empezó a explicarme lo que iba a tener que hacer. Tendría que estar atento para ver si se presentaba en mis sueños. Decidimos que a la mañana siguiente Lucas me ayudara a poner un campamento cerca del sitio

79

donde habíamos visto a aquel animal. Era un hermoso lugar y me pareció perfecto pasar un par de días ahí.

Durante tres días anduve tras el mapache, le seguí las huellas por el río y vi lo que comía: cangrejos de río, camarones, peces pequeños, frutos y varios tipos de cascarones. Había un árbol donde se la pasaba durmiendo casi todo el día y por las noches en realidad no me era posible seguirlo. Al tercer día, pensando que seguramente lo encontraría y seguiría por su recorrido nocturno, dormité bajo el árbol en el que se quedaba, pero esa noche nunca lo vi bajar y no lo volví a ver. Tal vez lo ahuyenté.

Mientras tanto, al estar sentado en espera del mapache, un tlacuache se metió en mi tienda, se orinó en la única vasija que tenía y dejó por todas partes su característico mal olor.

La mañana siguiente fui a ver a Inocente para decirle que el mapache se había ido y platicarle lo hecho por el tlacuache en mis utensilios de cocina.

-Tal vez ése es tu *nagual* que te anda buscando -Inocente sonaba complacido y me dijo que tenía que regresar a encontrarlo, pero el grupo volvería al pueblo al otro día por la mañana. Lucas terminó de desyerbar las plantas de café y el área se veía más como un jardín bien cuidado que la zarzosa parcela de bosque que había visto al principio. Hizo su trabajo hasta que comenzó la cosecha del café. Todos nos sentamos debajo del cobertizo cuando empezó a llover por la tarde. El anciano contó varios cuentos sobre las proezas del tlacuache y me dijo que tendría que regresar y volver a buscar en el crepúsculo. Era cuando el animal salía de su cueva. La esposa de Lucas me dio algunas gorditas y frijoles para regresar a mi campamento.

Una vez allá, encendí una pequeña fogata y puse encima el comal, mientras decía la oración de Lupe para los perros del fuego y calentaba las gorditas. Arrojé varios trozos a las llamas y dejé afuera otros tantos para el tlacuache. Una vez más seguí el ritmo de las montañas, me dormía cuando se metía el sol y despertaba antes del amanecer. Cuando abría los ojos, por el olor en el aire, sabía

80

que el tlacuache había estado ahí de nuevo. Seguí su rastro con mi linterna entre las zarzas y lo vi durmiendo en un árbol. Casi no se movió todo el día y cuando regresé al campamento le dejé afuera un poco más de comida. Esa noche mantuve tenue la hoguera y esperé.

El tlacuache regresó y husmeó cerca de la fogata. (Se decía en casi toda Mesoamérica que este animal les robó el fuego a los dioses encendiendo su cola y huyendo con las llamas.) Estuvo merodeando por mi campamento durante varias horas y luego volvió al mismo árbol al amanecer. Le seguí los pasos.

Toda la mañana hasta que volvió la lluvia, me la pasé viéndolo dormir; luego regresé al campamento a tornar una siesta. Sí logré verlo en mis sueños. Decidí esperar otro día o algo así antes de regresar al pueblo, para observarlo pacientemente y disfrutar *MI* estancia en el bosque.

Cuando finalmente guardé mis utensilios de cocina y caminé hasta la casa de Inocente en el pueblo, había visto al tlacuache dos veces más en mis sueños. Se estaba volviendo una figura antropomórfica y, como los templos, era algo que comenzaba a ver con regularidad. Es extraño que a alguien se le diga que verá algunas cosas en sueños y que luego las vea. Siempre pensé en el sueño como un estado abúlico, si es que alguna vez había llegado a pensar al respecto. Inocente dijo que tendría un compañero animal y ya lo tenía. ¿Una ilusión? ¿Pronto podría controlar mis sueños como al parecer lo hacían Rubia e Inocente? Al llegar a San Martín, fui a casa de Inocente y le platiqué lo sucedido. Estaba satisfecho.

-Bueno, ya lo has visto, pero no es suficiente. Debes hacerlo tuyo para que puedas llamarlo siempre que lo necesites. El tlacuache es tus ojos y tus pies en el mundo de los sueños. Tienes que poder llamarlo cuando requieras de él -estaba sorprendido.

Esa tarde, Inocente me envió de regreso al bosque junto con Lucas y preparamos una trampa para ese animal. Cerca de la fogata cavamos un hoyo de 60 centímetros y usamos una lata con algunas sardinas como carnada. Cuando el tlacuache metiera la cabeza en

81

la lata caería en la trampa; esa noche lo atrapamos. Lucas se despachó al animal rápidamente, le quitamos la piel y la estiramos sobre unas estacas. La mayor parte del día nos la pasamos ahumando la carne con agujas que hacíamos girar en el fuego y protegíamos la fogata de la lluvia con un cobertizo de ramas. Al anoecer, estábamos de regreso en la casa de Inocente.

Estaba despierto esperándonos cuando llegamos a la casa.

-Bueno, ¿lo agarraron? -estábamos impregnados con el aroma de la carne ahumada.

-Claro que sí, papá -respondió Lucas-. Hasta ahumamos la carne. Alcanzará para hacer algunos tacos.

-Dile a Elena que caliente tortillas -le ordenó Inocente a su hijo. Volviéndose hacia mí, dijo: "Ahora que ya tienes al tlacuache, debes conocerlo". Lucas llevó varios tacos de tlacuache y una salsa caliente de chiles rojos recién tostados. Mientras estábamos sentados comiendo de manera informal, Inocente comenzó a contar un relato acerca del tlacuache que ya había escuchado. Me sentía un poco extraño al estar comiendo mi propio *nagual*, por lo que interrumpí a Inocente para preguntarle si estaba bien que nos comiéramos al tlacuache.

-Claro que sí -respondió-, y también es sabroso. Te hará sentir fuerte y viril.

-¿Se puede uno comer a su propio *nagual*? -pregunté.

-Claro. No es tu *nagual*, tal vez sea una de sus hermanas o hermanos, pero tu *nagual* está a salvo con el Dios de los animales en la cueva donde los protege. Porque si hubiera sido tuyo, no estarías aquí. Compartes con él el *tonal*, la vida, y tienes el mismo corazón. Cuando se muere, tú también mueres.

-¿Es el *nagual* de alguien más? -pregunté, mirando la carne medio carbonizada. Inocente no me respondió. En lugar de eso, comenzó a contar otro relato en el que un hombre había sido engañado por un brujo para que matara a su propio *nagual* y murió con el animal en la misma trampa. Lucas se retiró a la cocina con

82

su esposa y se fueron a dormir, pero Inocente simplemente siguió contándome sus relatos. Finalmente, el viejo se quedó callado.

-¿Vas a regresar a Quetzalan esta noche? -me preguntó.

-Así es -respondí-, creo que sí.

-Bueno, sabes que tu tlacuache te va a proteger -exclamó el anciano.

-¿Cómo? -pregunté.

-¿Ves esto? -inquirió, señalando la larga y delgada cola que se estaba secando-. Cuando esté buena y dura, le sacaré un ojo a cualquiera así de fácil -hizo un gesto macabro-. Justo en el ojo y izas!, le apagarás las luces. Tienes que sostenerla así en la mano y cuando alguien se acerque, justo ahí es donde la pones -dijo, señalando un punto en el rabillo del ojo.

"La insertas con rapidez y la dejas ahí un minuto, las luces se apagarán para siempre. Cuando la saques, asegúrate de no extraer el ojo. Entrará directo a lo blando. Nadie sabrá qué sucedió.

"El morral también sirve para apagarte las luces a alguien. Guardas ahí las semillas de la flor que aquí conocernos como de la cera amarilla, la mezclas con algo de copal y la pones tapada en el altar durante tres días. Dásela a alguien para que la queme con el copal o haz un cigarrillo con tabaco y un poco de la mezcla. Con una bocanada de ese humo estarán muertos No podrán respirar y se sofocarán 'en el morral'. Tu víctima quedará, como decimos, atrapada en el morral del tlacuache .

-¿Acaso eso no lo hacen los brujos? -pregunté, tratando de sonar lo más ingenuo posible.

-Sí, pero tú también debes saber hacerlo, si no, te atraparán. Cada *nagual* tiene algo bueno y algo malo. Tienes que conocer ambos lados.

-¿Se puede tener más de un *nagual*?

-Claro que sí -respondió-. ¡Mira esto! se agachó debajo del altar cerca de donde estaba sentado y sacó una caja de carrizo, de unos cuarenta y cinco centímetros de largo por unos cuantos centímetros de alto.

83

La abrió bajo la tenue luz de las velas del altar. Estaba llena de huesos, picos y otras partes de animales. También había algunas sernillas oscuras secas y una bolsa de copal.

-Este es mi murciélago. Lo atrapé hace mucho tiempo -dijo con los ojos iluminados, sosteniendo un trozo de ala de murciélago-. Esta cosita me ha protegido durante muchos años contra los brujos, y también me ha ayudado a deshacerme de algunos de ellos. Este es mi pájaro nocturno -y levantó un pedazo de pico-. Hay cosas que puede hacer y que dejarían rápido sin luz a cualquiera.

-¿Todos esos son sus *naguales*? -pregunté. Inocente tenía docenas de huesos, pescuezos, alas y pieles de distintos animales guardados en su caja.

-Ya lo creo -respondió el anciano, levantando varios colmillos alargados-. Estos son algunos de los mejores. Este es un coyote y este es mi tigre -sostenía una gran garra de gato.

-Yo pensaba que nada más teníamos un *nagual* en el inframundo.

-No, no, no -respondió el anciano-. Hay un *nagual* que es tuyo, pero cuando viajas por la noche en la tierra de las tinieblas, necesitas muchos para que te protejan y ocupen tu lugar en la cueva. Lo único que tienes que hacer es poner esto o un poquito de aquello del *nagual* en el altar y vendrá a ti en un sueño. Entonces te llevará adonde quieras en Talocan y si quieres hablar con los dioses o los otros de Talocan, tu *nagual* podrá hacerlo por ti. No puedes hablar con los dioses directamente. Necesitas al *nagual* para que se mueva por el inframundo. Nada más nacemos con un animal, pero puedes hallar docenas de ellos cuando los necesitas; así es, docenas y docenas de ellos.

-¿Cómo? -pregunté.

-Bueno, primero tienes que encontrar al animal y verlo; luego lo debes atrapar. Quien conozca sus hábitos te podrá decir lo que hace en el reino de las tinieblas, adónde va y cómo llega hasta allí. Esas cosas son nuestros ojos, nuestros pies, nuestras voces, nuestros

84

protectores y patronos en la noche. Puedes ir con uno o con otro; primero con un tigre, luego con un ratón, que se meten y salen por diferentes lugares en la oscuridad. También puedes hablar con los otros, los de la cueva. Así les puedes preguntar sobre almas perdidas, oro o cualquier cosa.

-Nuestros hermanos y hermanas, los curanderos, saben cómo se comportan esas cosas de la noche; yo te puedo hablar de ellos, al igual que Rubia, pero también hay otros que lo pueden hacer. Si sigues el buen camino, necesitarás mucha ayuda de estos animales, y es mejor que sean grandes y fuertes, pero también pueden ayudar las palomas y los ratones. Pueden escabullirse por lugares pequeños y pasar inadvertidos-, dijo riendo. -Necesitaras todos. Este tlacuache solamente es el primero y tal vez no sea tu verdadero hermano. A lo mejor no es tu otro. Quizás no compartes el alma de este animal, pero él te ayudará a encontrar al que sí lo haga.

"Están los que cambian de forma para hacer daño son los brujos-, pero tú no debes hacer nada malo para cambiar de forma en el inframundo. Hay mucho mal que se puede hacer con esas cosas. Piensa en mi tigre -dijo, mostrándome un par de tubos de piel de unos ocho centímetros de largo con dos grandes colmillos montados en ambos extremos-. Mata encajando los colmillos justo aquí." Señaló en la parte baja de su yugular e hizo un movimiento violento por su correoso cuello. "¡Estarán acabados! "

"Luego está el murciélago. Cuando se cuelga de sus patas, se abraza él mismo. Cuando tú abrazas a alguien así, justo aquí" prosiguió, señalando un punto en particular cerca de la nuca y fingiendo un abrazo, -aprietas con fuerza y se quebrará. Entonces estarán acabados. Se apagará su vela."

Inocente siguió describiendo no sólo otras formas viles de asesinar, algunas de las cuales no me atreví a decirle que ya las conocía, sino también me habló de las cosas buenas de los *naguales* que aprendió con los años. Algunos podían cavar un hoyo rápidamente para escapar de un brujo, me comentó; otros se podían ocultar con facilidad en el mundo de las tinieblas.

68

Me sentía fascinado. La lista era interminable. Aun cuando ya había escuchado esas cosas dos o tres veces, no lo interrumpí. No quería cortar el relato. Finalmente, los dos nos cansamos y yo partí hacia Quetzalan. Ya pasaba de la medianoche cuando desperté al portero nocturno y entré en mi habitación, pero en lo único en que pensaba era en aquel viejo asesino. Lo primero que haría por la mañana sería ir a la casa de Rubia.

Ya de salida de Quetzalan le compré algunos rollos de pan de dulce, sus favoritos, y llegué a su casa casi a la hora habitual para tomar café. No le sorprendió en absoluto verme ahí.

-Bueno, ¿qué averiguaste?-me preguntó antes de que siquiera me sentara y sacara el pan.

-No era el mapache, sino un tlacuache y aquí lo traigo en mi morral -dije. La otra noche había tomado la cola y la bolsa de la casa de Inocente.

-Bueno, veamos -exclamó después de un rato.

Saqué de mi morral los rollos de pan y luego los trozos del tlacuache que estaban envueltos en un plástico.

-Tenemos que secar así la cola -dijo mientras la estiraba-. Te voy a enseñar cómo lo hacemos. ¿Te dijo Inocente cómo usarla?

-¿Así? -pregunté señalando el rabillo del ojo, como me había enseñado Inocente.

-Correcto, así. Pensé que te lo había enseñado. Esas cosas son nuestros oídos, nuestros ojos, nuestros pies y nuestras alas en la oscuridad. Son buenas, pero también hay algo salvaje en ellas, como en cada uno de nosotros. Son la parte salvaje del alma que todos poseemos y nos protegen contra los males que pueden ser causados en las tinieblas. Si pides justicia a los dioses de las tinieblas, puedes usar esas cosas. Si te ataca un brujo o si alguien te hace mal, o lo causa a alguno de los tuyos, puedes usarlas. Los brujos siempre lo hacen, pero para lograr sus fines malvados. No es justicia lo que buscan los brujos de los dioses; estos últimos se enfurecerán y estarán acabados. No puedes usar estas cosas, no funcio-

86

narán si no pides antes su permiso, si no estás a su favor y si no haces su voluntad.

-También tiene usted esas cosas? -pregunté a Rubia.

-Claro, todos las tenemos, pero no las podemos utilizar salvo para desplazarnos y ayudar almas en las tinieblas; y a menos que tengas su permiso. Ellos sólo te dan permiso si tu causa es justa, si los ayudas a encontrar la justicia, aquí en la tierra.

-Déjeme ver su caja con esas cosas -le pedí.

-No la tengo aquí -respondió Rubia evasivamente.

-¿Dónde está?

-No está aquí, pero si en verdad quieres verla, la puedo traer.

-Sí, por favor, hágalo -quería yo saber lo que esa anciana bruja guardaba en su chistera.

Fuimos juntos a la parte posterior de la casa y de la alfarda de un viejo cobertizo de paja sacó una caja de carrizo como la que Inocente me había enseñado la noche anterior. La llevamos a la casa y la colocamos en el altar de Rubia.

-Lupe, ¿podrías ir a traer a don Inocente? -preguntó a su nuera.

Cuando se cerró la puerta, la atrancamos, y entonces, Rubia abrió su caja de carrizo. Adentro, envueltas en un lienzo bordado, había las mismas docenas de trozos de piel, picos de zopilote y zarpas de distintos animales, pero también trozos de obsidiana y cacharros que no había visto en la de Inocente. Primero le pregunté sobre esos objetos y me respondió que eran de sus antepasados, y que ellos me ayudarían y hablarían con quienes aún viven en el inundo de las tinieblas.

-A lo mejor uno de ellos te ayuda a encontrar a tu amigo Cruz en el mundo de las tinieblas. No te preocupes por lo que diga Inocente; tal vez este Cruz te sea de gran ayuda. Quizás Inocente le tiene miedo. Posiblemente esté esperando a mi compadre en las tinieblas. Pon esto -dijo, señalando la pequeña hoja de obsidiana- con las piedras en tu altar y entonces vas a poder verlo. Es de nuestros antepasados, de todos lo que han partido antes que noso

87

tros, y está hecha de "piedra del corazón de la loma negra". También la podrás usar para ver los "corazones de la lorna". Vas a necesitar más *naguales* para encontrar a Cruz si no te anda buscando. No es bueno si te quiere encontrar. Podría ser un alma insatisfecha que sigue buscando que se haga justicia. Confía adonde te lleven los *naguales*, pero ten cuidado con lo que te pida este Cruz.

¿Acaso ese trozo era parte de un cuchillo de sus antepasados? ¿Por qué pensaba que me ayudaría "llamar" a Cruz? Si llegaba por su propia voluntad, habría problemas, dijo. No sería así si lo veía en mis sueños. ¿Era una forma de controlar mis sueños? ¿El "brujo" era una forma metafórica de referirse al elemento "salvaje" incontrolado? ¿El inconsciente? Pensé en Freud, desde luego, y en Jung y sobre la brujería en el siglo *xv*, pero todo era demasiado simple. Las explicaciones desde el punto de vista de la psicología occidental no encajaban en esta tradición azteca. ¿Qué habrían pensado de los sueños de Freud sus propios pacientes?

Rubia interrumpió mis pensamientos.

-Una vez que los tienes, los *naguales* siempre serán tuyos. Son parte de ti. Alguien que conozca el camino de los antepasados tiene que explicarte sobre cada *nagual* nuevo, pero son tuyos y siempre te van a ayudar. Pongamos por caso este zopilote -dijo, sosteniendo un pico de buitre-. Este zopilote se come a los muertos, pero también representa mis ojos en la oscuridad y puede ver a los difuntos antes de que ellos puedan ver en las tinieblas. Puedo encontrar a quien quiero antes de que sea consumido por los otros, los que no son nuestros hermanos.

Rubia me siguió explicando acerca de lo que había en su caja de carrizo hasta que llegó Inocente. Cuando Lupe llamó a la puerta, Rubia escondió rápidamente las cosas de su caja y puso todo a sus espaldas. No quería que Inocente viera nada. Abrí la puerta para dejarlo pasar. Inocente se veía incómodo, como siempre que estaba en una casa ajena.

-Bueno, ¿le has estado hablando a Timoteo sobre *naguales*? -preguntó.

88

LA GUERRA DE LOS BRUJOS DE LA SIERRA DE PUEBLA

-Sí, por lo menos de unas cuantas cosas. Ahora creo que ambos debernos decirle adónde van y cómo usarlas.

-¿Te ha estado enseñando sus *naguales*? -me preguntó el anciano.

-Así es -respondí y Rubia me dijo con la mirada que no deseaba que yo le hablara al respecto.

-¿Tiene más que yo? -preguntó.

-Casi la misma cantidad -dije.

-¿Tiene tigres y come-gente en su caja? -preguntó con la intención de que yo abundara en la respuesta.

-Sí, creo que sí. Bueno, a lo mejor -respondí vagamente.

Inocente trataba de obtener más información, pero de inmediato se percató de que no la obtendría de mí. Le habría encantado enterarse de los animales adquiridos por Rubia. La dinámica de este triangulito se estaba volviendo bastante frustrante y llegué a la conclusión de que solamente iba a empeorar.

Nos pasamos el resto de la mañana hablando sobre los *naguales* y sus acciones. Había muchas otras formas de acabar con un brujo, o con un enemigo. Casi todas eran prácticamente imposibles de detectar y letales, pero Rubia e Inocente también me platicaron mucho acerca de las características de los distintos animales y su posición en el inframundo, a dónde podían ir y lo que podían hacer ahí. Aprendí bastante de los métodos de los antepasados y su mundo y también me ayudó a formarme una idea mucho más clara. Empezaba a entender la forma en que las técnicas curativas se utilizaban para matar en la cultura azteca.

Acepté llevar a Inocente a su casa alrededor del mediodía y, antes de irnos, ambos me indicaron que nunca dijera a nadie nada, de lo que hablamos. Si lo hacía, seguramente me acusarían de brujo en el pueblo. Era algo que sólo debían saber los adeptos a la interpretación de los sueños.

Con lo que me dijeron entendí las razones por las cuales muy pocos, salvo los iniciados, debían saber esas cosas. Se trataba de un tipo de conocimiento bastante especializado y esotérico, accesible

89

únicamente a los practicantes. Comenzaba a ver cómo funcionaba todo esto. Finalmente, podía entrelazar la dispareja urdimbre de su mundo. Al dejar en su casa a Inocente, me dijo: -Ahora estás listo para ver en las tinieblas. Sigue el camino y verás que los ancestros están aquí. El suyo es el “camino bueno”.

## Capítulo 6

### EL BRUJO

*Cuatro meses después, 14 de enero de 1977, Quetzalan,  
Puebla, México*

El rico aroma del café tostándose  
me despertó de uno  
de los sueños más espectaculares que había tenido  
desde que comencé a  
seguir “el camino”.  
Don Ismael hacía girar lentamente su viejo tostador

92

LA GUERRA DE LOS BRUJOS DE LA SIERRA DE PUEBLA

de leña bajo los portales al otro lado de la calle. El clima era – húmedo y frío. No había dejado de llover durante casi tres días. Era uno de los temidos "nortes" que de vez en cuando azotan la Sierra en el invierno. Estos nortes son causa de muchas enfermedades y sufrimiento en los pueblos, especialmente entre quienes viven en chozas con techos de paja y muros de ladrillos pegados con lodo. Hasta mi cuarto de hotel estaba húmedo y frío. Yo no había salido mucho, ni siquiera a San Martín, en tres días.

Aún estaba aturdido y confundido por el sueño, pero debía anotar esa epopeya en mi diario de sueños. Al ordenar mis pensamientos me di cuenta de que, quizá por vez primera, comenzaba a ver mis sueños como Rubia e Inocente. Sabía de las entradas y salidas de Talocan que me enseñaron a encontrar en sueños y de los animales con los que podía entrar y viajar. Reconocía las ciudades, pueblos y lugares sagrados del inframundo. Empezaba a conocer el mundo de las tinieblas como parte de la vida cotidiana.

Aceptaba la realidad de las cosas que había aprendido a ver en sueños. Me enseñaban a interpretar de manera selectiva y editar mis sueños y relatos oníricos cuando los anotaba.

Me senté ante una desvencijada mesa con mi diario, mirando hacia el cielo nublado y luego a través de la densa lluvia que caía sobre las calles adoquinadas y los descuidados edificios de Quetzalan. Si cerraba los ojos, podía ver Talocan frente a mí. Estaba de vuelta por el mundo de los sueños. Era un mundo de imágenes que nunca había esperado ver o entender. A medida que iba escribiendo, las imágenes se hacían más vívidas y reales.

ENTRÉ EN TALOCAN por la puerta del Gran Oriente, la enorme boca de la tierra cubierta de vides y enredaderas donde había sacrificado al gallo. Los amistosos murciélagos estaban en el techo de la cueva conversando y chirriando. Hablé con ellos durante un rato y vi que cuidaban a sus pequeños. Los murciélagos y quienes los tienen por nagual son muy útiles en el mundo de la noche. Pueden ver todo y viajar rápidamente de un lugar a otro en Talocan.

93

No me habían dicho nada importante, pero cuando me introduje en las tinieblas, uno de los pequeños gritó: "¡Ahí hay un brujo!". Hice poco caso de sus palabras al internarme en la noche.

Nunca había visto de frente a un brujo y esperaba nunca hacerlo. Aunque Inocente y Rubia me enseñaron mucho acerca de sus métodos, aún no entendía del todo qué era un brujo. Un brujo era alguien que hacía cosas malas, que cambia de formas en el mundo de los sueños. Era alguien que buscaba dañar a otros, una figura amenazadora que volvía malo lo bueno, que convertía los sueños en pesadillas y que a veces mataba a la gente. Era todo lo que sabía acerca de los brujos.

Volé por la noche sobre bosques y montañas. Era como si me asomara por la ventanilla del avión de mi padre en mi niñez. Había campos y arroyos; el panorama tenía el aspecto característico de la región del oeste medio de los Estados Unidos de Norteamérica con grandes extensiones planas, un prisma de tierra, un tablero de campo y bosque, no del todo parecido a las montañas de México.

Los tonos de verde y dorado debajo eran una mancha de color y finalmente me encontré sobre la copa de un árbol, sentado en una rama mirando lo que pasaba abajo. Ahí estaba el tlacuache. Se había vuelto una imagen permanente en mis sueños, se incorporaba y asumía casi la forma de un ser humano. Pocas veces hablaba conmigo, pero movía los labios como si lo estuviera haciendo. Me fui con él, asumí esa forma y lo que me habrían dicho los dos viejos sabios-. Me convertí en tlacuache y me deslicé por el árbol.

Por todas partes había enormes rocas escarpadas, negras y cubiertas de hierba. El terreno era parecido a los predios con piedra volcánica del Pedregal de San Ángel, cerca de la Universidad Nacional, en la ciudad de México. Se escuchaba un eco constante, quizá de voces, cuando me movía entre las piedras negras y la maleza. En el suelo había un laberinto. A mi alrededor, las rocas se entrelazaban y de las grietas sobresalían agudas espinas de cactus

94

y agaves. Se escuchaban voces medio conocidas y casi reconocibles, aunque no entendí lo que decían.

Al llegar al borde de un enorme crestón, había diez o veinte personas sentadas frente a una gran mesa de conferencias. Era una mesa española oscura como las de los refectorios de los antiguos monasterios, pero no conocía a nadie. Estaban vestidos con guayaberas y chamarras de cuero, como las que usaban mis colegas en el instituto, pero no les podía ver la cara. Era evidente que estaban en un acalorado debate, pero no entendí lo que decían. Se parecía un balbuceo incoherente, pero todos hacían grandes aspavientos.

Me senté y me puse a observar. Los rostros se hicieron más claros, pero eran de animales. Se trataba de mis compañeros antropólogos. Juan, en la cabecera de la mesa, era un enorme oso que presidía la reunión y Alfonso, un gran águila parda o un halcón con la mollera calva y con una guayabera blanca manchada, estaba listo, para abalanzarse sobre todo aquel que no se expresara con corrección. Olivia se había vuelto una vieja musaraña vestida con un colorido vestido indígena con tintineantes joyas que brincó a la mesa del debate, mirando fijamente a los oponentes con sus negros ojos. Marta era un viejo tlacuache gris con un anticuado vestido que miraba curiosamente a través de sus bifocales y constantemente tomaba notas. José Luis era un pájaro blanco y negro, vestido de traje, con sus característicos lentes sobre su largo pico que casi se iban al suelo. Hablaba con un lenguaje preciso y estudiado y todos se callaban para escucharlo. Ocasionalmente extendía las alas para causar un efecto. Todos gritaban al mismo tiempo en un constante balbuceo.

Finalmente, don Leopoldo se acercó a la mesa y comenzó a hablar. Leyó sus notas, llevaba puesto su característico traje arrugado, con la larga cabellera recogida a la altura del cuello

de la camisa. Podía ver el movimiento de sus bigotes y los prominentes colmillos de un roedor bajo su larga trompa -era una enorme rata o ratón, con grandes orejas redondas-. Hablaba en un español claro y elegante que yo lograba entender, aunque nada de lo que

95

decía era del todo coherente. Todos los que se encontraban en la mesa de conferencias escuchaban con atención.

Un enorme, gordo y viejo gato gris se puso de pie y ronroneó calmadamente, también en un español elegante: "Ya fue suficiente, don Leopoldo. ¿Lo aceptamos o no?".

Este gato gris era tan enorme que no se pudo mantener en pie, sino que prácticamente se desplomó en una amplia silla colgando sus dos patas. Obviamente era don Arturo, uno de los grandes ancianos que dirigía sus oficinas y librerías así, en un silencio condescendiente.

"Lo aceptaremos", respondió el desaliñado roedor gris y entonces la conversación se tornó de nuevo un balbuceo ininteligible y todos los presentes se felicitaron estrechando las manos y abrazándose.

Súbitamente se dejó sentir por todas partes una brisa y un olor a moho. Tal vez estaba medio despierto y percibía la humedad de mi habitación en la noche, pero en ese momento del sueño todo empezó a cambiar. Oscureció y los balbuceos y el caos se volvieron el sonido atemorizado de animales que trataban de ocultarse. Un perro callejero con falda comenzó a ladrarle a Leopoldo, luego se volvió hacia mí y empezó a ladrarme. Su ladrido era estridente y cruel. Me tocó con sus dos patas delanteras.

La imagen de la reunión se desvanecía y yo empezaba a correr. Luego vi atrás de mí a una enorme mujer gris vestida con un traje pardo con un erizado y abultado peinado que parecía hecho con hojas secas de maíz. Tenía grandes ojos negros y joyas de oro por todas partes que semejaban arder, una larga trompa como de rata con bigotes cubiertos con varias capas de un espantoso maquillaje verde. Su boca se abría como la de un sapo y me lanzó su enorme lengua. Golpeó las rocas y la volvió a enredar como un látigo. Lanzó de nuevo esa lengua prensil y ¡zas!, llegó a las rocas que estaban justo a mi lado.

Trataba de escapar y las rocas empezaban a dar paso a los árboles, al principio, eran grandes, negros y viejos como en los

96

bosques prístinos de la costa del Pacífico de Oaxaca. Los viejos árboles estaban cubiertos de líquenes y musgo. El área se veía primitiva. Mientras corría, la lengua golpeaba frente a mí, ¡zas! una vez más; y regresaba con el sonido de un látigo.

Eso era una bruja.

Me escabullí entre los árboles del gran bosque oaxaqueño y llegué hasta un arroyo, pero la mujer con la boca de sapo seguí persiguiéndome en las tinieblas. Revoloteaba, me agitaba y daba vueltas sin poder escapar, sin poder despertar.

En medio del caos alguien me extendió la mano. Primero no pude ver quién era. De pronto cesaron el revoloteo y la agitación me encontraba en la arenosa orilla de un gran río. Ahí estaba Cruz, el hombrecillo con el atractivo bigote y largo cabello negro atado a la espalda. Me estaba sosteniendo mientras miraba sus brillantes y profundos ojos negros.

-¡Ándale! ¡Vámonos! -me dijo en náhuatl, alzándose por la cintura.

Aún me sentía aturdido y volví a desplomarme sobre la arena, pero Cruz me ayudó a incorporarme.

-Casi te atrapa, ¿verdad? Tenemos que irnos o nos agarrará a los dos. ¡Ándale! -insistió.

Cruz contrastaba con la oscura arena por su camisa de popelina y sus calzones amarrados dos veces alrededor de la cintura. Sus huaraches estaban hechos de gruesas tiras blancas de cuero con suelas negras de neumático. Su atuendo era típico de la región y estaba impecable.

-Hay un viejo tlacuache que vive allá, junto al río -dijo-, vamos a ver si nos deja esconder ahí hasta que se vaya la bruja.

Me llevó a un pequeño agujero y ambos nos agacharnos hasta que logramos entrar. Sentí que me desplomaba mientras mis manos se convertían en garras. Una vez adentro me percaté de que ambos éramos tlacuaches. La ropa blanca de Cruz se convirtió en una piel del mismo color, podía sentir cómo me crecía la barba y, me vi envuelto en una larga pelambrea gris. Había otro tlacuache

91

hembra y Cruz habló con ella. Tenía una larga piel gris y una sonrisa indulgente que me recordaba a Rubia.

-Ah, honorable abuela, ¿nos dejará usted quedarnos aquí, nos protegerá? Hay una bruja que anda tras el compañero, este hombre, que nos anda buscando en las tinieblas, en la bruma.

-Sí, hijos, siéntense aquí. Esperen y luego podrán escapar. Deben sacar a éste, al que aún tiene su propia carne, de las tinieblas -dijo. Se trataba de una anciana con un impecable vestido tradicional, un tocado alto de cintas anudadas de color púrpura y verde de su mecapal.

Mientras esperábamos, Cruz y la anciana entablaron una plática. Dijo a éste que debíamos encontrar la Cueva de los Vientos y la Tierra de los Muertos en el norte, si pretendía yo escapar. Por otra parte, podía sentir a la bruja que nos había estado siguiendo pasar como una gran tormenta de furia sobre la entrada del agujero donde estábamos. Cruz y yo éramos dos animalitos que temblaban y se ocultaban de un perverso depredador. Andaba tras nosotros y permanecí en silencio. La anciana se veía asustada. Yo estaba petrificado.

Finalmente, dejé de sentir que la bruja estaba cerca y me relajé. Cruz se despidió de la anciana y prometió que yo le llevaría sus cosas desde el mundo de la luz. Al incorporarnos, nos hicimos más grandes y salimos del agujero. Estaba oscuro, pero todo se veía con mucha claridad.

"Ahora debernos volar", me dijo Cruz, y de pronto ambos nos estábamos convirtiendo en las chotacabras moteadas que salen por la noche en la Sierra. Levantamos el vuelo y nos posamos sobre una rama. Me musitó al oído en tono nervioso: "¡Váaamoonos! "

Ambos volamos por comunidades y pueblos en el sueño. Seguí al ave en la oscuridad. Finalmente nos posamos sobre otro enorme árbol. Al bajar la mirada, escucharnos y vimos a un grupo de hombres vestidos con ropa típica cortando la yerba, como Lucas en su cafetal, derribando árboles y acarreado leña.

-Son los *kiyauhtiovej* -me dijo Cruz-. Están juntando leña

98

para las fogatas de la Cueva de los Vientos. Los vamos a seguir hasta allá y así podrás encontrar el camino que te sacará a la luz.

Vimos con atención durante un rato cómo cortaban, partían, apilaban y cargaban la leña. Lucían como cualquier otro lugareño esmerado en sus labores. Podrían haber pasado por campesinos medievales de un cuadro de Brueghel, excepto por sus vestimentas.

Cruz se posó conmigo y observó. Hablamos, pero no recuerdo el tema de nuestra conversación. Sentí una simpatía inmediata por mi compañero en este sueño. Ya no era una figura enigmática y parecía una parte de mí que mantenía las cosas claras y en perspectiva. Cruz era un hombre moreno, musculoso, de piel estirada con una actitud de misericordia, por quien sentí una inmediata admiración. Nos posamos en ese árbol durante un largo rato mirando trabajar a esos aztecas sobrenaturales.

Finalmente, Cruz me dijo: "¡Ándale! Ya se van. Encuentra a tu tlacuache y los seguiremos por los árboles.

Mi compañero se había vuelto a transformar en un tlacuache de suave pelambre blanca. Vi a otro tlacuache con una densa piel gris y otra vez me escabullí por los árboles y brinqué por las ramas. Seguí a Cruz, saltando por los árboles. Parecíamos dos chiquillos jugueteando mientras seguíamos a esos hombres que llevaban sobre las espaldas pesadas cargas de leña. Iban caminando en una sola fila. Sus injurias, resoplidos y quejas bajo el peso de su carga sonaban como un canto lúgubre.

Todos desaparecieron después de entrar en un agujero profundo y oscuro en los matorrales, como una negra fila de hormigas.

-Ahí está -dijo Cruz-. Esa es la entrada a Miquitalan, la Tierra de los Muertos. Los dioses y diosas de los muertos viven ahí y gobiernan con sus paniaguados, los *talocanca* y *mictiani*. Ellos comen la carne de los muertos, y también de los vivos, si los encuentran -me dijo con una mirada conoedora- Aquí traen a los muertos. Sus huesos son descarnados, y se convierten en *tonales*, como yo. Pero la Cueva de los Vientos está más allá de este palacio de la muerte. Debemos pasar entre ellos escabulléndonos y encon-

99

trar la forma de salir de aquí. Tenemos que encontrar la cueva donde moran el Señor y la Señora de los vientos y tener mucho cuidado de no andar rondando por estos lugares. Podernos llegar a parecernos al dios y la diosa de la muerte.

¿Qué era lo que evitaba que este hombre fuera devorado por las tinieblas? ¿Quién era? ¿Acaso era, como lo había dicho Rubia, alguien que había vivido en el pueblo o por lo menos en la tierra con los hombres y las mujeres?

Bajamos de los árboles y entramos en el agujero por el que los campesinos, los *kiyauhtiovej*, los del rayo habían desaparecido. Estaba totalmente oscuro y lo único que escuchaba era a Cruz diciéndome:

-¡Cállate!, no querrás que nos escuchen. Aquí son devoradores de carne. Sígueme.

"Ahora ten cuidado. Déjame echar un vistazo y asegurarme de que no sea el camino que conduce a la Tierra de los Muertos. Todavía no te andan buscando, pero si te vieron, tal vez sólo dejen tus huesos y entonces estarías perdido en las tinieblas. Nunca más volverías a ver la luz.- Cruz se adelantó y regresó al poco rato.

-Es por aquí -dijo-. Encontré las cocinas de la Cueva de los Vientos. Aquí están los enormes calderos donde ponen los nubarrones, la lluvia y los relámpagos. Era cierto. Estábamos en una gran cocina con enormes calderos que hervían en las hogueras en uno de los extremos de la habitación y una amplia mesa en el centro. Hasta olía bien. En el otro extremo había tres enormes ollas de barro para frijoles muy bien cubiertas con tapaderas de madera. Muchas veces me las describieron en los relatos. Contenían las nubes, los vientos y la lluvia. Cruz señaló hacia la esquina; ahí estaba el metate usado por la mujer sapo, donde era molido el maíz para los dioses de los vientos y las aguas.

Pero no había nadie ahí y pasamos libremente de una habitación a otra en la cueva. Se escuchaba el ruido constante del viento y la lluvia en la cueva como una nutrida tormenta. Escuchamos movi-

100

mientos y Cruz me indicó que me pusiera atrás mientras, iba a echar otro vistazo.

Al regresar, dijo: -Ya está, todos se encuentran con los dioses de esta cueva. Todos están ahí: los del rayo, los del agua, los del viento y los del humo. Están con los dioses, sentados en grandes troncos en la cueva. Tal vez estén haciendo una especie de gran tormenta o planean algo vil". Cruz señaló hacia mi derecha y añadió, "podemos salir por aquí, por donde vienen las aguas".

Seguimos nuestra marcha y el sonido de la lluvia y el agua corriente se escuchaba por todas partes. Por fin llegamos una gran cueva con una cascada y un estanque donde nacía un enorme río.

-Aquí es desde donde mandan el agua para el mundo de la luz -me explicó Cruz-. Toda el agua de los lagos, arroyos y ríos proviene de este lugar. El aire frío era húmedo y calaba hasta los huesos. Él me ayudó a trepar por las rocas y piedras que encontramos en el e 0 todo empezó a aclararse. La luz se convirtió en una aurora casi plateada. Finalmente, llegamos a una de las entradas de la cueva desde la que se contemplaba toda la Sierra. Podíamos ver 1 montañas a través de la niebla irregular. Mirábamos los valles el fondo.

-Hasta aquí llego -dijo Cruz-. Vete con el pájaro nocturno, vuela hacia la luz y estarás bien, pero cuidate de que ninguno esos te siga hasta allá. Podrás hacer un trato con la bruja y de detenerla o te va a dañar. Si llevas una buena vida, no te podrá atrapar. Ahora vete antes de que venga por ti. Recuerda que todavía te anda buscando. Con eso, Cruz desapareció y yo desperté de mi largo sueño.

TERMINÉ DE ANOTAR en el diario, lo hice a un lado y miré alrededor de la habitación. Me di cuenta de que si escribía sin pensar antes de tomar café, podía retener la esencia de estos sueños. Veía y experimentaba cosas que nunca pensé posibles. Me

EL BRUJO 101

preguntaba si desde mi búsqueda del alma embrujada de Rubia había cambiado mi forma de ver mi propia alma y tradiciones. Los sueños y la forma en que se me enseñaba a interpretarlos se habían mezclado y estaba siendo arrastrado por mi constante inmersión en el mundo que estaba más allá de los ojos cerrados de Rubia e Inocente. Me estaba convirtiendo en curandero, soñador y chamán. En muchas culturas se seguía considerando peligroso ignorar los llamados de los dioses. ¿Quiénes eran todos esos dioses? ¿Qué tanto tenía el control de mí mismo entonces y qué tanto estaba obligado a seguir una tradición que ni siquiera entendía del todo?

Muchos podrían pensar que había ido demasiado lejos para creerlo desde el punto de vista de la antropología, pero para mí, de eso era precisamente de lo que se trataba esta parte de la ciencia. Las investigaciones que estaba haciendo en la Universidad Nacional eran estrictamente lingüísticas en ese entonces y ese tipo de etnología era una actividad complementaria. Fernando Horcasitas, Doris Heyden y Thelma Sullivan fueron algunos de mis colegas a quienes, les confié acerca de la situación y me animaron para que prosiguiera con mi trabajo en la Sierra. Sin embargo, hasta con estos amigos cercanos tenía mucho cuidado con lo que decía, especialmente en cuanto a los sueños y adónde iba en ellos.

La lluvia había amainado, pero todo estaba cubierto por una fría niebla grisácea. Pensé en el cementerio por el que pasaba siempre que iba a San Martín. Estaba en una colina en una curva del camino.

¿Por qué aparecía Cruz en mis sueños? ¿Acaso yacía ahí en una tumba desconocida? ¿Fue el tema de una conversación olvidada hacía mucho? Aunque tornara meses decidí, algún día, averiguar si realmente existía, revisando los archivos del pueblo -un nido de ratas de viejos papeles en el deteriorado palacio municipal, que ahora era la sede de la cooperativa de tejedores. Salí de mi habitación, tomé algo de café, compré algunos panes de dulce e hice una larga y difícil caminata entre la niebla y la humedad para encontrar a Rubia.

102

Me seguía preguntando acerca de Cruz cuando llegué a la casa de la vieja.

-Buenas tardes, ya se acerca la oscuridad -dije.

-¡Qué milagro! -respondió Lupe desde la cocina y salió por la puerta para saludarme-. ¿Dónde has andado estos días?

-Bueno -respondí-, con el frío me he tenido que quedar en Quetzalan, pero finalmente tuve que venir acá a ver a la abuela.

-Está durmiendo -dijo-. Con el frío le duelen los huesos.

-No es cierto -gritó Rubia desde su camastro en la cocina. Dile que se acerque al calor y tráenos un poco de café.

Seguí a Lupe hasta la cocina y me senté en el camastro junto a la hechicera.

-¿Cómo ha estado, abuela?

-No muy bien -respondió-. Pero, dime, ¿qué es lo que te ha traído por aquí? Debe ser algo importante para venir hasta acá con un frío y unas nubes así.

-Tiene usted razón. Tuve un sueño en el que me perseguía una bruja.

-¿Conque una bruja? Bueno, nunca pensé que lo harían. Ni siquiera estabas aquí cuando esos brujos merodeaban este lugar. ¿Viste cómo era esa cosa? ¿Era un hombre o una mujer?

-Una mujer.

-¿Era doña Marta, la del camino?

-No.

-Entonces tal vez era la vieja María Sánchez -administraba una tienda de abarrotes en la parte más baja del pueblo. Era una mujer morena y obesa, que no usaba sus largas trenzas atadas en la parte superior de la cabeza como lo hacían casi todas las mujeres en el pueblo. Todos decían que era una bruja. Su madre lo había sido.

-Tampoco era ella; de hecho, no era nadie de por aquí.

-Bueno, tienes tu propia bruja. Es mejor que te cuides de ella,

Pensé en la pesadilla de antología que había tenido; ¿era de ahí, de donde venía mi bruja?

103

-La bruja que andaba tras de mí de alguna forma se perdió -dijo Rubia-. Es un hecho que soltó mi alma; de lo contrario, no estaría yo aquí. Pero no significa que se haya ido. Tal vez todavía anda por ahí planeando algún daño o si me puede atrapar de nuevo.

Me preguntaba sobre los lugares oscuros de la psique de las personas donde trabajaban las brujas. ¿Acaso la mía también se perdería?

-Ahora, cuéntame todo lo que sucedió -exigió Rubia.

Comencé mi largo relato acerca del sueño y ella lo escuchó atentamente, casi sin interrumpirme hasta que terminé. Omití con bastante torpeza la tremenda ayuda que había significado Cruz.

-Bueno, casi te atrapa, ya lo creo que sí. Sabes, cuando estás curando, es cuando siempre ves esas cosas, es decir, brujos. Tal vez hayan hecho un trato con los dioses allá o quizás, peor aún, han hecho algo malo, salvaje, por su propia cuenta, a la que has tratado de curar; a tu preciosa, a tu palomita. Será demasiado tarde si han hecho algo así. Si no, si le dices a esa gente, es decir, a la familia de la preciosa: "sí, hay una bruja que anda tras de ustedes", no le digas a esas personas quién es. Si lo haces, contratarán a otro brujo, quien hará algo todavía más horrible -hizo una pausa-. Ya he visto algo parecido -agregó.

"Tienes que hablar con esa gente. Tienes que ver. Debes saber a quién le gusta tu preciosa y quién desea que le suceda algo malo, él o ella. Buscas en los sueños, pero a veces eso no es suficiente, tienes que preguntar a los padres y parientes quién podría estar haciendo brujería, y posiblemente te lo digan. Entonces, si ves al brujo en sueños, sabrás que lo has

atrapado, pero es difícil encontrarlos. Puede haber perros, tlacuaches o pájaros en las tinieblas y entonces tendrás que pelear contra ellos para ver quiénes son en realidad, para ver a su *tonal* desnudo, para ver más allá del animal, el *nagual* que los oculta. Es entonces cuando en verdad es peligroso, porque estos otros, quienes conocen los métodos de los antepasados, pueden ir tras de ti a Talocan o incluso venir aquí. Te atraparán. Te embrujarán en serio. Hubo muchos muertos aquí cuando los

brujos comenzaron a hacerse esas cosas entre sí.- Se estiró un poco y fijó la vista a lo lejos.

-¿Cuándo sucedió eso? -su tío había estado muy involucrado en la Guerra de los Brujos de la Sierra de Puebla y tal vez también su madre. Empezaba a pensar que tal vez también Rubia había participado, aunque seguramente negaría haber cometido alguna fechoría.

-Bueno, eso fue hace mucho tiempo. Todos se mataban entre sí. Tal vez fue entonces cuando le sucedió a tu amigo Cruz. Tal vez sea uno de los que siguen buscando que se haga justicia después de todos estos años.

-¿Quién era?

-Ni idea -contestó Rubia, que evidentemente se empezaba a sentir incómoda.

-¿Quién era? -volví a preguntar.

-Bueno, a lo mejor era uno de los Cruz de allá -dijo, señalando hacia la parte baja del pueblo-. A muchos les sucedió. Mataron a muchos con sus salvajes métodos, pero al menos ahora ya no hay más brujos en San Martín -lo dijo en tono concluyente.

-¿Por qué no? -seguí preguntando-. ¿Qué es lo que les pasó a todos?

-¡Se fueron! ¡Ya no hay más brujos! -insistió.

Sabía que era momento de hablar de otras cosas. No me diría nada más.

## Capítulo 7

### LA SENDA

*Nueve meses después, 17 de septiembre de 1977,  
Quetzalan, Puebla, México*

Vine a la Sierra para el festival de san Miguel,  
en otro pueblo  
y me iba a quedar hasta  
la gran fiesta de san Francisco,  
en Quetzalan, el 4 de octubre.

Mis planes de fotografiar las fiestas me dejarían poco tiempo para visitar San Martín. Ya había conseguido el permiso de los párrocos de Quetzalan y San Miguel Tizapán para colocar mis cámaras en los campanarios y las galerías de los coros de sus iglesias. Fotografiar los festivales no era cosa fácil. Me comporté como un general dando órdenes a sus tropas: colocando mi equipo, revisando distancias, iluminación y ángulos.

Fue un trabajo difícil y acalorado. La temporada de lluvias había acabado y el sol abrasador era implacable. Bajo los aleros y en las galerías de los coros de las dos iglesias, el calor era abrumador. Incluso en mi gran cuarto de hotel en Quetzalan encontraba poco alivio, pues no había llovido desde hacía una semana y los muros de adobe irradiaban el calor del día durante toda la noche.

Después de seis o siete días, comencé a tener el mismo sueño recurrente. Una y otra vez me veía atrapado en una cueva oscura y caliente. Era un sueño breve que poco se relacionaba con cualquier otra cosa que hubiera visto en la noche, pero finalmente, se estaba concatenando con otro viaje en el mundo de las tinieblas. Todos los días el sueño se volvía un poco más complicado. Según Rubia e Inocente, era evidente que me enfilaba hacia el sur de Talocan, la fuente del calor. Según yo, empezaba a pensar que esto era parte de

mi formación. Las constantes reinterpretaciones de Rubia acerca de mis sueños tenían cierto efecto: no sólo estaba soñando directamente en el inframundo, sino que me di cuenta de que podía controlar esos viajes y no había visto más brujos. Después de unos cuantos días, este sueño en el que me veía en la cueva, dominaba toda mi noche y había encontrado a mi querido amigo Cruz para que me guiara de nuevo por ese mundo misterioso.

COMENZÓ -anoté en mi diario de sueños-, cuando mi *tonal* finalmente dejó mi cuerpo y entró en la zona caliente de una gran cueva al sur de Talocan. Había vapor, humo y fuego por todas partes. Varios hombrecillos, sirvientes del inframundo, ataviados con ropa indígena, llevaban una pesada carga de leña que lanzaban

101

a enormes fogatas que brillaban por todas partes entre la oscuridad y el humo. Cada grupo tenía su propia hoguera y los movimientos de los hombres parecían sincronizados, como si participaran en una danza. Alternadamente, arrojaban su carga, retrocedían y miraban al fuego lanzar chispas por todas partes. Me quedé un rato y luego proseguí mi viaje.

Al encontrar un camino detrás de mí, lo seguí, súbitamente aparecieron dos brillantes espirales que giraban en sentidos opuestos en un cielo radiante y lleno de color. Sabía de qué se trataba; era una alucinación recurrente de la época de Haight-Ashbury, cuando todo mundo consumía ácido. Originalmente, esta alucinación había sido particularmente vívida gracias al consumo de LSD, desde entonces se había vuelto un buen entretenimiento visual y un sueño recurrente. De alguna forma nunca me cansé de eso.

El cielo cambió de color y apareció una línea horizontal. Desde el horizonte, emanaba y fluía hasta mis pies un tablero de luz y colores oscuros. A partir del centro exacto entre los dos soles espirales que giraban, hasta mí llegaba un camino ondulado. Luego, otra vez en el horizonte, comenzó a destellar y acercarse a mí una brillante luz anaranjada. Sabía qué era, aunque otras veces había sido verde pálido o aguamarina.

De pronto, sentí que una mano se me acercaba y me tocaba el hombro. Me di la vuelta y vi que era Cruz, con sus grandes ojos color café que se veían enormes y reflejaban su agitación.

-¿No tienes miedo? -preguntó.

-No. Es algo que he visto muchas veces antes. No te preocupes, no te va a atrapar -le dije, pasándole el brazo alrededor del hombro y apretándolo con fuerza. Era evidente que se sentía sobresaltado por mi visión.

Cuando se acercó más la luz anaranjada y amarilla, se convirtió en una enorme víbora con largos y afilados colmillos e incandescentes ojos rojos. Sus escamas eran claras y definidas. Su centelleante lengua bífida era expelida constantemente de la base ahuecada de su boca. Tal vez, en alguna ocasión, ésta había sido

108

una visión aterradora, pero después de presenciarla tantas ocasiones, más bien disfrutaba los efectos visuales, sabedor de que no lograba alcanzarme. Las víboras nunca me asustaban y ésta me gustaba. Cruz cada vez se sujetaba con más fuerza.

Me le quedé mirando y dije: "No te preocupes, hermanito, sólo estás viendo el color del fuego. No te consumiré". Y la víbora no lo hizo. Se acercó a unos cuantos metros de donde estábamos, como siempre movía su enorme cabeza, que era de la mitad de mi tamaño, y abrió su sibilante boca. Para mí, era como ver uno de los dioramas en la casa de la risa de un parque de diversiones. La vi un rato y luego me di la vuelta. Cruz seguía sin soltarse. Estaba aterrado.

-¡Nos va a comer! -gritó.

-No, no lo hará -le aseguré-. Si lo hiciera, simplemente sería más divertido y lleno de colores. De eso estoy seguro.

-Creo que es Colohuetzin -exclamó Cruz.

-¡Claro que no! -le dije. Rubia e Inocente me habían descrito muchas veces al monstruo de la tierra, y éste no entraba en mi alucinación favorita, pero entonces nunca había visto al gran dios de los fuegos del sur en el inframundo.

-¿Sabes cómo encontrar a Colohuetzin? -pregunté a Cruz.

-Bueno, quizás -me respondió.

-Sé que está en alguna parte de Atotonican -le comenté.

-Dicen que vive cerca de los manantiales hirvientes -dijo Cruz.

-¿Cómo llegamos allá? Vamos.

-No, no querrás verlo. Es peligroso y causa mucho sufrimiento. Olvídalo, podríamos arder si lo llegáramos a ver -me aseguró Cruz-. El Colohuetzin es el que se come la tierra, el gusano con la boca de fuego que hace estas cavernas. Sufriríamos y moriríamos quemados si lo llegáramos a encontrar -prosiguió el hombrecillo.

-Claro que no. Nada más me gustaría verlo. Es el dios del sur- insistí.

-Bueno, podríamos volar sobre los manantiales y averiguar si es posible ver ahí a esa cosa.

-Vamos -volví a decir.

-Está bien -finalmente aceptó-. Hay algunas palomas allá que podríamos tornar para ver si está en el manantial hirviente.

Fuimos con la palomas, nos subimos sobre ellas y volamos a través del humo y el vapor al sur de Talocan.

-¿Para qué quieres ver ese lugar? -preguntó Cruz. -Es un lugar para sufrir en las llamas. Es el infierno. Es adonde van los malos, los asesinos y los brujos que son atrapados.

Al ir viajando por el humo y el vapor pudimos ver cientos de hogueras abajo, todas hechas por los *popocamej*, los del "humo" y sus ayudantes. Finalmente, llegamos al estanque que hervía en las tinieblas y aterrizamos en un árbol oscuro. Nos esperaban dos zopilotes.

-Así que han venido a ver al dios de los fuegos de la tierra -graznó uno de ellos-. Estarán bien allá abajo, pero los hará cenizas si los ve. Así es como perdimos las plumas de la cabeza. Si son cuidadosos y esperan, lo verán en la caverna de allá.

-Qué lástima que todavía no estén listos para comérselos -dijo el otro.

-Tengo hambre -aseguró el primero y ambos alzaron el vuelo en busca de cuerpos muertos o en agonía. Cruz y yo nos sentamos a observar el manantial hirviente. Hablamos de muchas cosas. Se estaba volviendo un buen amigo en el mundo de los sueños, pero yo seguía sin entender quién era o qué quería ese extraño hombre.

Cuando estábamos sentados mirando el manantial hirviente, se aproximaron dos grupos de hombres. "Son *popocamej*", me dijo Cruz. "Van a ver al dios en la cueva y tal vez podamos echarle un vistazo. Es lo que quieres, ¿no? Si nos escabullimos ahí con los ratoncitos, no se darán cuenta de nuestra presencia y tal vez lo veamos. "

"Está bien", respondí convirtiéndome en ratón. Me estaba

empezando a gustar mucho transformarme y el cambio ocurría con rapidez.

Fuimos con los otros ratones detrás de los *popocamej* y nos escabullimos lo más rápido que pudimos. Los *popocamej* comenzaron a hablar, pero no logré entender lo que decían.

Su parloteo se hizo más audible.

-¡Detente! -dijo Cruz-. Ellos saben que estás aquí. Uno dijo que olía a carne fresca. Debemos irnos de aquí cuanto antes, pero no conozco la salida.

-Yo sí -respondí.

Había estado en la verdadera cueva considerada por los habitantes de San Martín como la entrada del sur a Talocan, adonde depositaban ofrendas. Rubia me envió ahí como parte de mi formación. Estaba al sur de San Martín, cerca del Citlaltépetl, el Pico de Orizaba, "Pico de las Estrellas". Estaba en la parte alta de un bosque tropical en una zona casi siempre oculta por nubes, que constantemente rodeaban esta montaña. Un enorme y caliente río fluía desde la cueva formando estanques, para luego bajar por las faldas de la montaña. Cuando el agua comenzaba a enfriarse, los estanques se convertían en baños naturales muy agradables y refrescantes. Si seguíamos el río después del estanque hirviente, encontraríamos la salida del inframundo, le aseguré a Cruz.

-Está muy lejos -comentó-. Seguramente nos atrapará antes de que encontremos ese lugar. Vayamos por aquí -dijo, tornando por otro pasaje en las tinieblas.

Yo lo seguí, pero el calor se hacía más intenso. Había fuego por todos lados y parecía que los muros se cerraban conforme corríamos. De repente, una cabeza enorme y negra se posó frente a nosotros. Como un gusano, no tenía ojos y su cuerpo parecía extenderse hasta la caverna. Vimos que se retorció y enroscaba anudándose y luego se desenrollaba alrededor de las enormes rocas calientes en el suelo. Nos escondimos rápidamente, pero el monstruo detectó nuestra presencia, abriendo su boca para lanzar llamarada. El calor era abrasador y lo sentí por todo el cuerpo. No

se parecía en nada a mi serpiente favorita y nunca antes había tenido una alucinación como ésta. Estaba verdaderamente aterrado. Nos volvimos y comenzamos a escabullirnos lo más rápido posible.

-¡Ahí está, era el dios de aquí! -dijo Cruz, respirando con dificultad. Yo estaba jadeando-. Era el Colohuetzin, el gran gusano que hace las cavernas y grutas de este mundo y también del tuyo.

Corrimos sin parar hasta que finalmente logramos salir de la cueva. Otra vez había fuego por todo nuestro alrededor, pero ahora *los popocamej* nos habían visto, aunque éramos demasiado pequeñitos. Seguimos corriendo y escuchamos una tremenda confusión detrás de nosotros. "¡ Son ellos! ¡Son ellos!", escuchamos gritar a un coro de voces agudas. Los ecos resonaban a nuestro alrededor.

-¡Saben que estamos aquí! -gritó Cruz-. ¡No llegan hasta aquí muchos seres aún con carne! Se están muriendo de hambre; ¡te arrancarán la carne y quemarán tus huesos!  
-Finalmente llegamos al manantial de las aguas hirvientes y en el gran árbol había dos lechuzas pequeñas de color blanco y negro. Cambiamos rápidamente de forma y nos fuimos volando con las dos aves nocturnas, pero a nuestro alrededor había chispas y llamas.

-¡Nos están siguiendo y mis plumas se están quemando! -gritó Cruz. Las mías también se habían incendiado con el fuego que se inició con nuestra presencia. Perdíamos altura y las llamas cada vez se volvían más calientes.

-¡Allá hay un río! -alertó mi compañero-. ¡Bajemos a él!  
Medio volando y medio cayendo por las lenguas de fuego, logramos aterrizar justo en el agua.

¡Plas! ¡Pss! Se escuchó el sonido del agua y se levantó una nube de vapor... estábamos a salvo de las llamas y los *popocamej*.  
En el río había peces, todos hablando entre sí, abriendo y cerrando la boca.

-Dicen que van a ver al dios y la diosa del Mar del Oriente,-informó Cruz-. Es la tierra de la plenitud, de la abundancia, donde no hay peligro. ¡Sigámoslos!

112

Nos volvimos peces y seguimos a nuestros hermanos y hermanas por el río, saltando y nadando por encima y debajo de los demás con el sonido del agua a nuestro alrededor. A veces se escuchaba como la lluvia torrencial. Se sentía fresco y maravilloso retozar en el agua. Arriba y abajo, encima y debajo, íbamos nadando y deslizándonos por el río, por pronunciadas cascadas, siempre rumbo al mar.

Cuando las aguas se hicieron más calmadas, pudimos ver vastas planicies y pastizales verde oscuro debajo de ellas. En ese mundo de agua había lomas altas y hasta montañas. Entramos en el Gran Mar del Oriente desde el río que nos alejó de los fuegos del sur.

Al avanzar por el agua, pudimos apreciar otras tierras amplias, y ricas debajo de nosotros. Había jardines y huertos, con frutas tropicales, mangos, papayas, piñas y plátanos. Los campos estaban llenos de enormes mazorcas y caminos adoquinados que conducían a todos lados. Entre esos campos había casas humildes, pero cuidadas, y pequeños pueblos que jaspeaban el paisaje. Era tan rica como la tierra de la que me habían hablado.

Era el Mundo Acuático que los antepasados consideraban como el paraíso. Nadie ahí tenía que trabajar. Las tierras debajo de agua simplemente daban su abundancia. Al enterarse

de este lugar los frailes del siglo XVI se sorprendieron de que pudiera existir un paraíso así en lo que pensaban que era el infierno.

Vimos gente sentada frente a sus casas e intercambiando sus productos en los mercados de los pueblos del Mundo Acuático. Todos estaban vestidos con ropa limpia y blanca, como los buenos habitantes de San Martín. Nadando sobre los caminos debajo del mar, nos percatamos de que los pueblos se volvían cada vez más numerosos y grandes.

-Paremos aquí -dijo finalmente Cruz, junto a una casa blanca de piedra-. Aquí podemos preguntar cómo se llega al palacio.

-¿Qué palacio? -pregunté.

-Hombre, al gran palacio, el ayuntamiento donde viven los

113

dioses de este reino. El dios y la diosa de las Aguas gobiernan este lugar. El *alpique*, el *ahuane*, y todos los demás del agua son sus siervos, pero su diosa, La Llorona, casi nunca está aquí. Está en la Casa de las Mujeres en el oeste. Aquí se dedica a cazar hombres infieles a sus mujeres y a quienes no llevan una vida buena. Pero el dios de las Aguas es distinto. Los del agua le traen los *tonales* de quienes han caído en ellas o se han ahogado, les hace grandes fiestas y les da todo lo que quieran. Todos esos *tonales* que vienen aquí quieren quedarse. Es una vida en la que no hay que preocuparse por trabajar. Aquí siempre hay abundancia. En este lugar me conocen, y es aquí donde me gustaría quedarme, pero... -el rostro de mi compañero reflejaba tristeza y desilusión-. Todavía no es posible.

Habíamos asumido forma humana y nos sentamos en una banca frente a una casa. Una diminuta mujer nos trajo mangos para comer. Varias veces pregunté a mi compañero si había algo que pudiera hacer por él en el mundo de los vivos.

-Debes seguir la senda y no perjudicar ni hacer daño a nadie, servir a los dioses y a quienes viven en la tierra. Tienes que llevar una vida buena. Tengo que esperar a que se haga justicia.

Al decir esto, Cruz se levantó y desapareció en la casa. Me despertaron los rayos del sol que entraban por mi ventana en Quetzalan. Fue la última vez que vi a Cruz por mucho, mucho tiempo. Desconocía las razones por las que mi amigo y compañero había desaparecido de mis sueños pero estaba más decidido que nunca a averiguar acerca de él. Tal vez había algo que podía hacer para ayudar a que su alma llegara más rápido al lugar que le correspondía en las aguas del inframundo.

CERRÉ MI DIARIO y decidí ver a Rubia esa mañana. Tal vez podría sacarle un poco más de información acerca de Cruz. Había algo que no me dijo la hechicera sobre él y al mismo tiempo el viejo Inocente parecía estar muy interesado en mi compañero de sueños. Era algo confuso, sin exagerar.

114

Bajé por las escaleras del hotel a desayunar. No se sentía tanto calor y en la zona este hacia la costa se estaban formando algunas nubes. Podía percibir en el clima el cambio anunciado en mi sueño.

Esta vez no tenía coche, por lo que pregunté a un amigo que se hospedaba en el hotel si me podía llevar a San Martín, consciente de que sería hasta después del almuerzo. Era el director regional del Instituto Nacional del Café, y como nunca se perdía el almuerzo con doña Iris en el restaurante del hotel y nunca regresaba a la oficina en la tarde, sería fácil. Doña Iris era por mucho la mejor cocinera en Quetzalan y sus comidas eran algo que no se debía dejar de probar. El que Fernando pesara más de 100 kilos era básicamente debido a los esfuerzos culinarios de esta mujer. Aunque él había vivido en Quetzalan durante más de dos años, seguía hospedándose en el hotel, creo que por no comer en otra parte.

Era media tarde y no paraba de llover cuando me bajé en la iglesia de San Martín y caminé hasta la casa de doña Rubia. La puerta estaba cerrada y no estaba en casa. Regresé a la iglesia esperando encontrar a alguien que me llevara de regreso a Quetzalan y escuché que ahí estaba el padre Guillermo, tocando suavemente su guitarra y cantando una canción. Guillermo era un franciscano español, cuya orden después de mucha labor de convencimiento, lo había enviado desde su monasterio cerca de Tepoztlán, en el Valle de Morelos, como cura, párroco en este pueblito. Como integrante del grupo Acción Católica, dedicado a ayudar a desarrollar la economía rural, Guillermo era un prelado progresista que integraba el desarrollo social, la teología de la liberación y una profunda preocupación por los lugareños interesados en esta práctica religiosa.

Le di al cura sus primeras lecciones de náhuatl, pero después de dos años en el pueblo, hablaba esa lengua tan bien como yo, mejor. Predicaba y oraba en el dialecto local del azteca moderno hasta decía parte de la misa en él. En realidad, no era permitido hacerlo, pues no existía ninguna traducción oficial eclesiástica en náhuatl.

115

Guillermo compró una botella de buen vino tinto español y nos sentarnos a platicar, tratando de escuchar el motor de un vehículo que regresara a Quetzalan bajo la lluvia. Se había hecho buen amigo y confidente de Rubia. La vieja hechicera nunca faltaba al grupo de estudio de los martes por la tarde y también ayudaba a traducir no sólo el Evangelio, sino partes de la misa y las Epístolas en náhuatl. El ministerio de Guillermo contrastaba en mucho con el de los monjes del siglo XVI, que consideraban las tradiciones indígenas como idólatras y sacrílegas. Abiertamente, trataba de incorporar las tradiciones y creencias indígenas a la liturgia y la teología católicas.

Con este franciscano, los preparativos para la festividad del santo local se habían vuelto más generosos, espectaculares y menos costosos para el mayordomo a cargo. Organizaba grupos locales de danza para que se presentaran en otros pueblos y participaran en concursos estatales y nacionales, con lo que se cubría gran parte del costo de sus coloridos trajes. Su ayuda también fue fundamental para que me permitieran usar las galerías y campanarios con el fin de colocar mis cámaras.

Durante la tarde hablamos sobre matrimonios, bautizos y funerales que él había oficiado. Me confió que había comido tanto mole, esa rica pasta hecha de especias y chocolate indispensable en toda comida elegante que se ofreciera en el pueblo, que empezaba a odiarlo. Seguimos platicando y tocó la guitarra. Trabajaba en un nuevo himno para la misa que había traducido al náhuatl. Su traducción era tan buena como cualquiera que hubiera yo escuchado. Hablamos de Rubia y su aparente doble vida -una curandera azteca y activista de Acción Católica-. En cierta forma, sus preocupaciones eran las mismas -e bienestar de los habitantes de San Martín-, pero una servía a la tierra y la otra al cielo. Esa fue una de las primeras ideas que me formé acerca de la verdadera naturaleza del culto en la Sierra. No era el "sincretismo" al que se alude en los libros de texto. Era algo muy diferente. Quienes vivían en la Sierra seguían un sistema de creencias o el otro; no los

116

mezclaban o hacían entrar en conflicto. Sin embargo, como todos estos sistemas han sido creados por el hombre, comparten similitudes esenciales. Seguimos bebiendo y mirando la lluvia caer.

Finalmente, después de varias horas sin escuchar ningún vehículo, decidí comprobar si doña Rubia ya había regresado a casa. Me fui por la loma y al llegar la puerta estaba abierta; ya había llegado.

-La noche se aproxima, buenas noches -saludé y me introduje en la casa. Lupe entró en la habitación principal y me dijo que Rubia estaba descansando. Había pasado casi toda la noche anterior ayudando en el nacimiento de un niño en la casa de los Santos, en la colina. Le dije que esperaría; Lupe me llevó una enorme taza con café y me senté en un banco. Mientras sorbía mi bebida me puse a pensar en el sueño y en la situación de mi extraño amigo Cruz, así como en mi tarde con el padre Guillermo. Rubia durmió por lo menos otra hora y para entonces me sentía bastante ansioso como para regresar a Quetzalan. Empezaba a caer la noche.

Entró en la habitación con su modesto camisón blanco sobre la blusa, su siempre puesta gargantilla negra y una sonrisa en el rostro. Era evidente que había descansado durmiendo una siesta.

-Ya me enteré que ayudó usted en el alumbramiento de un nuevo niño.

-Claro que sí, pero éste realmente quería salir. Estaba bueno y en su punto, bien cocido.

-¿No hubo ningún problema?

-Ninguno. Doña Rosa tiene cinco ahora y nada más le brotan del cuerpo. A propósito, ¿qué estás haciendo aquí? Nunca me imaginé que vendrías.

-Bueno, tuve otro sueño, uno bueno -le empecé a hablar de él, sensatamente ocultando mucha de la información acerca de Cruz.

Cuando terminé, expresó:

-Entonces estuviste en el Gran Mar. Es un lugar difícil para sacar un alma. Es un sitio tan bueno que todos se quieren quedar

117

ahí. Tal vez sería una buena idea dejar algo, quizá junto a un río o en un pozo, para los dioses de allá. Aunque no los hayas visto, a veces pueden ser de mucha utilidad. Es una buena idea dejarles ofrendas. De vez en cuando hasta mandan un alma de regreso que quiere quedarse con ellos.

"La última vez que estuve ahí, había una muchacha que se despeñó mientras su madre lavaba ropa más abajo, cerca de la parte ancha del río. Casi se ahogó y pusieron su alma a buen recaudo. Los del agua, los *ahuane*, la condujeron hasta la casa de los dioses. Cuando finalmente la llevaron conmigo, apenas si respiraba. La mantuvimos caliente y la cuidamos tres días completos. Usé mucho tabaco y todo el tiempo estuvimos encendiendo velas y quemando incienso. Recé mucho por esa chiquilla. Les dije a los del agua que iría a buscarla, y así lo hice. Puse un gran cántaro con agua en la base del altar familiar y me quedé mirando atentamente para ver si detectaba cualquier señal de la muchacha, pero no tuve suerte.

"Finalmente fui allá. Llegué por el pozo -dijo, señalando hacia el pozo del pueblo-, y seguí la corriente, no con los peces como tú, sino con una ranita. Nadé y nadé hasta que llegué al enorme río verde y a la parte profunda del Gran Mar. Seguí los caminos y anduve por las carreteras reales de ese lugar.

"Pasé por pueblos y ciudades con enormes edificios. Sabes, hasta tienen camiones para las grandes carreteras bajo el mar y yo viajé en autobús hasta la capital de ese lugar. Ni siquiera tienes que pagar pasaje. Nada más te subes. Así son de ricos en el Mundo Acuático.

"Me bajé del autobús en la plaza y fui directo hasta el palacio. Era enorme, con grandes y pesadas puertas. Los guardias, los *alpique*, me dejaron entrar y fui hasta un salón donde tenían un banquete. El estaba ahí, ése, el dios, y lo acompañaban sus compadres: el presidente y los mayordomos del mar. Todos comían grandes y carnosos pescados y había montañas de tortillas, frutas, frijoles, arroz y enormes cazuelas de sabrosos guisos.

" ' ¡Pasa!', me dijo, 'come algo de nuestra sabrosa comida'. Pero no quise hacerlo. Todo es tan bueno ahí que si pruebas un

118

bocado, si comes algo una vez, nunca querrás volver. Tuviste suerte de sólo haber comido algunos mangos pero te aseguro que fueron los mejores que jamás hayas probado.

" 'Vine a pedirte un favor, oh señor, oh gran Dios', dije al dios de ese lugar.

" '¿Qué es lo que deseas, abuela?', preguntó.

" 'Hay una pequeña, una palomita que es una de los nuestros es una criaturita preciosa, y todos allá arriba lloramos por ella. Se cayó en el agua cerca del gran río ancho y no regresará con nosotros en la tierra. Su madre llora. Su padre llora. Sus abuelas y abuelos lloran. Sus tíos y sus tías lloran; todos sus hermanos y hermanas la tierra le lloran, oh señor.

" ' -Aún no es tiempo de que viva aquí con ustedes. Todavía queda una larga vida por delante y su luz brilla con intensidad. es más que una niña que ríe y canta. Necesita la luz para madurar y dar frutos. Tal vez su madre, sus tías, no tuvieron suficiente cuidado, no la vigilaron. Cayó al agua y ahora no volverá con nosotros. Por favor, oh Dios, te imploro, te ruego, devuélvenosla para vuelva a ver la sagrada Luz una vez más.'

" 'Si está contigo, deja que se vaya, que vuelva con nosotros, la tierra. Por favor, oh Dios, con cien ruegos, con mil ruegos mucho amor, te pido que envíes a esta palomita al mundo de la luz.

"Es lo que le dije y mandó a sus mayordomos a buscarla. Llevaron hasta el banquete. Vestía una blusa y un vestido nuevo y llevaba un tocado de mecapal. La pequeña se veía como una dama.

" '¿Deberá quedarse con nosotros?', preguntó el dios a sus compadres; a su presidente, a sus jueces, a sus alguaciles y sus mayordomos, que se encargaban de los banquetes. Había mucha confusión y todos deliberaban.

"Finalmente se volvió hacia la muchacha y dijo: 'Puedes quedarte si quieres y unirte a nuestro banquete'.

" 'Ay chiquita', le dije, 'tus padres lloran por ti; tus abuelos lloran por ti; tus tías y tíos lloran por ti allá en la luz. Todavía tienes mucho por hacer en la luz. Vas a madurar y dar frutos. Te casarás

110

y tendrás hijos, muchos hijos. Serás una abuela venerable. No te quedes aquí en las tinieblas. No es bueno. Vas a tener muchas cosas cuando vuelvas con nosotros a la tierra. Tendrás ropa nueva, comida sabrosa, juguetes y a tus padres. Tus abuelos, tíos y tías, hermanos y hermanas se regocijarán.'

"La chiquita no dijo ni media palabra y yo me despedí del Dios y sus siervos con mucho respeto y volví aquí, justo al lugar desde donde se cayó al agua, donde lavaban las mujeres del pueblo.

"Pedí a su madre que hiciera un camino de flores para que su alma perdida pudiera encontrar su camino de vuelta al agua y a su padre que consiguiera un pollo para preparar un rico caldo. Dije a sus tíos y tías que trajeran ropa nueva y regalos si querían que regresara y que los colocaran frente a la jarra con agua en el altar, para que los viera a través del agua. Estuvimos despiertos toda la noche y por la mañana empezó a regresar con nosotros a la tierra. ¡El dios de las Aguas dejó que su pobrecita alma regresara con nosotros a la luz!" Cuando Rubia terminó de contar su relato, le volví a preguntar sobre Cruz, pero fue tan evasiva como antes. Empecé a recorrer el largo camino hasta Quetzalan. Había dejado de llover. La luna iluminaba mi camino al pasar por el cementerio.

## Capítulo 8

### CURAR Y MATAR

Fue poco tiempo después de mi regreso  
a la ciudad de México cuando llegó a  
mi puerta una pareja  
de San Martín.

Su hija de nueve años sufría de miedo mágico.  
No tenía ni la menor idea de lo que debía hacer.  
Buscaban ayuda para ella, que evidentemente  
iba más allá de la simple ayuda económica.

122

Estaba enferma y ellos se encontraban perdidos entre la masa de desposeídos que vivían a las afueras de la ciudad. Dinero y trabajo no les habrían venido mal, pero no era eso lo que buscaban.

Vivían en una de las "ciudades perdidas" de México, grandes áreas de casas ruinosas erigidas en terrenos baldíos a las afueras de la ciudad. Millones de seres de las zonas rurales de México llegaban a las ciudades perdidas con la esperanza de encontrar trabajo, pero pocos lo lograban. Sabía de las presiones y problemas por los que pasaban estas personas. Varios años antes, había vivido algún tiempo con una familia de albañiles que conocía en la más famosa de las ciudades perdidas, Netzahualcóyotl.\*

La mayoría de los mexicanos no sabían de esos lugares. Podían mirar lo que sucedía en las calles y avenidas todos los días sin percatarse de nada. Las ciudades perdidas de México están verdaderamente perdidas; son vastas franjas de pobreza urbana a lo largo y ancho de importantes zonas, a veces cercadas y cerradas a casi todo el transporte público. Pocos, salvo la gente que vivía en esas calles sucias, fangosas y polvorientas, se atrevían a caminar por ellas.

A pesar de su difícil situación, la mayoría de los residentes de las ciudades perdidas son inteligentes y acomedidos, aunque vivan en la miseria, una condición colectiva que describe el resultado general del hacinamiento, la pobreza y la indigencia. La mayoría vive en núcleos familiares extensos de entre dieciocho y veinte personas hacinadas en una o dos habitaciones, que duermen en turnos y comparten comidas magras de frijoles y tortillas. Si uno o dos miembros de la familia tienen trabajo, entonces todos logran sobrevivir, pero a duras penas.

Raúl y María García me estaban esperando con su hija, Erlinda, en la puerta de mi casa, cuando regresé de la universidad. Incluso, antes de entrar, llegamos a la conclusión de que era compadre de

\* Ciudad Netzahualcóyotl fue, en los años 60, considerada como ciudad perdida. En la actualidad, ha perdido ese estatus. (N. del T)

santo de un amigo mutuo, que era padrino de su hija. Había dado a este hombre una imagen de su santo patrón para su altar familiar y el día de la celebración de la fiesta de dicho santo había patrocinado la erección de una cruz.

Mi relación con Rubia e Inocente era entonces muy conocida en el pueblo. Rubia me había promovido como el mejor curandero de mucha gente desde hacía bastante tiempo y con su ayuda ya había logrado hacer dos o tres curaciones. La pareja había ido para pedirme que curara a su hija y que buscara su alma perdida en Talocan.

Raúl iba vestido con una camisa y un pantalón de mezclilla gastados, ambos con muchos remiendos. María llevaba puesta una blusa tradicional que también mostraba signos de constantes reparaciones, una falda negra de poliéster y zapatos negros que apenas si le quedaban. Su hija vestía un camisón de colores brillantes y cintas entrelazadas en sus largas colas de caballo. Iba descalza. Obviamente, eran las mejores galas de los García. Habían estado esperando que regresara de la universidad desde media mañana.

Doña Marta, mi sirvienta, había insistido que esperaran afuera, frente a la casa, en el pórtico. No aprobaba que se presentaran indígenas en la casa, aunque era muy probable que sus antepasados cercanos lo habían sido también. Decidí correr el riesgo de molestar a Marta e invité a los García a pasar, explicándole que eran mis compadres. Era algo que ni Marta lograba entender -los padrinos y compadres son considerados de la familia en todo México.

Abrí la puerta y los pasé al comedor, con su enorme mesa maltratada que había rescatado de una hacienda en ruinas cerca de Cholula. "Por favor, tomen asiento", les dije en náhuatl muy formal, pues usábamos el lenguaje bastante afectuoso y solemne de los compadres.

Fui a la cocina a pedir a Marta que nos llevara un poco de *yolixpa*, el aguardiente hecho con hierbas verdes de la Sierra de Puebla. También quería saber si tenía suficiente comida en la estufa como para invitar a los García a comer. Así lo hizo, aunque podía

imaginar su indignación por tener que servirles a unos indígenas. Le pedí que llevara frijoles, arroz, muchas tortillas, salsa picante un poco de pollo en salsa verde.

Cuando volví al comedor, María estaba mirando una hamaca del pueblo que tenía en la pared y Erlinda contaba los puntos en un bordado que usaba como tapiz. Raúl estaba incómodamente sentado en una silla de respaldo recto. Yo sospechaba que los García nunca habían estado en una casa que no tuviera pisos de tierra ni más dos habitaciones. Pensé que se sentirían más cómodos en la sala, donde de por lo menos había algunos bancos, como los de la Sierra.

Seguimos hablando de amigos y familiares del pueblo. A María le gustaba chismorrear sobre lo que pasaba en la Sierra. Aunque había vivido en la ciudad de México durante casi cinco años, sabía todo lo que pasaba en San Martín. Hice un esfuerzo concertado mantenerla en la conversación, pues por lo general los hombres apartan con otros hombres para platicar sobre el trabajo y sus campos, mientras las mujeres se reúnen en la cocina a chismorrear entre ellas. Raúl comentó sobre mi extraño altar de la tierra y al principio no entendí a qué se refería. Tenía un altar de la tierra, pero estaba arriba, en el estudio. Había confundido la chimenea y lo que había sobre la alfombra con un altar familiar tradicional, Domina la habitación como un altar tradicional. Las fotografías de familia y las pinturas mexicanas de brillantes colores sobre la chimenea serían apropiadas para un altar tradicional, pero falta la colección de imágenes de santos, por lo que me preguntó si era católico. Le dije que sí, por lo menos tanto como él.

Finalmente, Marta llevó una gran charola con nuestra comida. La sala no estaba alfombrada y a Marta no le costaría tanto trabajo hacer la limpieza. Es bastante difícil explicar a la gente que es acostumbrada a tener pollos, gatos, perros y hasta un cerdo husmeando en el piso, que tenga cuidado de no tirar nada. El piso sería un desorden cuando termináramos. En la Sierra se utilizan pocos utensilios, con excepción de la cuchara para las sopas. Casi todo come con tortilla.

Erlinda, o Linda, como todos le decían, sólo picoteó su pinto y casi no comió nada.

"Cómete estos frijolotes con tortillas, palomita", le advirtió María. Pero la pequeña casi no probó bocado. Solamente miraba el piso con apatía.

María suspiró y lanzó una pregunta al aire: "¿Qué voy a hacer? La cachorrita casi no quiere comer y se la pasa en vela. A lo mejor agarraron a su animal; siempre está enferma. De seguro necesita su fortaleza", sugiriendo que tal vez la muchacha estaba embrujada y su *nagual* había sido apresado en el inframundo.

Después de hablar un largo rato, Raúl por fin me preguntó en un tono bastante formal si les podría ayudar a encontrar el alma de su hija. Habían explicado todos sus síntomas y parecía un caso típico de la pérdida del alma. Nunca curé a nadie sin los expertos consejos de Rubia, pero me daba cuenta de que en este caso tendría que intentarlo. La Sierra quedaba muy lejos.

-Vamos arriba donde tengo un altar de verdad -le dije a Raúl-. Ahí tengo algo de copal y unas velas.

Como Marta quería que nos saliéramos de la sala para poder limpiarla e irse a casa, llevé a los García a mi estudio. Mi altar en una esquina no se parecía en nada a los que predominaban en las casas de la Sierra. Para quien no supiera qué era, éste era irreconocible como altar. Sólo tenía unos cuantos tiestos, unas velas y un incensario sobre un librero. Encendí una de las velas y extendí un viejo sarape en el piso para Linda. Le pedí que se recostara y, parado junto a sus padres, comencé una breve oración para la tierra.

Cuando termine de decirla, me volví hacia Raúl y dije: "Bueno, veamos si lo que la tiene es un viento maligno". María se arrodilló y aflojó la ropa de la joven.

Linda estaba tensa. Empecé sobándole las manos, musitándole suavemente palabritas cariñosas en náhuatl: mi palomita, chiquita, preciosa, pedacito de jade. Cuando se relajó, comencé a revisarlo el vientre y el cuello. Tenía el vientre inflamado. Adiviné que quería

126

que la revisara un médico. Me volví hacia Raúl y le dije: "Bueno, no es un viento maligno y tal vez tampoco un brujo. Esta chiquita no tiene viento frío y siento que no se le ha metido nada. ¿Dónde pudo haber perdido su alma?-, pregunté a los padres.

-No lo sabemos-respondió Raúl.

-¿Se ha caído o lastimado -pregunté. Eran las formas más comunes en las que se perdía un alma.

-No sé -insistió Raúl.

-Linda, chiquita, querida, ¿te has caído o golpeado la cabeza en alguna parte? -pregunté a la jovencita.

-No, señor -contestó-, no que yo recuerde, señor.

-Bueno, quizá no lo recuerde, pero a lo mejor sí se cayó. Tal vez sus hermanos o sus tíos lo recuerden.

Raúl y María me comentaron que vivían con dos de sus hermanos y una hermana. Sabía que íbamos a tener que ir a su casa para estar bien enterados.

-Debemos ir con ellos, pero primero hay un amigo, un médico, quien me gustaría que viera a Linda. No les cobrará tú un centavo y es un hombre muy bueno.

Tomé el teléfono y llamé a Luis Maldonado, el esposo de una de mis colegas, que tenía su consultorio a unas cuantas calles. Lo encontré en su casa antes de irse a su consultorio y estuvo de acuerdo en pasar a revisar a la muchacha.

Luis ya estaba abajo llamando a la puerta incluso antes de que yo terminara de decirles a sus padres sobre la enfermedad de Linda. Estaban seguros de que era el caso de un alma perdida. Bajé a abrirle y lo pasé al estudio. Marta ya había terminado y se había ido. Nada más nosotros estábamos en la casa.

Luis tenía facilidad de palabra y explicó a Raúl y María que también quería examinar a Linda.

-Todo parece indicar que se trata de una especie de parásito -le dije en inglés-. Tiene inflamado el abdomen y no detecté dolor.

-Tal vez tengas razón, pero me quiero cerciorar de otras cosas.

121

-Luis no llevaba el acostumbrado maletín negro, pero sí tenía un estetoscopio en el bolsillo. Lo sacó y lo calentó.

-Ahora, Linda, mi palomita, el doctor Luis quiere escuchar los vientos que tienes adentro. Respira profundo -le dije en náhuatl. Mientras Luis la revisaba, yo traducía, aunque la joven hablaba español bastante bien. Luis le revisó los ojos, la garganta y los oídos lo mejor posible.

-¿Ha vomitado? --preguntó Luis a Raúl en español-. ¿O tiene lombrices?

-A veces -respondió María por su esposo-, pero lombricitas, no.

-¿Ni siquiera las cositas redondas que revolotean adentro?

-le pregunté en náhuatl, pues sospechaba que no había entendido bien la pregunta.

-Bueno, esas cosas, sí, a veces -dijo María.

-Dice que a veces hay lombrices -le dije a Luis en inglés.

-Si tiene lombrices, entonces será lo primero que quiero eliminar. Hay dos medicamentos que le puedo recetar.

-¿Qué tal una infusión de epazote? -pregunté-. Tal vez sea el antihelmíntico más común en la Sierra.

-Es tan bueno como lo que podría prescribir -comentó en inglés-. Está un poco baja de peso y pequeña para su edad. No me gusta recetar estos medicamentos a niños. Como sabes, son bastante tóxicos. Aunque debemos hacerle un coprocultivo, nada más para ver qué otras cosas tiene.

-Tal vez sea difícil -le dije-, pero podernos intentarlo.

-En el consultorio tengo frasquitos para la torna de muestras

-dijo Luis-. Me gustaría examinarla aquí, pero ya se me hizo tarde para atender a mis primeros pacientes. Tal vez la podría ver en un buen rato.

-Los voy a llevar a Ixtapalapa, donde viven, y podría pasar a tu consultorio a recoger los frascos para las muestras. Tal vez sería mejor verla otro día en el consultorio cuando no haya otros pacientes-. No creía que una visita al consultorio sería cómodo ni para

128

los García, ni para los pacientes de Luis, pues eran básicamente mexicanos de clase media que no se mezclaban con indígenas.

Luis se fue y me ofrecí a llevar a los García a su casa. Nos detuvimos en el consultorio para recoger los frascos. No sabía si los usarían. Era un largo viaje entre el tráfico hasta Ixtapalapa. La calle estaba en tan malas condiciones que tuve que detener el auto casi a un kilómetro de su choza, pero fue agradable la caminata por las polvorientas calles llenas de gente. Muchas personas conocían a los García y se detenían a platicar con nosotros en el camino.

Su casa se veía como las demás: dos habitaciones, una covacha para cocinar hecha con láminas corrugadas desiguales, láminas e cartón y trozos de madera vieja. En algunos de los agujeros más grandes había papel periódico retacado. El patio de enfrente estaba polvoriento, pero algunas plantas luchaban por crecer.

El hermano de Raúl, Alejandro, se levantó de su asiento, un par de neumáticos viejos, para saludarnos. Se disculpó de que su otro hermano, Miguel, siguiera trabajando en una construcción al otro lado de la ciudad. Nos invitó a pasar. Después de agacharme para pasar por la puerta baja, lo primero que vi fue un gran altar familiar justo como los de la Sierra. Me di cuenta de que Linda se quedó afuera.

Alejandro sacó una silla tipo occidental para que me sentara y la colocó frente a la mesa del altar.

-¿Este hombre es curandero? -preguntó a su familia en náhuatl-. No se parece a ninguno de los que he visto.

-¡Cállate! ¡Este comprende! -dijo Raúl, dando a entender que yo hablaba náhuatl.

-Sí, lo soy -le dije en náhuatl-, y también conozco la Santísima Tierra y la Tierra de las Tinieblas. ¿Conoces a los ancianos Rubia e Inocente? Son quienes me enseñaron el camino. Era evidente que Alejandro estaba confundido y tal vez un poco avergonzado.

129

-Oh, lo siento mucho, señor. Es que casi ninguno de los curanderos es, bueno, este, mmmm, gringo...

-Bueno, ¿qué hay de Erlinda? ¿Crees que su alma anda perdida? ¿Y dónde la perdió? -fui directo al grano, una técnica que me había enseñado Rubia.

-Bueno, sí, mírela allá afuera -señaló hacia la puerta-. Se la pasa sentada, mientras los demás están jugando.

Alejandro tenía razón. Linda nada más estaba sentada sobre una piedra, mientras los otros chiquillos jugaban en una casita que habían dibujado en la tierra.

-¿Cuántos niños son tuyos? -pregunté.

-Eh, tengo cinco-respondió.

-¿Y cuántos otros niños viven aquí?

-Bueno, nuestra hermana, Julia, tiene cuatro y su hermana Lupe tiene dos más. Miguel, el albañil, también tiene cuatro, pero están en Puebla con su mujer -explicó Alejandro.

Casi todos los niños que vivían ahí tenían entre tres y once años de edad. Erlinda tenía una familia bastante grande para jugar con ella y también había muchos otros chiquillos en el lugar, pero parecía que no deseaba hacer nada. La podía ver a través de la puerta abierta, seguía sentada en la piedra mirando lo que pasaba en la calle. Había otros niños jugando no muy lejos. La esposa de Alejandro, Rosa, salió del otro cuarto con su muñeca.

-¡Oigan, miren! ¡Este es el curandero que trajeron! -gritó Alejandro. Las dos mujeres también estaban un poco sorprendidas.

-¡Ay, señor, disculpe que no tengamos nada que ofrecerle en nuestro humilde jacal! -dijo Rosa.

-Quizás a todos les gustaría tomar una cerveza -ofrecí-. Si ustedes van por ellas, yo las pago.

-Bueno, don Antonio vende cerveza.

-María, ¿podrías ir con don Antonio? -preguntó Rosa y yo le di cincuenta pesos. Mientras esperábamos las cervezas, platicamos cordialmente y pude enterarme más sobre Linda. Parecía una

130

figura marginal en esta familia, tal vez porque era la única que no tenía hermanas ni hermanos. Sin embargo, eso no lo explicaba todo.

Las cervezas llegaron y, al rato, empezaría a anochecer. Era un hecho que no estaba dispuesto a caminar por la dañada brecha hasta la avenida en medio de la oscuridad, por lo que sugerí que antes de que se fuera la sagrada luz del sol nosotros, o yo, debíamos rezar por un sueño. Le dije a María que tenía que conseguir algunas cosas para el altar: flores, una jarra con agua, algunos granos de maíz y dos tipos de velas. Le di dinero para las velas.

Cuando regresó, pedimos a Linda que entrara y empezamos a rezar. Rosa colocó varias brasas de la fogata en el incensario que sacó de abajo del altar y yo quemé algo de copal que había llevado. Luego encendí las velitas y la veladora murmurando:

*Nican in talocan*

Aquí en Talocan

*nicanin yohualichan*

aquí en la casa de las tinieblas

*nimechtatauhitia nen conetzin nen espiritu.*

te imploro me des a esta pequeña, su espíritu.

*Nican nimechaxcatili ica tantos oraciones*

Aquí elevo por ti estas plegarias

*nican nimechtemaktia nofuerza notonaL*

te dejo tener toda mi fuerza, mi alma.

¿ *Cani yetoc nejin ?*

¿Dónde está éste?

¿ *Cani ancpiaj toconetzin?*

¿Dónde tienen a nuestra pequeña?

Luego pedí a Linda que se parara junto al altar, donde le arrojé incienso y le di dos velitas, pidiéndole que saliera con ellas. Ambas se apagaron cuando llegó a la puerta. Le pedí que regresara y le di que era una buena señal: sería mantenida en la luz. Le pasé las velas

131

por los brazos y garganta y le dije que debía irse a la cama temprano después de tornar su infusión de epazote.

Dije a María cómo prepararla y que necesitaba una muestra de excremento para Luis. Esa noche, en mis sueños trataría de encontrar el alma perdida de la pequeña. Debía irme a ver en un día o dos. Raúl y Alejandro me acompañaron hasta el carro. Había mucho más que averiguar acerca de los García antes de poder curar realmente a su hija.

ERA BASTANTE TARDE cuando regresé a casa después de manejar en el denso tráfico de la noche. Ya estaba cerrada la caseta telefónica en Quetzalan. Ni siquiera podía dejar un mensaje para que Rubia se comunicara conmigo.

Llamé a Luis y lo encontré todavía en su consultorio. Estaba casi seguro de que la muchacha tenía parásitos y que, además, estaba anémica. También tenía síntomas de avitaminosis, pero nada de esto era la causa de lo descrito por sus padres. El pensaba que se trataba más bien de una enfermedad de tipo social.

"Efectivamente", asentí, además de platicarle lo que había visto en la casa de los García. Lo que había observado, aparte del hecho de que la joven no estaba comiendo ni durmiendo bien, empeoraba aún más su estado. Había visto a algunas personas morir por haber perdido su alma, le confesé a Luis. Era una enfermedad progresiva que se alimentaba sola y con el temor que le tenía la gente. Luis estuvo de acuerdo en que tal vez los problemas médicos de la joven no eran más graves que los de la mayoría de los niños que viven en las mismas condiciones, pero deseaba asegurarse de que no hubiera nada más que pudiera tratar. Me deseó suerte con sus otros problemas, lo cual agradecí.

Subí a mi estudio, encendí las velas, leí un poco y dije unas cuantas oraciones breves mientras pensaba en la muchacha.

Súbitamente, vi abierta la enorme boca de la cueva y me sentí impelido hacia ella, dando un enorme giro, dando vueltas, girando, Luego, estaba en un cafetal con rodetes perfectamente recortados

132

en torno a cada mata. Había gente vestida con ropa indígena pizcando café y platicando, pero no lograba entender lo que decían. Mientras recorría la plantación, cada vez eran menos las personas y podía escuchar el ruido de agua corriente. Frente a mí había un río caudaloso y lo crucé brincando sobre las escalonadas piedras. Al otro lado había un tlacuache hembra ataviado con una falda indígena y un gran mecapanal sobre la cabeza.

-¿Adónde vas? ¿Qué camino vas a tomar? -le pregunté.

-Por la colina, por la colina -me respondió con voz aguda. Entonces la seguí, con la sensación de que la barba y el vello de mi cuerpo crecían hasta convertirse en un abrigo gris de piel. Poco a poco mis uñas iban creciendo y me transformaba en un tlacuache. Me ponía en cuatro patas y caminaba por el suelo. Entonces trepábamos por los árboles y viajábamos cada vez más rápido.

Había casas y una calle, no muy diferente de aquella en la que yo vivía en la ciudad de México. El tlacuache con el que estaba había desaparecido. Bajé por la calle, olfateando el aire. Había mujeres, afuera, barriendo; Helga, nuestra vecina de Alemania, la señora Martínez, la que vivía más abajo y nuestra chismosa local, la señora Aceves. Ninguna de ellas me llamaba ni hablaba conmigo, pero yo les daba los buenos días a todas. Era como si no estuviera ahí. Me veían como tlacuache.

Cuando llegué al final de la calle entré en un largo patio con columnas, como el atrio del monasterio de Santo Domingo, en Oaxaca. Estaba lleno de monjas vestidas como pingüinos. Llevaban los viejos hábitos de Nuestra Señora con blancas tocas almidonadas y velos negros. Creo que reconocí a algunas de ellas como maestras de mi niñez.

Finalmente, una monja de apariencia particularmente estricta me gritó: "¡Ven acá!" Me sentí como un chiquillo que se vuelve a enfrentar a la autoridad. Estaba seguro que me encontraba en dificultades con la vieja monja. Su rostro cambiaba de manera constante. Veía a mis tías que habían sido monjas y a algunas de mis

133

maestras, a la madre superiora del convento en donde trabajé y a la hermana Dominica, a quien mi padre siempre le echaba el ojo.

"¡Ahora sígueme!", gruñó la enorme monja. Seguí sus pasos tratando de imitar su andar de pingüino, de un lado a otro. Como niños que trabajábamos en el Convento de Nuestra Señora, siempre nos burlábamos de la forma en que caminaban las monjas y pasábamos horas imitando todas las variaciones del peculiar modo de andar de los pingüinos. Incluso, como solemne cargador de la cruz en una procesión de doscientas monjas, podía hacer que mis compañeros acólitos se desternillaran de risa imitando las muchas variaciones de sus movimientos.

La enorme monja desapareció en las tinieblas. Hacía calor, la atmósfera estaba cargada de nubes blancas de vapor y había una mesa con mucha fruta, arroz y tortillas. En el centro había dos enormes langostas bailando, o tal vez peleando con sus grandes tenazas, mientras las miraba. Una era hembra y tenía largo cabello negro. Las tenazas se convirtieron en sables y las langostas hacían esgrima sobre un brillante y extenso terreno árido. Me había vuelto como una de ellas; era una de las langostas, que me defendía y arremetía hasta caer exhausta.

Volví a encontrarme en un mundo lleno de bruma y sentí que miles de manos me daban masaje por todo el cuerpo. De repente, todo estaba muy brillante y comencé a despertarme. Era de mañana, en mi estudio.

Después de que Marta llevó café, fui abajo y llamé a Quetzalan; dejé un mensaje para Rubia, diciendo que la llamaría por la tarde. Fui a la universidad y me la pasé pensando en Erlinda. Hablé de su situación con dos de mis colegas, pero ninguno de ellos tenía alguna sugerencia, salvo que tal vez ayudaría si le podía encontrar un trabajo a Raúl. Hice varias llamadas telefónicas, pero no hallé nada de inmediato.

Cuando regresé a casa esa tarde, lo primero que hice fue llamar a Rubia a la hora convenida. Escuchó mi sueño y pensaba que era bastante halagüeño.

134

-Bueno, era la Casa de las Mujeres. Debes saber eso. Es adonde van las almas de las mujeres en Talocan. Es donde pueden vivir y no trabajar. Ahí no se tiene que cocinar ni tejer. Tampoco barrer ni acarrear agua. Todas quieren quedarse ahí para siempre.

"Todas buscan la Casa de las Mujeres en Talocan. Las mujeres nunca se van de ella. Ahí están la Acihuat y la Ejecacihuat. Toda ayudan a cuidar a las mujeres y atrapan a los hombres infieles para comérselos. Es lo que comen todas esas mujeres", dijo, con una risa bastante macabra.

-Ahí debe haber algunas brujas poderosas -comenté.

-No -dijo Rubia-, ahí no hay brujas. En ese lugar no tiene brujas. Las brujas se hacen cosas malas y perversas unas a otras. Todas las mujeres del oeste viven juntas con las abuelas y parteras las mujeres que han muerto dando a luz y las mujeres que se ha caído o ahogado en la tierra. Tienen que vivir ahí juntas en paz. No hay brujas. Las mujeres ahí viven casi tan bien como los santos en la sagrada luz y ayudan a Nuestro Dios, el sol, cuando está exhausto al acabar el día.

"Si la pequeña se encuentra ahí, en la Casa de las Mujeres estará bien cuidada. Es posible que nunca se quiera ir de ahí y no podrás regresar su alma. Voy a hablar con sus abuelas aquí y ve lo que me dicen sobre los García. María, tú sabes, es una Sánchez. Su tío, para nosotros, era hermano del padre de don Pedro. Don Pedro debería ser quien ayudara a curar a esta palomita. "

-Entonces, ¿por qué no fueron con él? -pregunté a Rubia.

-Bueno, tú estás allá, en la ciudad, y él no, pero a lo mejor don Pedro quiere ayudar. Cuéntale a los García tu sueño y yo voy a hablar con las abuelas de la chiquilla. Diles a los de la caseta telefónica de aquí que mañana me vas a hablar a la misma hora.

"Cuando les platiques tu sueño, asegúrate de abrir bien los ojos y ver dónde pudo haber caído la muchacha. Tal vez sean sus primos, tíos o tías los que lo saben, pero no lo dicen. A lo mejor no saben que vieron salir el alma de esta joven. Pregúntaselos. Que te platicuen al respecto. Tú eres el que tiene que averiguar lo que le

sucedió al alma de esa pequeña y por qué sueñas con la Casa de las Mujeres.- Había mucha estática en la línea, pero escuchaba a Rubia sin mucha dificultad. Se escuchaba fuerte su voz.

-No creo que haya habido ahí una bruja -prosiguió-; de lo contrario, no habrías entrado en Talocan a través de la Boca de la Tierra en el Oriente. Hay lugares por donde entran los brujos, como la Cueva de Agua del Murciélago y la Cueva de Humo. Son sitios adonde van los brujos y si había uno ahí, habrías visto alguno de esos lugares. Eran los sitios adonde todos los brujos iban cuando hacían sus maldades aquí, en San Martín.

-¿Cuándo fue eso, doña Rubia? Esperaba obtener más información sobre la Guerra de los Brujos de la Sierra de Puebla.

-Fue hace mucho tiempo, cuando todos los brujos se mataban entre sí. El tío de María fue uno de ellos y acabaron con él, al igual que con el abuelo de la muchacha, pero, de cualquier modo, eran brujos.

-¿Quiénes eran los brujos?

-Bueno, todos eran brujos. No te preocupes por ellos o también te van a perjudicar. Ya te dije que en este caso no participó ningún brujo. Entonces, podemos hablar mañana, veré qué puedo hacer para ayudar a esta pobrecita. Ahora su alma está bajo tu cuidado -y después de decir eso, Rubia colgó el teléfono. Todavía no había aprendido mucho sobre las delicadezas de la etiqueta telefónica, como decir adiós.

La mañana siguiente, regresé a ver a los García y les pliqué mi sueño. No parecía ayudar en mucho, pero pasamos varias horas hablando al respecto. Comencé a entender mucho de lo que sucedía en su casa. Esta vez estaba lloviendo y muchos de los niños estaban dentro de la casa, escabulléndose entre los pies. Miguel, el albañil, hermano de Raúl, era el único que tenía empleo regular, por lo que no estaba. Obviamente, su hermana Julia, junto con la esposa de Alejandro, eran las que se encargaban de la casa. Eran sólo sus hijos los que ayudaban en la cocina y con los demás quehaceres. María y Raúl, recién llegados a esta bulliciosa casa, tenían poco que ha-

cer y, de hecho, estaban buscando un lugar nada más para ellos. Lo habían estado haciendo casi durante un año. A Erlinda la echaban de la cocina cada vez que entraba y su madre tampoco tenía un verdadero lugar ahí. Raúl casi siempre se ausentaba durante el día, se dedicaba a buscar trabajo como obrero.

Regresé a casa entre calles fangosas, burros y pensando sobre su situación durante el tráfico. No fue sino hasta entrada la tarde cuando llamé a Rubia.

Me estaba esperando. Comenzó platicando lo que se decía de los García. José, el hermano mayor, seguía viviendo en el pueblo y había obligado a sus hermanos y su hermana a irse tras la muerte de su padre. La madre de Raúl y la de María no sólo eran amigas, sino también primas, una relación demasiado cercana como para contraer matrimonio, comentó la anciana. José no ganaba mucho con el café corno para mantener muy bien a la familia, pero su madre, que aún vivía y se quedaba con ellos, nunca lo perdonó por haber echado primero a Alejandro, luego a Miguel y finalmente a Raúl y su esposa. Quizás no había sido José quien realmente los obligó a irse, sino la necesidad económica; sin embargo, era causa de constantes desavenencias.

Rubia también había hablado con don Pedro, que era el dueño de la tienda de abarrotes junto a su casa, para que ayudara a curar a la muchacha. Después de todo, era una especie de tío. Haría la curación en dos semanas en su casa y también se me pidió que llevara ese día a los García a la Sierra. Mientras tanto, me solicitó que siguiera buscando un sueño que ayudara. Yo sabía que los García necesitaban más ayuda que los sueños que les pudiera contar y pensé en tratar de conseguir a Raúl un trabajo como ayudante de conserje en la universidad. También Marta, nuestra sirvienta, estuvo de acuerdo en llevar a María cuando fuera a limpiar la casa de otros colegas y le enseñaría cómo encargarse de una ella misma. Erlinda las acompañaría, al igual que la hija de Marta, Aurora. Sería una ayuda gratuita para Marta y le di a María dinero suficiente para el transporte. Esperaba que Erlinda y Aurora se hicieran amigas.

La siguiente vez que fui a ver a los García estaban de visita Aurora y Marta. Las dos chiquillas se la pasaron jugando juntas casi todo el tiempo que estuve ahí. La pequeña Linda estaba mejor -Luis la estaba tratando contra la disentería, que había sido detectada en el coprocultivo contra la avitaminosis-, pero no estaba totalmente recuperada. Al parecer seguía siendo marginada en su propia casa. Era bastante extraño que estuviera jugando con Aurora, pero no con sus primos o con algún otro vecino.

ERA TARDE LA NOCHE de un viernes cuando finalmente tomamos la última curva peraltada en el trillado camino a San Martín. Linda estaba dormida. Ni el tambaleo ni el golpeteo de los últimos kilómetros del camino de terracería la habían despertado. Dejé a Raúl, María y Linda en la casa de José. La madre de Raúl estaba feliz de ver a su nieta y de inmediato ayudó a meter en la casa a la joven aún dormida. Raúl y José actuaron bastante formales, pero cordiales. María parecía fuera de lugar. Les dije que los vería por la mañana y regresé a Quetzalan entre la fría bruma.

A la mañana siguiente, volví a San Martín y fui por café con Rubia, quien me puso al tanto de todos los chismes que corrían en el pueblo. Luego fui a ver a don Pedro Sánchez, el tío de María.

Estaba atendiendo a un cliente en la tienda, pero de inmediato se volvió hacia mí y dijo: "Vaya, ya estás aquí. Tenemos trabajo que hacer para hallar el alma de esa pequeña. Tendrás que llevar varias cosas", y comenzó a mencionar una larga lista de ofrendas. Para don Pedro, era un negocio en el estricto sentido de la palabra. Le tenía que pagar, aunque se alejaba con mucho de lo acostumbrado en el pueblo y suponía que yo le pasaría la factura a los García.

-No tardo, voy por lo que necesitaremos -le dije. Se dio la vuelta y regresó con su cliente.

No me fue muy difícil encontrar las ofrendas y pronto regresé a la desierta tiendita de abarrotes de don Pedro. Levantó la cubierta del mostrador y me introdujo en la casa. Vendía grandes cantidades de aguardiente y a veces su local parecía más una cantina que

una tienda de abarrotes, con un grupo de borrachos habituales apoltronados en el mostrador. Había pocos productos en los anaqueles, pero siempre se veían barriles de refino. En realidad, gran parte del dinero lo ganaba comprando y vendiendo café. Su esposa salió al mostrador y Pedro me preguntó acerca de mis sueños, aunque Rubia ya se los había platicado y estuvo de acuerdo con el diagnóstico. Entonces comenzamos a arreglar las cosas en su altar.

Había docenas de viejas fotografías de sus antepasados, algunas de ellas en viejos marcos de madera oscura y otras simplemente apoyadas sobre los implementos del altar o adheridas al muro. Mientras trabajábamos, me comenzó a decir quién estaba en cada una de las amarillentas fotografías.

-Este es mi padre; también está en esta otra cuando terminaron la escuela -dijo, señalando una fotografía en grupo de fines de siglo en la que aparecían unos indígenas sombríos. Por alguna razón, los lugareños siempre preferían ponerse muy serios cuando les tomaban una fotografía.

-Ese es Martín Cruz; ahí está José Santos, Miguel Cruz y el chiquillo es el viejo Antonio Cruz. Vive abajo, más allá del pozo.

En ese momento no pude evitar preguntarle sobre la familia Cruz y, en particular, si había alguien como mi "amigo" en el mundo de los sueños. ¿Acaso había visto yo alguna fotografía en otra parte en la que apareciera alguien parecido a él? Ninguno de los Cruz en la fotografía de grupo que Pedro conservaba en el altar tenía bigote. En realidad, entre los indígenas es muy escaso el vello en la cara.

-¿Había alguno de ellos con cabello largo negro y un bigotito? -le pregunté.

-Bueno, déjame ver... Ninguno de los que conocía bien tenía bigote, pero había uno, era amigo de mi padre, que se llamaba Arcadio Cruz. Lo veía con frecuencia. Era un hombre muy bueno, pero tú sabes, los brujos lo mataron. Acabaron con él cuando yo era sólo un muchacho. A lo mejor tengo una fotografía suya aquí

-comentó, buscando en el baúl que estaba debajo de su altar un viejo álbum de recortes; señaló a todos sus amigos y familiares.

-¿Qué hay de los brujos? -pregunté-. ¿Realmente había muchos?

-Ya lo creo -y señaló una vieja fotografía en la que aparecían seis hombres y un caballo; siguió diciendo-: este es tío de Rubia. Era uno de los peores brujos. Este fue el que apagó muchas velas. La madre de Rubia, su hermana, también era una de ellos y la agarraron. Este es el viejo Inocente -dijo, señalando a un hombre muy joven y delgado de cabello negro azabache que detenía a un caballo-. Don Raúl, el tío de Rubia, le enseñó a matar. Era un pistolero del viejo don Antonio, en Ahueta, pero aprendió a matar sin utilizar una pistola. No podían colgarlo si no había utilizado una pistola. Si don Raúl no le hubiese enseñado a hacerlo, desde hace mucho que habría sido colgado de un árbol.

-Ah, ¿sí?

-Claro, ese viejo ha matado a más con sus oraciones que a los que ha llegado a aniquilar con un arma. Él y Raúl, el tío de Rubia, eran "hermanos", al igual que mi padre. El otro de la fotografía es mi tío José. Los brujos también acabaron con él.

-Ahora, en esta fotografía debe estar Arcadio Cruz -dijo, señalando otra fotografía amarillenta de grupo en la que aparecían algunos danzantes frente a la iglesia de Quetzalan. La iglesia estaba parcialmente terminada en ese entonces; debió ser tomada en la década de 1920 o 1930.

-Sí, justo ahí -señaló a un hombrecillo muy distinguido en la fila del frente con un bigotito-. Ahí tienes a Arcadio Cruz.

La vieja fotografía amarillenta era pequeña y borrosa, ¡pero se distinguía al hombrecillo que ví en mis sueños! "¿También él era brujo?", pregunté, bastante emocionado.

-Ya lo creo --respondió Pedro-. Casi todos lo eran. Tú sabes, en todos los animales hay algo bueno y algo malo que uno puede hacer. Cada uno de esos animales es un asesino y de seguro los brujos los usan para matar. Piden a los dioses de la Santísima

Tierra que les hagan justicia; luego se aseguran de que así sea. Efectivamente, ¡eso es lo que hacen! Así es como trabaja un brujo. No son los que matan en realidad, simplemente ayudan a los dioses para que vean que se haga justicia con sus víctimas.

"Cuando vivían esos brujos, todos ellos utilizaban a sus animales para matar", dijo en náhuatl, haciendo un juego de palabras con brujo, *nagualli*, y la forma posesiva del alma animal de alguien, *¡nagual*.

Pedro prosiguió con un relato breve de quién mató a quién en la Guerra de los Brujos de la Sierra de Puebla. Se puso a analizar quién era brujo y quién no. No le pregunté nada sobre Arcadio Cruz. Su relato de los brujos no coincidía en lo absoluto con lo que me habían dicho doña Rubia o don Inocente. Había más en esto de lo que me imaginé. Si don Pedro estaba en lo correcto, entonces la mitad del pueblo debía de haber tenido que ver con la brujería en aquel entonces. Según su relato, eran más de una docena las personas que habían sido muertas por las facciones opositoras de brujos. El conflicto verdadero, dijo, duró casi veinte años.

Mientras me decía eso, un viejo, quebradizo y amarillento recorte de periódico se desprendió del álbum y cayó al piso de tierra. En su encabezado se leía: -Crucifixión Moderna: Grupo de indígenas en San Martín crucifica a uno de los suyos". Lo levanté. No estaba fechado.

-La Secretaría de la Defensa envió a un destacamento de soldados para detener a los responsables de la crucifixión de un indígena de San Martín Zinacapan-, empezaba la nota breve, en español. El ejército había detenido a siete habitantes de la región y los había llevado a Zacatlán. Luego, fueron puestos a disposición de las autoridades del estado de Puebla, proseguía el artículo, en un tono típico de los periódicos amarillistas mexicanos, presentando una descripción detallada del hecho. Yo trataba de encontrar fechas y nombres. Finalmente al concluir el artículo encontré el nombre de la víctima. Era alguien de quien nunca había escuchado nada,

141

pero entre los detenidos estaba el padre de Pedro, el mayordomo del pueblo, y algunos de sus ayudantes.

-¿Qué es esto? -le pregunté a Pedro-. ¿Cuándo crucificaron a un brujo? Nunca antes nadie en el pueblo me había hablado de este hecho en todos los años que llevaba yendo a ese lugar. Me preguntaba por qué. ¿Acaso se había hecho un voto de silencio sobre este acontecimiento en particular? Un hecho así debía de haber marcado un hito en la historia del pueblo, con la presencia del ejército y la detención de algunos de los lugareños más destacados, pero nunca nadie me habló al respecto. No tenía ninguna lógica en un pueblo donde el chismorreó sobre los vecinos y todo lo que les ha acontecido en los últimos veinte años es una forma normal de entretenimiento.

-Ah, fue hace muchísimo tiempo, cuando se llevaron detenido a mi padre. Él no había sido el asesino, pero ellos aseguraban que sí. Fue a un amigo suyo al que colgaron enfrente de la iglesia. Creo que fueron los Cruz y los Sandoval los que lo mataron. Ellos fueron quienes lo amarraron, quienes lo clavaron y lo pusieron frente a la iglesia. Nadie se atrevió a acercarse sino hasta que había muerto. Finalmente, creo que alguien le deshizo la cabeza con una piedra. Él estuvo en la plaza durante un día o algo así, gritándole a todo el mundo que los iba a mandar a Talocan. "¡Déense por muertos! -, gritaba. Yo no salí, pero sí escuché los gritos. Era realmente aterrador, un verdadero "destructor de almas" al que tuvimos que escuchar todo el día hasta que -estiró la pata. ¡Fue verdaderamente terrible!

-Así fue como terminó la Guerra de los Brujos de la Sierra de Puebla. Al que le quitaron la vida era un brujo de verdad, un matón, un verdadero asesino. Entonces llegó el ejército y se llevaron a todos a la cárcel. La mayoría de las personas se fue hacia sus cafetales para evitar a los soldados. Se robaron todo lo que habíamos dejado. No quedó una sola gallina o cerdo en el pueblo. Creo que hasta a los perros se llevaron.

"Mi madre tenía que ir a Puebla a llevarle de comer a mi padre. Todos la acompañábamos y lo estuvimos esperando. Estuvo

142 LA GUERRA DE LOS BRUJOS DE LA SIERRA DE PUEBLA

en el calabozo durante mucho tiempo. Casi no lo reconocí cuando salió." Ahora sí tenía un garbanzo de a libra.

## Capítulo 9

### LA GUERRA DE LOS BRUJOS: LOS INICIOS

“¿Cómo empezaron  
todos estos asesinatos?”,

le pregunté a don Pedro, tratando de disimular mi ansiedad.  
Me senté en una desvencijada y vieja silla de madera

frente a su altar.  
Don Pedro jaló un banco.  
Parecía que quería hablar de aquellos tiempos.

144

-Bueno, yo no lo vi con mis propios ojos, pero sí te puedo decir lo que escuché cuando era muchacho. Esas cosas se dedicaron a matar a todo el mundo -dijo. Como sucede siempre con los indígenas, se refirió a los brujos en una forma impersonal y no habló de ellos como personas reales-. Ese amigo de mi padre, tu hombre del bigote, don Arcadio Cruz, fue el que me dijo cómo empezó todo aquello, él sabía cómo había comenzado. Me contó que ni siquiera empezó en San Martín, sino en la Finca El Rosal, la vieja plantación de café cercana a Quetzalan, antes de que yo naciera. Don Antonio Méndez Acero era el patrón.

"Combatió con los carrancistas en la Revolución y era una especie de general o coronel del ejército de Carranza cuando el presidente vino aquí. El viejo don Antonio fue realmente el que comenzó todo esto. Era el brujo más poderoso de todos. Fue a Veracruz, a Chiapas y luego a la ciudad de México.

El hombre al que se refería don Pedro era el padre de Antonio Acero, el cacique local, un encumbrado político que seguía viviendo en Ahueta y era dueño de la finca El Rosal, cercana a Quetzalan. El hijo era un conocido político y muchas veces había sido mayordomo de la cabecera municipal. Su padre controló durante muchos años la venta de café en la región, amasando una enorme fortuna. Sabía que el viejo don Antonio participó en la Revolución, pero nada más. Su hijo era temido en la región y regularmente se veía involucrado en despojos de tierras y fraudes electorales. Sus estrategias de hombre fuerte lo hacían parte importante de la maquinaria política del partido en el poder. Algunos gobernadores y hasta políticos nacionales estaban en deuda con el joven Antonio.

-El viejo don Antonio -prosiguió Pedro- regresó aquí y tomó la hacienda de Ahueta con su ejército. Aseguró que era para el presidente, pero no estoy muy seguro. Se volvió muy rico. Dicen que se hizo de mucho dinero con la *talocanca*, por el tesoro en la montaña, y que lo ascendieron al rango de general. Después de haber sido carrancista, se volvió villista y luego obregonista y su ejército echaba a todos de Ahueta.

145

Don Pedro parecía pensar que había algo sobrenatural acerca de la fortuna amasada por el viejo don Antonio, que había hecho una especie de trato con los dioses de la tierra, por eso mencionó la *talocanca*. Don Pedro suponía que cualquier hombre con ese tipo de poder conseguía su riqueza con ayuda del inframundo y que el viejo era un brujo, o por lo menos un brujo en potencia. Era una suposición común. Sin embargo, tal vez el viejo simplemente había sido un hábil jugador en la política opresiva de la Revolución Mexicana, que cambiaba lealtades y apretaba donde era necesario fortalecer sus intereses económicos a expensas de la población indígena local.

-El viejo tenía muchos hombres en la hacienda y todos eran verdaderos matones. Iban a las ciudades o pueblos y se llevaban lo que querían, todos los cerdos y pollos, así como a las hijas de los habitantes, si es que las llegaban a encontrar. Cuando hacían acto de presencia, todos se iban a sus cafetales o milpas y algunas de las mujeres se escondían en las cuevas y en el bosque. El ejército de don Antonio simplemente se llevaba lo que se le venía en gana y todos se lo debían dar; si no lo hacían, los mataban.

" ¡Pum! ¡Pas! ¡Muerto!-, exclamó Pedro, simulando con los dedos una pistola disparando al aire. Se le arrugó la frente y abrió mucho sus ojos. Sus labios se apretaron bajo su delgado bigote negro. Tal vez había huido muchas veces de esos hombres. Probablemente hablaba con conocimiento de causa. Pedro siguió diciendo:

-Bueno, don Arcadio me dijo cuando era joven que don Antonio un día mandó a los pueblos a todos sus hombres, a los más desalmados. Vinieron aquí a San Martín y dijeron a los hombres de este pueblo que don Antonio quería verlos. No sabían qué era lo que deseaba. Todos estaban verdaderamente aterrados. Casi todos los Cruz y Sandoval se fueron a la montaña. Vieron llegar a esos hombres. Era un grupo numeroso. El viejo mandó a sus tropas a atrapar a todos los hombres del pueblo, a los realmente importantes, los jefes y líderes familiares. Esos pistoleros, sus tropas, mataron a

146

quien ofreció resistencia. Todos fueron a la finca El Rosal a punta de pistola, bajo custodia. Don Arcadio, José Santos, don Raúl Sánchez, mi tío y también mi padre, todos fueron a aquel lugar. Eran de los pocos que no se habían ido del pueblo cuando llegaron esos asesinos.

Con excepción de Inocente y Arcadio, eran los hombres de la fotografía con el caballo que don Pedro me acababa de mostrar. Dicha fotografía fue tomada el 17 de enero de 1921 en El Rosal.

-Mi padre nunca me habló de esto porque le tenía miedo a don Antonio. Decía que ese hombre tenía un *tecuaní*, -un come-gente", como *nagual* y que éste almorzaba indígenas. Si nos portábamos mal cuando éramos chicos, nos decía que nos iba a mandar con don Antonio, en Ahueta, y que éste nos comería en el almuerzo; eso era lo que nos decía. En verdad le temía a don Antonio; no le caía bien, en lo absoluto. Tal vez esa era la razón por la que nunca nos hablaba mucho de él, pero don Arcadio sí lo hacía. Aseguraba que así era como habían empezado los brujos, como habían comenzado todos los asesinatos.

“Bueno, todos esos hombres fueron a El Rosal y pensaban que don Antonio los iba a encerrar, a colgar o hasta a comérselos, me dijo Arcadio. Se fueron del pueblo ya entrada la tarde y todos esos pistoleros, todos a caballo, los hicieron caminar siguiendo el trote de sus bestias. Todos pensaban que los iban a matar a balazos o que los iban a colgar.

"Pero cuando llegaron a la hacienda, una vez en los jardines, don Arcadio dijo que El Rosal era como un palacio. Los jardines estaban llenos de flores y eran más bellos que en Quetzalan. Había luminarias y velas por todas partes. Se percibía en el aire que estaban cocinando sabrosa comida y mole. Algunos de esos hombres estaban seguros de que se los iban a comer, pero otros hombres y los de don Antonio dijeron: 'Ah, no, don Antonio quiere ayudarles. Quiere cuidarlos. Ser su patrón'. También había otros hombres de San Andrés, San Miguel, Santiago y de los demás pueblos. Todos se estaban embriagando. Toda la tropa estaba ebria.

147

“Don Antonio tenía ahí toros de lidia y también gallos de pelea, decían. Sería una gran fiesta para todos. Los hombres de don Antonio llevaron a todos a una amplia habitación donde se pudieron quedar. Había mucho refino y mujeres con vestidos estampados que los atendían.

“Todas ellas, decía don Arcadio, estaban nada más para que las hicieran suyas los hombres. Los estaban esperando ahí, trabajaban para don Antonio. Nada más esperaban que los hombres se acercaran a ellas. Eran frutas buenas y maduras. Nada más esperaban ser tomadas y exprimidas para que empezaran a fluir sus jugos. Todos estaban ebrios. Era una verdadera fiesta. Todos los hombres, los de otros pueblos y aquellos que trabajaban para don Antonio, decían: 'Don Antonio tiene una fiesta; tiene una fiesta', pero no se podían marchar.

“Don Arcadio quería irse. No le gustaba para nada ese lugar. No le tenía mucha confianza a don Antonio. No confiaba absolutamente en él. Pero sus pistoleros le dijeron que se tenía que quedar. Don Antonio quería hablar con él al otro día. Los quería ver a todos al día siguiente. Y dispararían contra todo aquel que se tratara de ir, contra aquellos que no respetaran ni se honraran atender la invitación de don Antonio.

"Al día siguiente hubo corridas de toros y peleas de gallos y don Arcadio aseguró que en aquel lugar había más refino que agua. Luego hubo un fiestón, mucho mole, arroz, frijoles y tortillas para todos. Arcadio me dijo que don Antonio estaba en la casa grande y que a cada grupo de hombres lo llevaron a verlo.

"Los pistoleros se acercaron a cada uno de los grupos y dijeron a los hombres: '¡Don Antonio quiere verlos; quiere que vayan con él ahora!' Y los llevaban a la habitación donde estaba. Algunos de sus guardias tenían rifles y otras pistolas, todos estaban armados. Llevaron a los hombres a la habitación donde estaba sentado don Antonio, quien les preguntó: '¿Quiénes son éstos? ¿De dónde vienen?'

“ ‘Estos son los de San Martín’, dijo uno de sus hombres.

148

“A lo que don Antonio respondió: 'Diles que los voy a hacer ricos y que les tengo muchas cosas. Diles también que pueden tomar lo que quieran de mi gran tienda aquí', y uno de sus hombres, que tenía un librote, les dijo todo eso.

“Diles que hay mucha comida y bastante refino para ellos. Diles que pueden tomar lo que quieran de mi tienda. Diles que me pagarán con su café, que cuando lo cosechen me lo traerán todo a Ahueta. Quiero todo su café y que no se lo venderán a nadie más o que se quedarán sin café', aseguró, y el hombre del librote se lo dijo. Preguntó su nombre a cada uno y la cantidad de café que podían llevar, afirmó don Arcadio.

"Llevaron a todos a la tienda de don Antonio y les dieron paca de ropa, herramientas, machetes y utensilios de cocina. Todo tomaron lo que necesitaban y luego los volvieron a llevar con don Antonio. Un hombre leyó al del librote una lista de lo que habían tomado.

“Diles',le dijo don Antonio al hombre de la lista, 'díles que también les daré frijoles y maíz y arroz por su café. Diles que tienen que sembrar más café. Diles que no necesitan sembrar maíz, que no necesitan maizales.

"Don Arcadio dijo que eso no le gustaba nada, que no había tomado nada de la tienda de don Antonio.

“¿Qué vamos a comer o de qué vamos a vivir?', preguntó, Arcadio a los demás. 'El maíz es nuestra vida y nuestra sangre. Si no tenemos nuestras milpas, ¿qué vamos a comer? ¿Qué va a pasar si don Antonio no trae maíz, de qué vamos a vivir?'

“Don Antonio no lo escuchó, o si no, lo habría degollado en ese mismo momento.

“Ah, no se preocupen, don Antonio es un buen patrón', dijeron todos los demás. 'El se va a hacer cargo de nosotros. Nos va a pagar bien por todo el café que le traigamos. Es un hombre rico y nos va a dar lo que necesitamos por el café.'

“Mi padre y mis tíos dijeron eso, según Arcadio. Todos pensaban que don Antonio procesaría su café, les daría maíz y vendería

149

su café por ellos. Les había dicho que fueran a su tienda, que tomaran lo que quisieran y lo que necesitaran. Les había dicho que mientras estuvieran ahí, podrían comer lo que quisieran y que había aguardiente para todos, suficiente para embriagar a todo Quetzalan. Hubo corridas de toros y peleas de gallos y todo era para ellos, dijeron los hombres.

“Don Antonio es un patrón, nuestro Talocan *tatatzin*, nuestro padre la tierra y un Dios de la tierra', aseguraron. Pero no era eso en absoluto. Nada de eso era realmente para ellos, me dijo Arcadio. Don Antonio era un brujo de antología.

"Los hombres de don Antonio anotaron todo lo que había sido tomado. Lo escribieron en un librote que tenían ahí, llevaban la cuenta de todo, y cuando los hombres se fueron a su casa después de haber estado tres días en la Finca El Rosal, les dijeron que le debían a don Antonio tal y tal cantidad de café. Tenían que entregar su café a don Antonio.

"Don Antonio sólo quería cada vez más café. Si no obtenía suficiente de la gente de los pueblos, lo robaba a quien anduviera por el camino a Ahueta. Simplemente robaba el café de aquellos que trataran de sacarlo de la región; así era como lo controlaba todo.

“Mi padre, don Raúl, don José y los demás tenían casi todas sus parcelas sembradas con café y la familia de Arcadio cosechaba maíz en las mesetas río abajo. La gente les cambiaba café por maíz a los Cruz. Ellos no tenían mucho café, pero sí las mejores tierras de la zona. Habían cosechado maíz desde la época anterior a ésta, desde el tiempo de los cuentos de Juan Oso.”

Juan Oso era un personaje de la cultura popular que se había convertido en un héroe local del pasado mítico. Muchos de los cuentos de este hombre son curiosamente parecidos a los de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada de la mitología tolteca y héroe popular de los aztecas.

Pedro prosiguió con su relato.

-Don Arcadio dijo que él no tomó nada de la tienda de don Antonio. Se cuidó mucho de no deberle nada a ese hombre. Dijo

150

que fue el único que se fue sin deberle nada. Los hombres de don Antonio no dejaban de decir: 'Torna esto. Llévate aquello, nada más llévate y luego nos podrás dar a cambio tu café-', pero don Arcadio dijo que él no tenía café.

“-Bueno, ¡siémbrale!”, dijeron todos, tanto los hombres de don Antonio, como los del pueblo. 'No seas tonto, toma estas cosas y luego le pagarás a don Antonio con café.' Era mejor que don Antonio les diera esas cosas a que sus hombres hurtaran el café, porque era lo que hacían en aquel entonces.

“Todos los demás hombres regresaron de El Rosal con muchas cosas. Estaban endeudados con don Antonio y le llevaron todo el café que pudieron, pero nunca le pareció suficiente. Siempre le debían más café del que tenían y comenzaron a decirles a don Arcadio y a los Cruz y Sandoval: 'Déjennos usar algunas de sus tierras. Déjennos sembrar en algunas de sus tierras en barbecho', pero no se los permitieron. Una vez que son sembrados el café y los árboles de sombra, es imposible cosechar maíz, por lo menos de buena calidad.

“Fue cuando los brujos empezaron a hacer atrocidades en San Martín, me dijo Arcadio. Don Antonio envió a los brujos para cerciorarse de que hubiera suficiente café y de que todos lo estuvieran sembrando para él. Creo que la primera víctima de los brujos fue la tía de don Arcadio, doña Antonia Cruz.

"Había muchas envidias y celos aquí en San Martín cuando regresaron todos esos hombres de El Rosal, dijo Arcadio. Aquellos que habían tornado muchas cosas querían más tierra para sembrar café y conseguir más objetos de don Antonio, por lo que pidieron a la gente mayor del pueblo que se las concedieran.

“Don Arcadio pensaba que mi padre y mis tíos -todos ellos de apellido Sánchez- habían hecho un pacto con don Antonio y los brujos, pero dudo que haya sido así. Mi padre temía mucho a don Antonio y a sus *naguales*.

“Nadie quería a los Cruz. No permitirían que se sembrara café en sus tierras. Es lo que les gusta a los brujos, las tensiones y

151

la discordia. Todos decían que los Cruz y los Sandoval eran injustos.

“Cuando nadie quiere a alguien y hay mucha envidia, los dioses pueden ser engañados, pueden ayudar a un hombre que busca algo injusto.”

-Cuando el brujo expone su caso a los dioses en su altar, “pone de cabeza las velas” y sueña. Pide a los Señores que tomen el *tonal* de su víctima. Por eso, si ayudarnos a los dioses con algo "un tanto malo", algo salvaje, éstos no se oponen. Si eso que es un poco malo es para un injusto o para alguien que no lleva una vida buena, simplemente se traducirá en más comida para ellos en la tierra. A los dioses les agrada hacerlo porque esto representa su comida, su sustento.

"Pero si el brujo los ha engañado, el embrujado buscará después hacerse justicia por su propia mano. Los dioses esperarán hasta que lleguen los brujos y luego harán un gran juicio en el inframundo. El perdedor irá a los fuegos del sur para siempre.-

Pedro me miró a los ojos para ver si estaba entendiendo. Asentí con la cabeza.

-Todos conocemos las atrocidades que los dioses pueden ayudar a realizar a nuestro "otro yo", nuestro animal o *nagual*, pero si piensan que no es justicia lo que estamos buscando, entonces no sucederá nada. Nosotros mismos corremos el riesgo de quedar atrapados en el mundo de los sueños. Muchas veces esas cosas no funcionarán y el brujo puede perder la vida. Muchos han muerto de esa manera.

"Fue don Antonio el que empezó a pagar a los brujos para que hicieran atrocidades, para que la 'sombra de la muerte' y el mal se posaran sobre los Cruz. La tía de Arcadio, la primera víctima, era viuda y tenía grandes extensiones de tierra que no permitía que nadie utilizara. Luego se posó sobre ella el 'humo de la muerte'. Tú sabes, el humo que se desprende de esas hojas que conocemos como las hojas de víbora."

Don Pedro se refería a lo que en realidad era el equivalente

152

indígena de la guerra con gases. Esas hojas se queman frente a la casa de alguien y el humo es mortal.

-Don Antonio quería que se sembrara café en todas las tierras y la tía de don Arcadio no los dejaría hacerlo. No tenía hijos y varios de sus sobrinos sembraban una o dos milpas para ella. Era todo lo que quería para vivir. No necesitaba sembrar el resto de sus tierras, pero nunca los dejaría plantar café. Era una mujer injusta. Don Antonio lo sabía y pagó a un brujo para que acabara con ella. Quería que se sembrara café en todas las parcelas y ahora así se hace. Antonio Cruz y Martín Sandoval todavía tienen algunas milpas, pero casi todo son cafetales.

"Arcadio pensaba que había sido don Antonio quien empezó con todas las atrocidades que habían sucedido, pero yo creo que sólo pagó a los brujos para que las cometieran. Es lo que escuché. Mi padre decía que don Antonio decidió con ellos que los Cruz no estaban siendo justos y creo que le dio algo de dinero a un brujo para que hiciera que les sucediera algo malo. Efectivamente, no era brujo, sino que recurría a los servicios de los brujos. Alguien debió haberlo embrujado, a él, pero nadie lo hizo. Era demasiado poderoso. Así es, eso es lo que hizo don Antonio. Tal vez era el mejor brujo de todos, el más peligroso.

"Entonces, esos brujos eran poderosos. Podían matar a un hombre con la simple mirada. Podían darle un 'abrazo de murciélago' o una 'patada de conejo'. ¡Zas! Se les apagaban las luces; se extinguía su vela. Podían rodear con los brazos a un hombre, usar el 'abrazo de un murciélago', dijo Pedro, mostrando cómo tomar a alguien a la altura del cuello por la nuca con ambos brazos, como me había enseñado una vez Inocente. "Entonces, luego los jalan así", agregó enseñando cómo girar los brazos. "¡Cuas! Hay dos o tres convulsiones en el piso y las luces se apagan", concluyó Pedro, volviéndome a enseñar la muy eficaz técnica para romperle el cuello a alguien y luego presenciar su muerte.

-Algunos de los brujos hasta les daban la "patada de mula" a sus víctimas. Cortaban los cascos a una mula muerta con todo y

153

herraduras, le pegaban a alguien con ellas y luego lo cortaban en pedacitos, lo molían a golpes, para luego tirarlo a la barranca. Cuando encontraban el cuerpo de la víctima, pensaban que había sido ultimado por un caballo, pero todos eran conscientes de que en realidad era la obra de un brujo.

"Mi padre decía que también usaban 'tripa de perro', sólo un pedazo tratado de tripa de perro disimulado en un taco o un tamal y a la víctima se le saldrían todas las tripas. Morían en uno o dos días, si lograban vivir ese tiempo. Esos brujos sabían lo que hacían. Yo aprendí algunos de sus trucos, pero no muchos. Supongo que tú también, después de todo ese tiempo que pasaste con Rubia y con el viejo Inocente, ¿no es cierto?-, preguntó Pedro sutilmente.

-Sí, unos cuantos -respondí, sin la intención de que don Pedro se enterara de mis conocimientos sobre brujos y brujería-. También son trucos de auténticos matones -agregó riendo un poco.

-Ya lo creo -asintió y comenzamos a arreglar el altar para la curación que estábamos a punto de llevar a cabo. Los García no tardarían en llegar, suponía, pues ya era media tarde. Amalia, la mujer de Pedro, nos llevó algo de comer y nos advirtió que no tornáramos demasiadas copitas en la curación; de lo contrario, también nosotros tendríamos que "curárnosla" cuando termináramos. El *refino* de don Pedro era un aguardiente especialmente terrible que conseguía de la hacienda en Ahueta y yo sabía muy bien que provocaba una resaca monumental.

Raúl y María llegaron con Linda y toda la familia: José, su esposa y sus tres hijos, al igual que su madre. La madre de María, la prima de don Pedro, Lilia Sánchez y sus dos hijas, la hermana de María y su media hermana, también fueron a la curación.

Linda y sus dos abuelas eran inseparables. Era evidente que la vieja María García y Lilia Sánchez eran amigas íntimas y ambas idolatraban a la pequeña Linda. Mientras don Pedro y yo terminábamos de arreglar el altar con las ofrendas adicionales que llevaron

154

los García y los Sánchez, las dos ancianas explicaban con paciencia a Linda exactamente el significado de lo que había en el altar.

Una vez que las ofrendas de comida, agua y flores estaban colocadas propiamente, don Pedro y yo comenzamos nuestras plegarias. Yo prendí el incienso y luego las velas. El empezó a rezar primero y yo lo seguí, encendiendo más velas y tirando algunos conos de copal en el incensario.

Luego pedimos a Linda que se parara frente al altar, sobre el cual colocarnos las fotografías de sus antepasados que le pedimos que llevara. Sus dos abuelas se aproximaron al altar para ayudarle a la pequeña a que nos dijera quién era cada uno de los que aparecían en la fotografía.

-Este es mi abuelo, Miguel García -nos dijo la pequeña a don Pedro y a mí-, con mi abuela, María -siguió mirando a su abuela. Y aquí está su padre en Quetzalan -añadió, señalando otra fotografía que se había tornado amarillenta con el paso del tiempo-. Su padre se llamaba... ¿cómo se llamaba, abuelita? -le preguntó a doña María.

-José -respondió la anciana.

Linda siguió explicando quién era cada una de las personas fotografiadas y, con algo de ayuda, qué parentesco tenían con ella.

-Muy bien, mi pequeña, ahora están aquí contigo muchos de tus antepasados. Aunque posiblemente estén descansando en la Santísima Tierra -dije, golpeando con el pie el suelo-, les vamos a pedir que nos ayuden, que nos digan dónde descansa tu *tonal*, que nos ayuden a devolvértelo y a tu integridad.

Dimos a Linda un poco de copal y le pedimos que lo pusiera en el incensario. Luego esparció humo por todo su cuerpo y dejé que volviera a sentarse con sus abuelas, que chismorreaban en la esquina de la habitación. Corno era costumbre en los rituales nahuas, todos hablaban al mismo tiempo y prestaban poca atención a la verdadera ceremonia que se estaba llevando a cabo.

Mientras tanto, don Pedro y yo rezábamos en voz baja para que todos sus antepasados nos ayudaran a buscar el alma perdida de la

155

pequeña Linda. Luego, don Pedro rezó a los patronos de nuestra tradición curativa, que separaban la tierra del ciclo en los confines del universo. Rezó a san Juan Lucero de la Mañana; san Juan Crecencia de Dios; san Miguel Salvador del Mundo; Santiago de las Estrellas, y a otros que poco tenían que ver con la liturgia, pero mucho con la Santísima Tierra. Después, don Pedro empezó a rezarle a don Juan Manuel Martín, don Miguel Martín Francisco, Manuel Martín Francisco, Juan Ocelotl y Juan Antonio Abad, nuestros predecesores, que habían sido verdaderos patronos de la tradición. Cuando terminamos, pensaba que era una maravillosa oración. Decidí que la iba a usar en el futuro.

Luego rociamos a todos con agua que había en una jarra colocada sobre el altar y pusimos más copal en el incensario. La oscura habitación sin ventanas estaba llena de humo y de voces agradables mientras tornábamos el aguardiente del altar y lo pasábamos de mano en mano. Era el *refino* más fuerte de don Pedro, casi alcohol puro.

Doña Amalia, la mujer de don Pedro, llevaba unos vasos diminutos, y rápido recuperó la botella. Ella y María los llenaron y comenzaron a ofrecerlos a todos los presentes. Esas probaditas de *refino* eran de hecho más peligrosas que tomar a pico de botella. Bebiendo de esta última forma, uno podía tomar tanto como quisiera, lo cual era muy recomendable cuando todo parecía indicar que los tragos iban a ser continuos. Pero con los vasos, había que beber todo el contenido y dejar solamente unas gotas para derramarlas en el suelo, para que también bebiera la Santísima Tierra.

Pronto nos terminamos la primera botella y cuando José sacó otra, también nos la acabamos; cuando habíamos terminado de decir nuestras oraciones, todos estaban ebrios.

Una vez terminados los rezos, Pedro volvió a pedir a la abuela de Linda, doña María, que llevara de nuevo a la muchacha al altar y le dijo que se recostara sobre un petate que había colocado ahí. Luego le pasó un blanquillo por el cuerpo. Normalmente eso no se hacía durante una curación tradicional, pero había visto a Rubia

156

usar ese truco con gente no indígena. Pedro presionaba fuertemente con el blanquillo, haciendo que la muchacha se retorciera y contrajera. Finalmente, tomó el huevo, lo rompió en un plato y lo llevo al altar. Tenía una piedra adentro, la cual, dijo a Linda, fue dejada en lugar de su *tonal* cuando la muchacha cayó sobre una roca en alguna parte. (Este truco se realiza colocando cuerpos extraños en los oviductos de la gallina y dejando que se forme el huevo alrededor de ellos. Es un truco especialmente impresionante y puede, al menos de manera metafórica, ayudar a los clientes a darse cuenta de que algo les ha sido extraído y que están listos para recibir su alma perdida.)

Linda se incorporó y fue a escuchar a sus abuelas. Don Pedro tomó del altar cigarrillos y habanos hechos a mano, dejando nada más cinco de cada especie, y comenzó a pasarlos. María y su suegra tomaron las tortillas y la cazuela de frijoles del altar y empezaron a servir platitos para todos, añadiéndoles una porción de sabroso guisado que habían llevado consigo. Era la primera vez que veía a la pequeña Linda comer con gusto. Su abuela paterna iba de un lugar a otro diciendo a los presentes que Linda había preparado el guisado y que un día sería una buena cocinera para alguien. María y su madre se sentaron a hablar con Linda, disfrutando su cena.

Me daba cuenta de que la joven empezaba a curarse. Sus abuelas le habían dado un lugar en la casa y le enseñaron cosas que necesitaba saber. Si sólo hubiera una forma de que sucediera lo mismo en la ciudad de México, la jovencita realmente recuperaría su *tonal* perdido. Si Raúl pudiera conservar el trabajo que consiguió en la universidad y María seguía haciendo limpiezas con Marta, una de las abuelas se volvería imprescindible en la casa de los García en la ciudad de México, especialmente ahora que podrían tener una vivienda decente. Eso ayudaría a todos a solucionar muchos problemas, pensaba, y es lo que finalmente sucedió en la familia García. La madre de Raúl se mudó a la ciudad de México algunos meses después, para satisfacción de Linda.

El sol se había ocultado hacía mucho tiempo y le dije a Pedro

151

que buscaría otro sueño esa noche. Era bastante tarde y todavía quedaba demasiado aguardiente corno para estar despierto mucho tiempo, si es que no quería pasar ahí la noche. Me despedí de Linda y de sus padres y les dije que iba a soñar para su pequeña.

Don Pedro salió de la choza conmigo. El firmamento estaba estrellado y ya habían empezado a escucharse los ruidos de la noche.

-Es hora de buscar un sueño; es lo que debes hacer -dijo-. Esta chiquita casi recupera su alma. Si nada más pudieras descubrir dónde está, entonces podríamos mandar a la familia a que hiciera ofrendas y la recuperara. Yo también tengo sueño y voy a ver si es que puedo encontrar el *tonal* de la pequeña en mis sueños, pero tú has trabajado más que yo por ella y podrás encontrarlo ahora. Acuérdate de la piedra en el huevo. Creo que es ahí donde se debe buscar. A lo mejor los "corazones de la loma" tienen su *tonal*.

Los "corazones de la loma" son los que buscan como nosotros, pero vienen de la cueva. Son el "corazón" de la montaña y su propio "corazón" es de piedras chiquitas, negras y brillantes.

Pagué a don Pedro los cincuenta pesos que habíamos convenido. Era una suma excesiva por recibir ayuda en una curación, pero para mí bien valía la pena. Estaba bastante satisfecho con todo lo que me dijo acerca de la Guerra de los Brujos de la Sierra de Puebla y, como Pedro había escuchado que Raúl trabajaba por la espléndida suma de mil doscientos pesos mensuales, era seguro que pensaba que yo se lo cobraría. Era una pequeña inversión en la salud de su hija y, de acuerdo con las condiciones del pueblo, Raúl era un hombre rico.

Los hombres de la familia García salieron de la casa en ese momento, tal vez para despejarse un poco, y me volví a despedir (le ellos. Al subirme al coche para ir a Quetzalan,

pensaba fundamentalmente sobre la posibilidad de tratar de encontrar un sentido en lo que escuché acerca de la Guerra de los Brujos de la Sierra de Puebla. Había muchas cosas de las que no me hablaron ni Rubia

158

ni inocente. ¿Cuál había sido su participación en todo esto y más sabían que no me platicaron? Era un asunto delicado.

A LA MAÑANA SIGUIENTE tuve que ir a San Martín a recoger a los García antes de regresar a la ciudad de México y, desde luego también quería hablar con Rubia. Antes de irme de Quetzalan, detuve a comprarle varios de los rollos de pan dulce que eran sus favoritos y esta vez, en lugar de volver en el carro por el camino terracería, preferí ir a pie. El viejo camino empedrado cruzaba la selva los cafetales hacia San Martín. La mañana estaba clara y brillante y que las nubes se posaban sobre las colinas más allá del cementerio, donde sabía que descansaban los restos de mi "amigo" Arcadio.

Esa mañana decidí preguntarle a Rubia acerca de la Guerra de los Brujos de la Sierra de Puebla. Todo comenzó bastante amable con café y mis rollos de pan de dulce. Rubia quería saber cómo resultó la curación. Seguía sin saber por qué no me había acompañado a la casa de don Pedro, a pesar de que su casa estaba a un cuantos cientos de metros de la suya. Siempre había ido conmigo hacer curaciones. Yo sabía que nunca se llevó bien con don Pedro pero no estaba seguro de las razones. Su primer marido era de la familia Sánchez, como Pedro, pero después se casó con un profesor loco de escuela quien la dejó con cinco hijos en los albores de la Guerra de los Brujos de la Sierra de Puebla.

Le platiqué sobre la curación y el sueño de la noche anterior el cual no había sido nada espectacular. Me dijo que debía ir a hablar con los García. Aunque no era importante, por lo menos se enterarían de que estaba trabajando en el problema de su hija. Rubia estaba bastante satisfecha de que las dos abuelas hubieran ayudado a Linda a recordar a sus antepasados.

-Esos son los que tal vez te ayuden a encontrar el tonal de la pequeña, más que don Pedro y todas sus plegarias -me aconsejó-. Con unas cuantas cosas, unas pocas ofrendas para nuestra madre, nuestro padre, la Santísima Tierra, las abuelas habrían sido capaces de liberar el alma de la chiquilla.

159

“Diles a Raúl y María, antes de que se vayan, que las abuelas tienen que llevar a Linda al pozo, allá, y dejar algunas cosas para todas las mujeres anteriores del Oeste, la Dama de las Aguas y las Madres de los Manantiales, ahí.”

-Por supuesto -comenté-, es justo para lo que nuestra palomita necesita a sus abuelas -empezaba a percatarme de la sabiduría encerrada en la estrategia de Rubia. Las abuelas eran más parte de una solución que los templos de las montañas de los “corazones de las lomas” donde Pedro había sugerido que colocaran algunas ofrendas.

-Ahora, ¿qué más escuchaste en la casa de don Pedro, anoche antes de que todos se embrigaran? -me preguntó.

-Bueno, me habló sobre los Cruz y me mostró algunas fotografías. ¿Llegó usted a conocer a uno de ellos llamado Arcadio Cruz?

La resplandeciente sonrisa en su ajado rostro se transformó en un gesto gélido.

-Ya te lo imaginabas, ¿no es cierto?

-Sí. Era Arcadio Cruz al que vi en la fotografía.

-Sabía que descubrirías quién era. Después de cincuenta años, don Arcadio es el único hombre suficientemente fuerte como para seguir ahí, esperando a que los dioses atrapen al brujo que lo mató. Después de todos esos años sigue buscando que se haga justicia. Simplemente no se irá como un buen tonal. ¿Qué más te dijo Pedro? preguntó en tono grave.

-Me mostró una fotografía del tío de usted con Inocente y otros en El Rosal; además, me platicó acerca del viejo don Antonio, de Ahueta. Me comentó que ese hombre había estado atrás de todo eso, pagando a los brujos para que hicieran sus atrocidades, y sobre la forma en que comenzaron las muertes. Me dijo que doña Antonia Cruz había sido la primera víctima.

-Bueno, no fue del todo así -dijo categórica-. Solía escuchar mucho a don Arcadio, quien le platicó a todos al respecto. Seguramente su padre no le habría dicho eso.

160

-¿Qué hay de la crucifixión? -pregunté- ¿Qué sucedió ahí? Si estaba desconcertada, no lo mostraba.

-Bueno, eso vas a tener que averiguarlo tú. Muy bien, ellos lo hicieron. Fueron ellos los que colgaron allá al viejo Martín Santos -dijo, señalando el patio de la iglesia-. Eso detuvo a esas cosas, a esos brujos, pero yo no estuve ahí, si no, también habría acabado conmigo. No sé mucho al respecto.

Por fin, la vieja hechicera se decidió del todo.

-Cuando comenzó todo aquello, cuando los brujos realmente empezaron, no había nada de maíz. No había vida en el pueblo. Los hijos de mi tío y mi padre, mis hermanos y hermanas menores, estaban muriendo de hambre. Don Antonio les ofreció maíz por café. Los Cruz no nos darían nada de maíz a cambio de nuestros granos de café. No los querían. Ni siquiera estaban dispuestos a compartir con nosotros su maíz. Antes de doña Antonia Cruz hubo otros muertos, muchos muertos. Era una mujer tacaña con grandes extensiones de tierra que no utilizaba. No había maíz y la gente, los chiquillos, los niños se estaban muriendo. Nuestra madre, nuestro padre, la Tierra, no nos dio suficiente para nuestro sustento. Se dio poco maíz en nuestros cafetales.

"Había un brujo, cierto, pero no era el viejo don Antonio. Estaba con los Cruz. Había gente que se estaba muriendo antes que don Antonio empezara a dar a las personas maíz por su café. Don Antonio era un hombre grande, un patrón, pero no un brujo. No seguía el 'buen camino' y no era un brujo. Tal vez habría si mejor si alguien le hubiese enseñado el buen camino, ya que era buen patrón. Nos daba maíz -les dio maíz a mi padre y a mi tío que significaba nuestro sustento. No fue don Antonio el que comenzó la matanza; fue uno de los de allá abajo, uno de los Cruz o los Sandoval. Permanecían en sus milpas y no dejaban que nadie más tomara nada de su maíz. No cambiaban su maíz por café había gente en el pueblo que sufría.

"Mi madre y su madre aprendieron las costumbres de los totonacas que vinieron a nuestra casa hace muchísimo tiempo, ant-

161

de la Revolución. Aprendieron que nuestro padre -nuestra madre- en la tierra, era justo. Aprendieron a pedir justicia. También sabían cómo tratar a un brujo injusto. Otros en el pueblo no seguían la senda y también se dedicaban a la brujería. Pero mi madre y su madre sabían tratar con ellos.

"Bueno, la anciana Antonia, resultó muerta, pero no fue un brujo el que le quitó la vida. Los dioses se la llevaron. Era una mujer injusta. No le dio a nadie su parcela, el sustento que necesitaban aquí en la tierra. Fue entonces cuando comenzaron las muertes. Pedro tenía razón, pero los brujos estaban allá con los Cruz y fueron ellos quienes mandaron el 'humo', 'la sombra de la muerte' y muchas otras cosas terribles tras nosotros.

-Antes de regresar a la ciudad de México, pregúntale a Pedro sobre los Cruz y lo que hicieron aquí en San Martín. También acabaron con su suegra y sus tías. Arcadio era uno de los buenos. Estaba casado con una de sus tías, pero también lo mataron. A lo mejor Pedro sabe algo de lo que le pasó a Arcadio.

La vieja hechicera me advirtió:

-No le digas a Inocente nada sobre Arcadio Cruz, ahora que ya lo sabes. El viejo todavía puede ser bastante peligroso. Inocente siempre decía que Arcadio Cruz era brujo y si se entera de que lo andas buscando en Talocan, es posible que piense que tú también lo eres. Tal vez andas allá para hacerle daño al viejo, es lo que pensará y entonces va a tratar de acabar primero contigo. Mi compadre es un amigo muy peligroso.

"Debes ir allá y ver a don Pedro ahora, pero ten cuidado con lo que digas y no le creas todo lo que te cuente. Hay mucho que desconoce sobre este asunto y también acerca de la senda que debería saber. Recuerda, vino de Puebla, no de San Martín.

"Primero encárgate del problema de los García y luego pregúntale a Pedro sobre esas cosas " finalizó.

## Capítulo 10

### CRUZ

Mientras caminaba hacia la casa de don Pedro,  
pensé que finalmente estaba llegando a alguna parte,  
pero, ¿a dónde?

Me daba cuenta de que no había fronteras  
entre la brujería, la curación y las relaciones sociales  
y que parecía no haber un camino definido hacia "la verdad",  
que no había una sola realidad.

164

Al parecer todos tenían su propia idea de lo acontecido en las décadas de los veinte y los treinta. Cada habitante tenía su propia historia y muchas veces tenían poca relación unas con otras. Me intrigaba y gratificaba el deseo de don Pedro de hablar sobre los brujos, pero desconocía los motivos que lo movían a hacerlo, aparte de su interés por limpiar el nombre de su padre. Ya casi habían pasado diez años desde la primera vez que visité el pueblo, pero apenas empezaba a percatarme de las fuerzas que lo conformaban.

Don Pedro estaba parado detrás del mostrador de su tienda de abarrotes cuando entré en ella. Ni siquiera daban las diez de la mañana pero ya había un par de borrachos afuera que, a juzgar por su apariencia, tal vez habían estado bebiendo el refino de don Pedro desde el amanecer.

-La luz está sobre nosotros, buenos días -dije al entrar.

-Buenos días -contestó don Pedro-. ¿Viste claramente n la oscuridad? -preguntó, refiriéndose a si había soñado adónde estaba el alma de Linda.

-No, no vi mucho por la noche -le dije-. Caminé por un extenso río hasta llegar a un estanque. Había peces y luego nadé, hasta un jardín con muchas flores. Regresé al estanque con los peces y nadé hacia el río hasta encontrar una casa. Me quedé en ella y luego salí nadando del inframundo en la Gran Boca de Agua y desperté. Fue todo lo que vi. ¿Acaso vio usted ahí cosas que fueran claras?

-Bueno, no -respondió-, pero yo también estuve en el agua, en un enorme estanque. A lo mejor es donde está el alma de la chiquilla y no con los "corazones de la loma". Caminé por una larga senda y llegué a un gran estanque. Tenía mucho calor, por lo que me sumergí y me quedé ahí. Había peces, pero no casas ni pueblos. Salí por las cascadas de Ahuetzic.

-Entonces, tal vez la pequeña perdió su tonal en las aguas -dije, recordando la solución que había dado Rubia al problema-. A lo mejor deberíamos pedirles que pusieran flores y velas en el agua para "los del agua", para que regrese el alma de la chiquilla.

165

-Bueno, no los puede lastimar. Raúl y María podrían llevarla al estanque en Ahuetzic con algunas ofrendas.

-Tal vez sería mejor si la chiquilla fuera con sus abuelas -sugerí.

-Sí, tal vez sería bueno -pensó en voz alta don Pedro y luego gritó-: ¡Pablo, ven acá -a un muchacho que estaba en la calle. El joven entró y don Pedro le dijo-: ¿Conoces a doña Lilia Sánchez?

-Sí -respondió-, la que vive cerca de la familia Santos.

-Ella. ¿Podrías decirle que me gustaría verla?

-Claro-respondió y se fue.

Mientras el muchacho fue a ver a la abuela de Linda hablamos sobre el sueño y el tipo de ofrendas que debían llevar. Don Pedro pensaba que debían ir a Ahuetzic a dejar las ofrendas, pero ese lugar quedaba a más de 20 kilómetros de ahí y yo no sabía si las dos ancianas podrían caminar esa distancia. Sugerí el pozo del pueblo, como me había comentado Rubia.

-Bueno, ya veremos -dijo Pedro-. Ambas son unas viejas mulas fuertes. Tal vez les agrade la idea.

Finalmente, llegó doña Lilia. Le explicarnos los sueños y lo que pensábamos que debían hacer. Parecía fascinada y aseguró que se detendrían en el mercado de Quetzalan. Estaba segura de que también iría doña María. Tenía que ir a su casa por algunas cosas para el mercado, dijo, pero luego iría directamente por Linda y su abuela. Irían juntas a las cascadas. Quizá doña Lilia ya estaba planeando un día de campo en aquel lugar. Infortunadamente, eso también significaba que Linda no regresaría sino hasta entrada la tarde, o en las primeras horas de la noche, ya muy tarde para regresar a la ciudad de México. Doña Lilia salió presurosa de la tienda y se fue por la colina para ir a su casa, dejándonos solos a Pedro y a mí.

-Tal vez eso funcione –me dijo Pedro-. Quizás esos dos zopilotes sean los que ayuden a la chiquilla a encontrar su alma. Ya se ve un poco mejor.

166

-Es un hecho que se ve mejor aquí, en casa de usted, que como lucía en la ciudad de México -le dije a don Pedro. .

-Bueno, a lo mejor fueron las oraciones y los antepasados los que lo hicieron. La pequeña tiene suerte de que no haya sido un brujo el que la atrapó. Si no es así, nos va a costar trabajo hacer que regrese su alma.

-Sí, ¿qué es lo que les pasó a todos esos brujos cuando empezaron las muertes? -pregunté, pensando que era mi oportunidad de hacer que Pedro volviera a hablar de la Guerra de los Brujos.

-Es mejor que no hablemos mucho de eso aquí alrededor de la tienda-. Pero tal vez Juanita ya haya regresado pueda venir a atender a los clientes -dijo, señalando a los dos borrachos que estaban afuera.

Pedro entró a la casa y volvió con su hija Juanita, una pequeña regordeta de unos doce o trece años de edad que era la viva imagen de su padre. Levantó el mostrador y me invitó a pasar a la casa. Nos sentamos frente a su altar con todas las ofrendas que habían sido depositadas la noche anterior. Las flores ya estaban marchitas y todo lo que había en la mesa del altar, excepto la veladora, estaba aún atrapada por sólidos depósitos de cera. Pedro me ofreció un banco justo frente a su altar; luego se sentó mirando hacia la puerta, de tal forma que podía ver quién estaba en la tienda.

-No puedo hablar mucho de esas cosas allá afuera -empezó a decir-, pero si quieres saber cómo empezaron las muertes, comenzaron con la de doña Antonia Cruz. Cuando la anciana finalmente se fue de este mundo, no había nadie que quisiera ir siquiera al velorio. Sus dos hermanos y el viejo José Sandoval lavaron el cuerpo y lo sacaron con un montón de flores para ayudarla en su viaje. No hubo nadie que siquiera se ofreciera como compadre del funeral. Normalmente, aquí casi todos van a los funerales, pero en el caso de esta mujer, nadie lo hizo. Algunos estaban demasiado asustados y a otros simplemente no les caía bien. Ni siquiera encontraron portaféretos para ella -Pedro tenía

187

razón, en San Martín generalmente todos iban a los funerales. Esa fue una ocasión extraordinaria. Pedro continuó.

-Pero los verdaderos problemas empezaron antes de que siquiera hubieran enterrado a la anciana. Su hermano fue a ver a Martín Sánchez, el presidente municipal, tras la muerte de la anciana y le dijo que iba a sembrar toda la parcela de Antonia ese año, incluso sus hijos ya estaban labrando una parte para ella. "No, primero tienes que ir a Quetzalan a solicitar el título de propiedad", dijo don Martín.

"No era así como se hacían las cosas en el pueblo; además, muchos tenían el derecho de posesión de esa tierra. Primero los Cruz, pues eran sus cuñados, luego los Sandoval, ya que la mujer también se apellidaba Sandoval, pero mi padre había solicitado al municipio utilizar esa tierra mucho tiempo antes de que muriera la anciana, por lo que también quería una parte. Don Arcadio lo había ayudado y casi había convencido a la difunta para que lo dejara usarla cuando los brujos la mataron. Había otros que también deseaban la propiedad. Era la mejor tierra cercana al pueblo para sembrar maíz y todo el mundo la quería.

-Como te decía, don Martín le dijo que tenían que ir a Quetzalan a solicitar el título de propiedad. Fue cuando se enojaron de verdad los Cruz y los Sandoval, me dijo Arcadio. Los hermanos Cruz, primos de Arcadio, fueron a ver a don José Sandoval y todos estuvieron de acuerdo en que la tierra les pertenecía. Los Sandoval y los Cruz tuvieron una reunión. Todos fueron a ver a don Martín y lo amenazaron con machetes, pero él no dejaba de insistir en que debía formarse una delegación para ir a Quetzalan a solicitar el título de propiedad. Por fin, se pusieron de acuerdo. Así fue como se reunieron los Cruz y los Sandoval. Finalmente, ese mismo día, había suficientes de ellos para llevar a la anciana al cementerio y dejarla ahí. Pero no serían suficientes para enterrarla sino hasta que dieran un veredicto sobre la tierra."

El viejo don Pedro hizo una breve pausa y continuó su explicación.

168

-Sabían que la tía había sido embrujada. El cuerpo ya se estaba poniendo negro después de alrededor de un día y estaban seguros de que había sido don Martín o alguien que conocía. Don Martín asignó a don Arcadio, don José Sandoval, mi padre, y a otros dos para que fueran a Quetzalan a arreglar lo del título de propiedad de la tierra de doña Antonia.

"Los Cruz y los Sandoval tenían algunos brujos poderosos allá. No se parecían a nosotros en absoluto. No seguían la senda, pero seguramente sí sabían cómo embrujar a alguien. Conocían la 'sombra de la muerte', el 'humo maligno', la 'mordida de la serpiente' y muchas cosas más, como el 'abrazo del murciélago' y la 'mordida del jaguar'. El viejo Inocente usaba mucho ésa ", comentó Pedro.

-¿En serio?

-Ya lo creo. Sacaba los colmillos y los clavaba justo aquí -dijo, señalando dos puntos a cada lado de la yugular-, luego, ¡vámonos! Estaban acabados -mostró cómo, con los dos pulgares armados así, las yugulares podían ser fácilmente seccionadas-. La herida se veía como una mordida grande-, aseguraba. Recordé los dos agudos colmillos que tenía Inocente en su morral atados a unos tubos de piel. Tal vez fueran de la medida de sus pulgares. Pedro continuó su relato.

-Los Cruz y los Sandoval se reunieron en el funeral de doña Antonia y pidieron a los brujos que fueran tras don Martín. Arcadio dijo que habían llevado la "sombra de la muerte" a la casa de aquel hombre y creo que era cierto. Ese año murieron su esposa y su hija.

-¿La "sombra de la muerte"? -pregunté.

-Así es, la "sombra de la muerte". Tú sabes, adonde vamos a la cueva y pedimos a la tierra que lleve la sombra, la oscuridad de la cueva, sobre alguien.

-No, no sé mucho sobre eso. ¿Cómo lo hacen? -pregunté con ingenuidad, esperando que me dijera algo nuevo al respecto. Sabía que eso tenía que ver con el mal del murciélago.

-Bueno, simplemente entras en la Cueva de la Muerte o en la otra, la Cueva de los Vientos Maligos y juntas el polvo. Pero tienes

169

que fumar muchos cigarrillos para que ellos no te atrapen. Debes envolver muy bien el polvo, luego llevarlo a la casa de alguien, tirarlo en el piso. La "sombra de la muerte" terminará sobre la casa y llevándose a alguien.

-¿Lo hace? -y al decir esto, me pregunté quién le podía haber provocado a Rubia el mal del murciélago. O tal vez un accidente.

Pedro respondió:

-Claro que sí, pero nunca se sabe sobre quién se posará la sombra. No lo hizo sobre el viejo Martín, a veces, se posa sobre el brujo si a los dioses no les agradan sus intenciones -no me podía imaginar a Rubia queriendo matar a alguien.

Pedro prosiguió a ritmo acelerado refiriéndose a esos tiempos como si yo no estuviera ahí. Escuché con atención.

-Arcadio fue con mi padre, don José y los hermanos Cruz a ver lo de la tierra de doña Antonia. Todos la querían. No había maíz, o era muy poco, y algunos se estaban muriendo de hambre. Iban al bosque y a los cafetales a recoger lo que encontraran, pero sin tortillas no había mucho para comer. Algunos de ellos fueron a Puebla y Veracruz a trabajar; otros se fueron a la ciudad de México. Entonces había muchos ladrones y se llevaban lo que podían. Si alguien traía maíz o cazuelas, los ladrones simplemente se los quitaban. Algunos de esos bandidos eran gente de don Antonio, pero la mayoría eran personas que no tenían nada. Los hombres de don Antonio solamente hurtaban café y él les pagaba por hacerlo.

"Había mucho café pero nada de maíz, me dijo Arcadio, razón por la cual todos querían la tierra de doña Antonia. Mi padre pensaba que ahí se podía tener un buen cafetal y don Arcadio sabía que los hermanos Cruz no podían usar toda la tierra. Arcadio le dijo a mi padre que le ayudaría a que lo dejaran usar la tierra si sembraba maíz y mi padre estuvo de acuerdo. Pero mi padre de todos modos plantaría un cafetal. Podría obtener más maíz con don Antonio cambiándolo por café que el que cosecharía en esa tierra, pensaba. Entonces el café valía más que el maíz.

170

"Todos fueron a Quetzalan y mi padre aceptó que la tierra era para los Cruz, si lo dejaban sembrar maíz; así, usaría una parte de la tierra. Para cuando llegaron a Quetzalan, pensaban haber llegado al acuerdo de que los Cruz serían los dueños de la tierra y que dejarían que mi padre utilizara una parte de ella.

"Mi padre fue con don Antonio, su patrón. Inocente le había dicho que don Antonio ayudaría a mi padre a obtener la tierra que necesitaba. Inocente había hablado con los hombres de don Antonio y este último quería verlo. Fue cuando Inocente empezó a trabajar para don Antonio como pistolero.

"Los hombres de don Antonio llevaron a Inocente y a mi padre a la habitación grande en El Rosal -la misma en la que estuvieron antes los hombres-. Don Antonio se sentó frente a una amplia mesa donde había estado el hombre con el libro, pero éste no se encontraba ahí.

"Don Antonio le dijo a Inocente: 'Ahora, ve con algunos de los hombres y vean que nadie se meta a mi tierra. Don Pedro es el único que lo puede hacer'. Inocente hizo lo que se le ordenó y pidió a mi padre que regresara con los demás, pero que no les dijera nada de lo sucedido en El Rosal. Inocente salió con esos pistoleros y dispararon contra dos de los Cruz. Eran los sobrinos de Antonia que habían estado sembrando su tierra por ella. Entonces Inocente y esos hombres pusieron campamento en aquella propiedad, vigilaron y no dejaron entrar a nadie.

"Mi padre regresó a Quetzalan como se le pidió. No sabía nada acerca de los dos Cruz, asesinados por esos hombres. Fue con los otros a ver a don Manuel Fernández, el presidente municipal, en Quetzalan.

"Don Manuel les dijo: 'Esa tierra es de don Antonio. Simplemente la compré porque la viuda murió y no se la dejó a nadie. Si no tienen un testamento, esa tierra es de don Antonio. Ya ha enviado allá a sus hombres, por lo que deben ustedes andarse con mucho cuidado'.

"Don Arcadio y don José estaban muy molestos y los hermanos Cruz estaban furiosos. Mi padre se quedó callado; les dijo que no

171

había nada que pudieran hacer. Don Antonio tenía armas y mataría a cualquiera que invadiera sus tierras."

Don Pedro casi me hizo saltar de mi silla cuando exclamó:

-¡Fue entonces cuando comenzó en verdad la matanza! Todos regresaron al pueblo y fueron a casa de los Cruz. Sus dos primos ya estaban muertos cuando llegaron. Los estaban velando. Todos en la casa de los Cruz estaban furiosos. No sólo se quedaron sin tierra, sino que también habían perdido a dos muchachos. Los hermanos Cruz iban a conseguir armas e ir tras los pistoleros.

-Arcadio les dijo que estaban locos de atar; simplemente iban a salir lastimados. 'Esos pistoleros no se pueden quedar ahí para siempre', les dijo. 'Nada más es cuestión de esperar.'

"Bueno, en verdad estaban molestos. Encontraron un brujo que acabaría con esos pistoleros. Esos hombres no eran justos, dijeron a don Arcadio, y éste se lo comentó a mi padre. Eso significaba que iban a hacer que embrujaran a los hombres de don Antonio. Encontraron a una bruja -doña María Cruz-, una anciana maligna."

Yo seguía el relato de Pedro sin perder detalle. Continuó.

-Mi padre le dijo esto a Inocente y él fue a ver a don Raúl, tío de Rubia y mío. Le comentó a don Raúl que los Cruz iban a embrujar a los pistoleros. Don Raúl le dijo cómo protegerse él y sus hombres de los brujos e Inocente puso al tanto a los pistoleros.

-Al principio no le creyeron. Tenían armas y podían acabar con los brujos que se presentaran. Pero los brujos ya estaban trabajando. Cuanto más se quedaran ahí esos pistoleros, esos matones, mayor sería el saldo de muertos. Las víboras los mataron; la 'mordida de la víbora' funcionó bien y uno de ellos fue 'pateado', pero no se fueron. Estaban listos, pero no para los brujos. Finalmente, comenzaron a hacerle caso a Inocente y lo que le había dicho don Raúl; por eso no murieron muchos de los pistoleros, porque ahora sí estaban preparados para enfrentarse a los brujos. Se dedicaron a buscar en los arbustos las varas que habían colocado los brujos para darles la 'mordedura de la víbora' y no dejaban que se acercara nadie al campamento por las noches. Inocente se enteró por el tío

172

Raúl de lo que hacían los brujos y los detuvo, perfecto, pero no lo hizo en el pueblo.

"'Vamos a tener que acabar con esos hombres', dijeron los hermanos Cruz, pero la brujería de doña María ya había dejado de surtir efecto en aquellos pistoleros. Pensaban que era don Martín el que andaba tras su tierra y cuando la 'sombra de la muerte' resultó ineficaz, dijeron a María que pidiera a los dioses que se lo llevaran. Dijeron que los *talocanca*, los siervos de la Tierra que viven en la cueva, 'acabaron' con él. Encontraron su caballo cerca de la Boca de la Tierra y nunca nadie volvió a ver a don Martín. Estoy seguro de que 'ellos' lo capturaron y lo llevaron a la cueva".

"Esto fue algo que hizo enfadar muchísimo a los Santos y los Sánchez, motivo por el cual fueron tras los hermanos Cruz y por José Sandoval. A don José lo cogió un jaguar y los hermanos Cruz fueron hallados muertos en su milpa por una 'mordedura de víbora'."

"Creo que fue Inocente el que los mató", dijo Pedro, "o a lo mejor fue mi tío Raúl. Este último había aprendido esas cosas de los totonacas cuando era muchacho, al igual que la madre de Rubia. Los totonacas fueron los que enseñaron la senda a su madre, pero fue don Raúl el que realmente sabía pedir justicia a los dioses. Pedro miraba hacia la tienda a través de la puerta abierta y se incorporó un momento para ver cómo le estaba yendo a su hija. Todo parecía estar en orden y se volvió a sentar en su banco.

-Entonces, Inocente ya era perverso y peligroso, pero todavía se hizo peor -prosiguió Pedro-. Inocente era un pistolero, pero el tío Raúl le enseñó a hacer esas mismas cosas sin pistola. Inocente vivió en aquella tierra durante tres años con los pistoleros. Arcadio estaba equivocado; no se fueron simplemente. Eran tremendos. Nada más tomaban lo que deseaban. Hasta fueron a nuestra casa y mi padre les dio lo que querían; si no lo hubiese hecho lo habrían matado.

"Finalmente, después de tres años, dijeron: 'Don Pedro, venga acá y empiece a desyerbar la tierra para sembrar un cafetal', y mi

173

padre fue con ellos para empezar a preparar la parcela. Al enterarse los Cruz en verdad se enojaron. Mandaron un viento maligno que acabó con mi hermana. Murió antes de que él regresara al pueblo y mi padre estaba tan triste que dejó de preparar la tierra y plantar las matas de café. Pero los pistoleros le dijeron que vendrían a matarlo si no continuaba el trabajo y todos regresamos allá. Se quedaron para asegurarse de que nadie destruyera las matas de café ni los árboles de sombra.

-Inocente era el jefe de los pistoleros. Era el más malo de todos. Se casó con la prima de la esposa de mi tío y la llevó al cafetal, pero ella prefería la vida en el pueblo, por lo que siempre se la pasaba ahí, e Inocente también se vino a vivir aquí. Todos le tenían miedo, excepto mi tío Raúl. Él y Raúl eran buenos amigos. Con Inocente y Raúl ahí, los brujos no podían ya hacerles nada a los pistoleros y estos últimos tomaron más tierra de los hijos de los hermanos Cruz. Raúl e Inocente enviaron a Martín Santos allá a plantar cafetales. Los Cruz lo querían matar, pero don Raúl lo protegía. Inocente era mucho mejor brujo que pistolero y también mucho más eficaz. Cuando él y mi tío embrujaban a alguien, era seguro su fin. ¡Muertos! ¡Fuera!

Después de un largo suspiro, el viejo Pedro continuó.

-Doña María Cruz era la más grande bruja allá. Todos sabían que ella fue quien llevó a don Martín a la cueva. Todo el mundo quería agarrarla y cortar su vela, pero Inocente y mi tío no sabían cómo; la madre de Rubia tampoco podía. Finalmente, una joven que apenas estaba aprendiendo estas cosas de la madre de Rubia tenía la forma de hacerlo. Hacía algunas de las cosas a las que conocemos como las "flores de Talocan", y un día en misa, el día del santo, le puso una a doña María, justo ahí, en misa. Doña María se volvió para mirarla y le hizo "mal de ojo". Fue tan fuerte, que la mujer murió en el transcurso de una semana, pero doña María también se estaba muriendo. Su *tonal* quedó cubierto con la "flor de Talocan" y la vieja gorda sólo duró unas dos semanas más.

174

-Desconozco lo que le hizo a la joven, pero pudo haber sido la 'mordida de la rata' o la 'garra del zopilote' y no el 'mal de ojo'. Tú sabes, con esas cosas nada más tienes que picar a alguien para que muera. Algunos brujos acostumbraban llevar consigo esas cosas. Las ponían en un cinturón o una bolsa y nadie sabía que estaban ahí. Cuando era niño, mi padre siempre llevaba algo así. Decían que esas cosas eran mejores que las pistolas porque nadie sabía qué eran. Así, las autoridades no te podían detener.

"Después de lo de María Cruz, no hubo más muertes durante una temporada. Era la bruja mayor. Había un par de brujos con los Sandoval y los Cruz -los que quedaban-. Conocían a algunos brujos en Yohualichan, el pueblo que queda bajando la loma, pero no seguían la misma senda que nosotros. A nosotros nos enseñaron los totonacas. A lo mejor, también ellos lo aprendieron de aquellos. En Yohualichan había muchos totonacas.

"En aquel entonces, los Cruz ya no sembraban mucho maíz allá en su tierra. Don Antonio pagaba a todos con tanto maíz por su café que había mucho. Nadie sabía qué hacer con él, por eso lo vendían. Pero no obtenían mucho.

"Don Arcadio ayudó a arreglar que los Cruz dejaran a otros sembrar café en la tierra ociosa y nuestro cafetal, donde estaban los pistoleros, empezó a darnos mucho café. Los hombres de Inocente nos ayudaban a pizarlo y dos de ellos, Pablo y Manuel, se casaron con dos hermanas Santos. Ismael era otro de los pistoleros que trabajaba para Inocente, como Ignacio. Finalmente, ninguno de ellos estaba viviendo en la tierra; tenían casas aquí, en el pueblo. Todos tenían sus propios cafetales.

"Inocente ya ni siquiera andaba armado. Sabía mejores formas de acabar con alguien que usando una pistola, las cuales había aprendido del tío Raúl. Podía hacerle a alguien 'mal de ojo' o lanzarle el 'aliento de la muerte' -nada más les soplaban y ya estaban prácticamente muertos-. Todos lo sabían y nadie se volvería a meter con él."

-¿Fue así como acabaron las muertes? -le pregunté a don Pedro. Me imaginaba que eso había sucedido a finales de la década

175

de los veinte y todavía no se mencionaba nada, sobre la crucifixión ni del final de la guerra. Para entonces era obvio que la situación económica había cambiado y el café era uno de los pilares más importantes. Todo parecía indicar que el pueblo era bastante próspero y reflejaba en una escala menor el auge cafetalero de Quetzalan, cuando se empezó a construir la catedral. En cierta forma, las investigaciones que realicé en los archivos del pueblo me llevaron a la conclusión de que la economía monetaria había suplantado a la siembra de maíz como medio de subsistencia. Este cambio era algo sobre lo que los viejos habitantes del pueblo hablaban sin cortapisas. Era sólo de la brujería de lo que no querían hablar. Sin embargo, revisar más a fondo los archivos del pueblo para ver si había alguna interrupción en los asesinatos, sería una tarea bastante difícil, ya que estaban totalmente desordenados.

Sabía que esa historia tenía más detalles de los que había escuchado hasta entonces y quería que don Pedro me siguiera contando. Deseaba ver si podía obtener más información sobre la crucifixión y el desenlace de la guerra de los brujos.

-¿Qué pasó con todos los brujos? -le pregunté.

Comenzaba a atardecer y doña Amalia regresó del mercado del domingo en Quetzalan. Entró por la puerta de atrás, puso su enorme bolsa en la cocina y entró a la habitación principal donde estábamos don Pedro y yo.

-Bueno, ¿qué han estado haciendo toda la mañana? ¿Están tomando de nuevo, después de lo de anoche? -preguntó.

-Ni una gota -respondí- Don Pedro me ha estado contando historias -no quería decirle qué clase de historias.

-¿Quieres decir que ni siquiera te ofreció una copita? -sacó una botella de *yolixpa* verde que estaba en el altar atrás de mí, sirvió dos copitas y nos las ofreció-. Esto les calentará el corazón y le dará sabor a los relatos. Voy a ir por unas cosas para hacer unos tacos. ¿Juanita no les ofreció nada?

-No, se la ha pasado en la tienda toda la mañana -respondí.

176

Doña Amalia regresó a la cocina y comenzó a sacar las cosas que había comprado; nos volvió a dejar solos a don Pedro y a mí en la habitación principal.

-Ande usted, dígame qué pasó después de la muerte de doña María.

-Bueno, no fue gran cosa, por lo menos no durante algún tiempo. Era la bruja mayor de los Cruz. Conocían a algunos de Yohualichan, como dije, que sabían cómo hacer atrocidades, pero no eran tan malos. Había algunas enfermedades que todos les atribuían, pero nada más, hasta que el hijo de Martín Santos resultó afectado.

"Fueron el hijo de Arcadio y otro de los Cruz quienes lo mataron. Lo estaban esperando en las barrancas con machetes. Lo descuartizaron y lo enterraron en la barranca. Nadie lo habría hallado si no hubiera sido por Pablo, que entonces andaba de cacería. Pablo era uno de los pistoleros que trabajaba para Inocente. Se casó en el pueblo y vivía rumbo a Quetzalan. Estaba ahí cuando sepultaron al muchacho. Él lo desenterró y lo llevó a Quetzalan con don Manuel Fernández. No se lo dijo a Inocente ni a nadie más en el pueblo; simplemente fue allá. Pablo no era de San Martín.

"Don Manuel mandó a la policía, la cual detuvo a los dos jóvenes en la carretera a Quetzalan. Los encerraron en la cárcel, Nadie sabía que estaban en aquel lugar y los colgaron dos días después. Luego, don Manuel vino al pueblo y causó muchos problemas. Hizo que detuvieran al presidente municipal y a los jueces por no haber hecho su trabajo. Los Cruz estaban furiosos porque nadie les había dicho sobre la detención de los muchachos, para que pagaran y los dejaran salir. Simplemente los colgaron en Quetzalan. Los ataron al patíbulo a la orilla del pueblo y los ahorcaron. ¡Zas! ¡Muertos!

"El hijo de Arcadio era un poco mayor que yo. Acostumbraba cazar con él y cosechar el café. No sé por qué fue tras Pepe, el hijo de don Martín, pero a lo mejor fue por lo de su hermana. Pepe era más grande y andaba buscando esposa. Estaba interesado en la

177

hermana del joven Arcadio -tal vez le hizo algo, posiblemente la ultrajó en la milpa, no sé-. Cuando se enteró de que habían colgado a su hermano, Elena se puso muy enferma. Don Arcadio estaba seguro de que Martín había contratado a un brujo para dañar a su hija.

-Lógicamente, los Santos estaban furiosos, porque su hijo había sido muerto a machetazos, pero don Manuel tú siquiera regresó el cuerpo al pueblo, o lo que había quedado del mismo. Lo sepultaron en Quetzalan antes de que la gente se enterara de su muerte. No tenía ascendientes ahí y nunca encontraría su camino a casa el Día de los Muertos. Fue sepultado en una fosa común. Ni siquiera lo velaron ni le hicieron un funeral como era debido. Todos trataban de regresar a San Martín. A la gente realmente le aterraba la idea de ir allá por la noche. Hubo incluso quien vio a los muchachos allá. Los tres jóvenes buscaban a algún habitante de San Martín para que los llevara a casa...

"Fue entonces que los brujos empezaron a cometer sus atrocidades de nuevo. Inocente había ido a Quetzalan casi al mismo tiempo y los Cruz estaban seguros de que Pablo le había hablado a Inocente acerca del asesinato antes de irse, pero no lo hizo. Pensaban que Inocente fue quien ordenó la detención y ejecución de los muchachos. Don Arcadio estaba verdaderamente enfadado. Aseguraba que Inocente era el brujo más grande del pueblo, que era aún más malo que mi tío Raúl. Don Arcadio encontró a un brujo para que le enviara un viento maligno que acabó con la esposa de Inocente. Fue justo después del nacimiento de Lucas y casi murió sin una madre, pero sus tías lo cuidaron y logró salir adelante."

Don Pedro se detuvo para tomar un respiro, pero no tardó mucho para proseguir.

-Inocente y mi tío llegaron a la conclusión de que era necesario detener a los Cruz, y se dedicaron a hacer cosas bastante nefastas. Fueron seis los Cruz que resultaron afectados, incluso los pequeños, los niños. Entonces los Cruz se fueron sobre mi tía, la esposa de Raúl, y fue cuando comenzó abiertamente la ola de muertes.

178

-Otra de las víctimas fue la hija de inocente, hermana de Lucas. Era una de las muchachas más bellas del pueblo. Una gema, una hermosa chiquilla, pero también acabaron con ella.

"Bueno, Inocente estaba furioso y se encargó de la hija de Manuel Sandoval -fue una pena-. La hizo pedazos y la arrojó a la barranca, aquí en el pueblo. Fue Inocente quien lo hizo. Yo lo vi llegar manchado de sangre. Fue a ver a mi tío -ambos no tenían mujer y mi madre les ayudaba y hacía de comer-. Ese par de brujos no pensaban en otra cosa más que en hacer el mal. Era lo que decía mi padre. Él sabía cómo hacer algunas de esas cosas, pero esos dos, bueno, en verdad eran peligrosos.

"Inocente y mi tío hicieron cada vez más atrocidades. Los Cruz también hicieron cosas terribles. Durante tres años se la pasaron matándose unos a otros. Eran tantos los embrujados, que nadie sabía, ninguno de nosotros sabía, quién sería el siguiente. Yo estaba en verdad aterrado. A todos les hacían daño, especialmente a los niños; son los débiles, los que no agarran bien su alma. Los niños eran las principales víctimas. Uno tras otro.- Don Pedro empezaba a sentirse incómodo. Su voz se escuchaba aguda y estridente,

-La madre de Rubia trató de detenerlos -prosiguió, conteniendo un poco la respiración-. Se la pasaba todo el tiempo con Inocente y quería que se acabaran los asesinatos, pero su hermano e Inocente no se detendrían. Los Cruz y los Sandoval se la pasaban haciendo lo mismo y fueron muchos los muertos, La madre de Rubia quería que acabara todo aquello y fue a ver a don Arcadio. Le dijo que debían acabar las muertes y vino a ver a mi tío y a Inocente. Él quería que dejaran de matar gente, pero no estaban dispuestos a hacerlo. Fue cuando murió la madre de Rubia. Uno de los Cruz fue el que lo hizo. Hicieron que le cayera la "lluvia del inframundo" cuando estaba allá.

"Fue una época tremenda en el pueblo; nadie quería comprar nuestro café. Don Antonio no nos daba la misma cantidad de maíz que antes a cambio de nuestro café y había mucha hambre. La gente comía lo que encontraba en el bosque y nada más. A Inocente le

179

iba bien porque don Antonio le pagaba, pero a nadie más le iba igual.

"Luego le tocó el turno a Arcadio. Ayer cumplió cuarenta años de muerto, el 5 de abril de 1937. Mi padre insistió en que fuéramos a la velada y Rubia nos acompañó. Mi padre fue su compadre la cruz para el funeral. Mantuvimos vivo su nombre, incluso en Puebla, durante siete años después de que Arcadio fue consumido por la tierra. Todos los demás aseguraban que era realmente peligroso, que los Cruz iban a embrujarnos a nosotros también, pero mi padre era compadre de don Arcadio. Llevamos flores e incienso, pero yo estaba realmente asustado. Mi tío aseguraba que tíos comerían en la casa de los Cruz, pero no fue así."

-¿Fue entonces cuando todo aquello terminó? -me sentía aturdido. ¿Cómo era posible que ahí hubiera sucedido todo aquello?

-No, pero no pasó mucho tiempo cuando colgaron al viejo Martín frente al patio de la iglesia.

En ese momento, doña Amalia se presentó con dos platos de frijoles y una servilleta grande con tortillas echas a mano.

-Han estado hablando otra vez de todos esos brujos, ¿verdad, Pedro? -preguntó, mirándolo atenta-. Tuviste suerte de haber ido a Puebla. Si no, también a ti te habrían matado. Ese tío tuyo seguramente era un miserable -comentó mientras nos daba la comida.

"Ahora coman algo y dejen de hablar de esas cosas. Ellos eran malos y peligrosos. Tienen suerte de que ya no haya aquí más brujos. "

## Capítulo 11

### LA GUERRA DE LOS BRUJOS: EL FINAL

Linda y sus abuelas  
todavía no regresaban  
cuando terminé de comer  
en casa de los Sánchez.  
Me despedí de don Pedro  
y le dije que iba a ver a Rubia.  
Si estaban dispuestos,  
yo estaba listo para volver a la ciudad de México.

182

La detallada descripción de Pedro respecto de la guerra de los brujos me dejó mudo. El relato había sido fantástico, pero tal vez bastante preciso. Después de almorzar, fui a la loma a las orillas del pueblo. Había una enorme roca que sobresalía en la milpa de la familia Sánchez, donde muchas veces yo iba a meditar cuando visitaba el pueblo. Desde ahí podía ver toda la Sierra, sus elevadas montañas y profundos valles moteados con pueblecitos blancos e iglesias de piedra. La tierra estaba marcada por líneas cruzadas con milpas y cafetales y las nubes imponían un molde de colores cambiantes sobre la parchada panorámica.

Comencé a tomar notas a toda velocidad mientras estaba sentado y contemplaba la Sierra: los nombres, las fechas y lo que había sucedido. No me imaginaba cómo habría sido crecer ahí entonces. Trataba de imaginar el predicamento de los habitantes de aquel lugar. ¿Era justicia lo que habían estado buscando de la Santísima Tierra o fue el deseo de venganza lo que desató la Guerra de los Brujos de la Sierra de Puebla? ¿Cómo terminó? ¿Cuál fue la verdadera historia de la crucifixión? Los sobrevivientes -Rubia, Pedro e Inocente no parecían muy convencidos de la justicia de la Tierra. Era indudable que no deseaban hablar de esas cosas. Llevaban setenta u ochenta años de conocerse. Ese simple hecho me rebasaba (yo tenía veintiocho años en aquel entonces). Por eso era mi gran curiosidad, al igual que mis emociones, lo que me movía a buscar más respuestas y a perturbar el recuerdo de aquellos que habían estado descansando durante tanto tiempo.

Mientras bajaba por la loma, vi que Rubia estaba sentada en el pórtico y que tenía el largo cabello blanco arreglado en una sola trenza sobre la espalda. Estaba mirando por la calle en dirección al patio de la iglesia y no se percató de que me aproximaba.

Cuando estuve bastante cerca como para que me pudiera escuchar, le dije: "Buenas tardes, abuelita".

-¡Ay!, me vas a matar de un susto. ¿Qué te hace llegar así para espantar a una pobre anciana? ¿Qué es lo que quieres? -preguntó cortésmente.

183

-Bueno, los García todavía no regresan, así que decidí venir a platicar.

-Ya te aburrí don Pedro, ¿no?

-No es eso. Me habló mucho sobre ellos.

-¿Te dijo lo que sucedió realmente o te volvió a contar un montón de mentiras?

-No lo sé. Pensé que a lo mejor usted podría platicarme algo más.

-Bueno, aquí no puedo. Vamos adentro -dijo, apoyándose en su bastón para incorporarse. Tras grandes esfuerzos, entró en la casa y se sentó en la mesa grande que estaba frente a su altar.

-¡Lupe! -gritó. Escuché que Lupe y una amiga estaban en la cocina-. ¿Todavía queda café?

-Claro, abuela.

-Bueno, tráenos dos tazas. Entonces, ¿qué fue lo que te dijo don Pedro?

-Pues bien, me habló de todas las muertes, de los Cruz y de los Sandoval. También me dijo que Inocente perdió a su esposa por culpa de ellos, que la madre de usted trató de detenerlos y que acabaron con ella. Debe haber sido tremenda aquella época; ¿fue así como terminó todo? ¿Cómo se deshicieron de todos los brujos?

¿Qué fue lo que les pasó?

-Bueno, ya se fueron o están muertos -respondió, haciendo una pausa.

-¿Pero qué pasó, doña Rubia?

-Bueno, como ya dije, no te lo puedo decir. No estaba cuando crucificaron a Martín Santos en el patio de la iglesia.

-¿Dónde estaba entonces?

-Estábamos en El Rosal. Inocente nos encontró un lugar donde quedarnos en la casa de don Antonio. Aquí no era seguro. Ya habían matado a mi hija, a mi madre, a la mujer de Inocente y a su hija. Lucas se fue a quedar con nosotros y era como uno de mis hijos. Inocente no tenía a nadie que lo atendiera y mi esposo, mi viejo, tenía mucho de desaparecido. Salió huyendo de aquí cuando

184

empezaron a surgir los primeros brujos. Pensaba que mi tío lo iba a matar. Tú sabes, no era de aquí. Era profesor. No quería saber nada de los brujos, y cuando vio que todos se estaban muriendo, se asustó. Y al enterarse de que mi tío Raúl y mi madre tenían que ver con los embrujos, decidió irse. No quería tener nada que ver con lo que estaba sucediendo aquí, en San Martín.

-¿Cuánto tiempo estuvieron en El Rosal?

-Pareció una larga temporada, cerca de tres años, desde que mi madre murió hasta aproximadamente un año después de que colgaron al viejo brujo Santos. Para ese entonces, todos los brujos se habían ido y ya nadie más volvería a hacer esas cosas aquí en el pueblo. Todos estaban asustados. El tío Raúl se fue a Puebla con la madre de Pedro, mientras ellos esperaban que su padre saliera de la cárcel. También los demás brujos se habían ido del pueblo. Entonces ya no hubo más de ellos -se quedó mirando pensativa el altar, observando primero las fotografías en el muro, luego las ofrendas y finalmente el baúl, abajo; donde, como Pedro, guardaba las cosas de sus antepasados.

Tal vez estaba pensando en los que habían sido consumidos por la tierra.

-Después de la muerte de la mujer de Inocente -prosiguió Rubia-, yo sabía que las cosas empeorarían en el pueblo. Inocente tenía a los dos niños y se quedaron aquí más de lo que estuvieron en su casa. Sucedió lo mismo con él. Mi madre pasó mucho tiempo con Inocente y con el tío Raúl. Cuando se posó la "sombra de la muerte" sobre mi hija, mi madre insistió en que yo también aprendiera a soñar. Yo conocía todas sus oraciones y cosas, pero no sabía cómo moverme en mis sueños. Ella y mi tío me ayudaron a encontrar a ese pequeño y brillante picaflor que siempre me guiaba.

Era la primera vez que Rubia descubría la identidad real de su propio nagual. Al parecer, no le daba miedo revelarme su más guardado secreto. Debía sentirse segura de que yo no emprendería una carrera como brujo.

185

-Pero mi chiquita, la pequeña Marta, de todos modos murió. Fue un brujo y no pude hacer nada por evitarlo.

Rubia estaba perdiendo el hilo de su relato. No era la forma en que normalmente contaba sus historias y era evidente que ésta no era una que hubiera contado antes. Era un relato desarticulado, fragmentado e inconexo. No era una historia que le fuera fácil de contar. Pensé que tal vez podrían ayudar algunas preguntas hechas en el momento preciso.

-¿Qué fue entonces lo que hizo su madre para detener a los brujos?

-Decía que había que parar la brujería. En el velorio de Marta le dijo a Inocente y al tío Raúl que iba a hablar con los Cruz y los Sandoval. Ya había muerto bastante gente en San Martín.

"El tío Raúl en especial se puso furioso por lo que iba a hacer. Aseguró que la matarían si iba a verlos, pero mi Madre insistió. Fue después de lo de la hija de Inocente y de mi pequeña Marta. Todos dijeron que mi madre regresaría con un viento maligno o aire malo de algún tipo. De todos modos fue con ellos y con la ayuda de Arcadio les imploró, les suplicó no pedir a los dioses que hubiera más muertes. Los dioses de la tierra ya se habían comido a suficientes habitantes de San Martín, les dijo. Ya no necesitaban más. Se había hecho justicia y, si se les pedía más a los dioses, aseguraba, sólo se provocaría su ira. Probablemente ya estaban cansados de comer gente de San Martín y se molestarían si les seguían pidiendo constantemente más y más ayuda en esta tierra.

"Arcadio estuvo de acuerdo y vino a hablar con mi tío. Mi tío era al que nadie quería hacerle daño. Tenía muchísimos animales, todos ellos peligrosos. Fue él quien enseñó 'la senda' a Inocente. Este último no sabía ni la mitad de lo que sabía mi tío, pero continuaba muy molesto por lo de su esposa y su hija, al igual que mi tío. La hija de Inocente, la pequeña Alicia, había sido como su propia hija. No estaban dispuestos a parar, dijeron a Arcadio. Habían pedido justicia a la Santísima Tierra. Querían justicia y la Santísima Tierra se las daría."

186

-¿Escuchó usted todo eso? ¿Vio usted todo eso? --pregunté a la anciana.

-Por supuesto que sí. Arcadio se quedó con nosotros por un tiempo y mi madre le suplicó que los detuviera. Arcadio habló con ellos durante días, pero pensaban que les tenía miedo. Mi madre también lo hizo, pero opinaban que era una tontería ir con los Cruz y los Sandoval. Fueron los dioses, se lo dijeron ambos. Estaban buscando justicia. Nadie podía más que ayudar a los dioses a buscar la justicia. Seguían el camino. La Santísima Tierra y los antepasados nos dieron la única justicia necesaria aquí en la tierra, dijeron.

-Sin embargo, ayudaron mucho a los antepasados. Esos dos (Raúl e Inocente), más que nadie, sabían cómo ayudar a los dioses y así lo hicieron, ya lo creo que sí. Mi madre sabía lo que habían hecho, al igual que Arcadio y el padre de Pedro. Cuando pidieron justicia a los dioses, éstos les concedieron su deseo.

-Bueno, ¿qué fue lo que pasó con su madre? -pregunté.

-Creo que lo que acabó con ella fue la "lluvia de la muerte". Andaba afuera cuando estaba lloviendo y luego todo su cuerpo estaba llagado y le salía sangre por todas partes. Tratamos de curarla, pero no pudimos hacer nada. Inocente ni siquiera venía a la casa a verla. Habían estado juntos muchas veces desde la muerte de su esposa y ella se encargó de atenderlo a él y a su hijo incluso más que yo. Lucas se quedaba con nosotros, pero Inocente no vino a casa sino hasta después de la muerte de mi madre.

"Vino al velorio, a su funeral. Cuando murió ella, yo no sabía qué hacer, pero no me quería quedar en el pueblo. Estaba segura de que me matarían a mí o a uno de los muchachos. Inocente me dijo que había una casa en El Rosal y fuimos todos, él incluido. Inocente pensaba que sería el siguiente. Pero regresó al pueblo y muchas veces se quedó con mi tío. Él y mi tío en verdad sabían hacer algunos males. En aquella época nos sentíamos aliviados estando lejos de San Martín.

"Mucha gente estaba muriendo y no había suficiente maíz para el café que todos cosechaban. Yo compraba y vendía cosas en los

187

mercados -guayabas y chiles-y llevaba cosas a Zacatlán y Tlapa. A veces había gente en Quetzalan o San Andrés que me pedía que la curara y también me dedicaba a eso. Don Antonio le seguía pagando a Inocente. Don Antonio y el doctor Rosas, en Quetzalan, insistían en que los muchachos fueran a la escuela, por lo que nos ayudaban. Nos hicimos compadres. "

Rubia hizo entonces otra larga digresión sobre la temporada que pasó en El Rosal y sobre la educación de sus hijos, de los cuales sólo uno se hizo profesor rural. Retomó el relato con otra pregunta.

-¿Qué me dice de don Arcadio?

-Cuando nos fuimos a El Rosal, Arcadio ya se estaba muriendo. Fue la misma "lluvia maligna" que acabó con mi madre. Todos pensaban que mi tío lo había hecho y supongo que fueron tras él, pero simplemente era muy fuerte. No pudieron con él ni con mi compadre -Inocente. Era a él y a mi tío Raúl a los que en verdad querían los Cruz y los Sandoval. Nadie podía con ellos, pero fueron otros a los que mataron.

-Acabaron con la abuela de don Pedro. Todos pensaban que el padre de Pedro era brujo. Aunque no era como Inocente o el tío Raúl. No tenía muchos animales. Mi madre y Raúl le habían enseñado la senda y cómo soñar. Creo que era un curandero, no un brujo. Siempre decía a mi madre que no le gustaba lo que hacían esos brujos. Era mayordomo de San Martín y luego fue designado corno presidente municipal. Es por eso que lo mandaron a Puebla. Decían que era responsable por no haber evitado la crucifixión. "

-Buenas tardes -se escuchó desde afuera la voz de una mujer que estaba en la puerta del frente. Era doña María, la madre de Raúl. Me preguntaba dónde estarían Linda y su otra abuela. Doña María se había vestido de gala para ir al templo y pasar al mercado en Quetzalan. Llevaba puestos collares de cuentas rojas brillantes y sus más finos aretes de oro. Su

oscuro y ajado rostro estaba coronado con lana verde y violeta atada a su cabello y cubierta con su mejor *quechquemil* blanco. Costaba trabajo imaginaria caminando veinte kilómetros cargando todo aquello.

188

-Ah, es nuestra venerable madrecita. Pase por favor. ¿Lupe, hay más café? ¿Ha ido usted al mercado? -preguntó Rubia.

-Sí, cuando fuimos a ver a "los del agua" para que nos traigan el alma de la pequeña Linda -dijo doña María.

-Bueno, ¿qué es lo que había hoy en el mercado? Yo no fui, sino Lupe -las dos ancianas comenzaron a hablar detalladamente de precios, cantidades, calidades y de quién andaba por ahí. En verdad no me interesaba escuchar, por lo que me disculpé y les dije que iba a ir a Quetzalan, que regresaría a San Martín para volver a la ciudad de México con Linda y sus padres.

Cuando me estaba yendo, doña María preguntó: "Ah, señor, ¿puedo ir con usted a la ciudad?".

-Claro, venerable madrecita --respondí. Estaba encantado. Su abuela podía ayudar mucho más que yo al alma de Linda. En el rostro de Rubia se dibujó una sonrisa de reconocimiento y me percaté de que a ella también le daba gusto que doña María fuera a regresar con nosotros a la ciudad de México.

MIENTRAS CAMINABA, iba pensando acerca de la Guerra de los Brujos y sobre lo que me habían dicho, pero había algo de lo que en realidad no sabía mucho: la crucifixión. Esperaba que Rubia me hablara más al respecto. Estaba seguro de que ella se habría enterado por los chismes de todos los detalles, aunque no hubiera vivido en el pueblo en esa época. ¿Sería por vergüenza, tristeza o por la política del pueblo y la intervención de su familia por lo que no me había hablado al respecto? ¿Qué fue lo que los llevó a crucificar a un brujo?

Cuando llegué a Quetzalan, empaqué mis cosas y pagué la cuenta, ya había oscurecido y estaba lloviendo. Mientras manejaba por el sinuoso camino hacia San Martín, pensaba en los brujos. Había algo muy extraño sobre la responsabilidad subjetiva que los brujos y curanderos sentían por sus actos y, cuando curaba, yo mismo también sentía parte de esa desconexión. La Santísima Tierra era simultáneamente la Tierra de los Muertos y la fuente

189

de la vida. Corno cantaban los antiguos aztecas en los tiempos de la hambruna:

Ah, los frutos de la tierra, todo lo verde y lo que crece  
se han marchado,  
¡se han ocultado!  
¡Oh Dios, Nuestro Dios, Dios de Tlalocan,  
Nuestro Proveedor!  
¿Qué es lo que tu corazón desea?

Mientras conducía mi carro por la brecha, al aproximarme a las pronunciadas curvas en medio de la oscuridad y la lluvia, los faros iluminaban a algún animal que se escabullía entre los arbustos o una oscura figura jalando a un burro con una pesada carga de leña. Eran extrañas imágenes y las sombras que distinguía parecían pertenecer a un pasado que en realidad no lo era, ahí, en el camino a San Martín. Al llegar al pueblo, nada más había un par de luminarias y unas cuantas señales del siglo XX.

Subí por la loma hasta la casa de los García y ahí me detuve. Me esperaba un viaje de por lo menos cinco horas hasta la ciudad de México, tal vez más, tornando en cuenta las condiciones del tiempo. Al bajar de mi carro, luché para abrir el paraguas y encendí un cigarrillo. Quizás debía quedarme en Quetzalan e iniciar el viaje temprano por la mañana.

-Buenas noches --dije mientras me aproximaba a la puerta.

-Buenas noches -dijo Raúl, el padre de Linda, desde adentro-. ¿Dónde ha estado usted? Lo hemos estado esperando.

-¿No les dijo su madre que había ido por el carro? -pregunté, sacudiendo el paraguas y fumando el cigarrillo para que hubiera mucho humo y se alejaran los malignos seres sobrenaturales en la noche.

-No está aquí.

-Bueno, la vi en casa de Rubia hace un buen rato y le dije que iba por el carro. ¿Todavía está allá?

190

-Debe estar. A lo mejor Pepe, el hijo de José, puede ir por ella. Lilia nos preparó unas gorditas y tlacoyos para el camino. Nada más déjeme ir por mis cosas y estaremos listos para irnos.

Raúl tenía dos enormes costales que llenaban completamente el compartimiento trasero y delantero de mi recién adquirido *Volkswagen* sedán. Llegué a la conclusión de que sería un largo y lento viaje hasta la ciudad de México con cinco personas y todo el equipaje de Raúl.

María y Linda estaban listas para partir. José nos ofreció a Raúl y a mí una copita de *yolixpa* mientras esperábamos que regresara su madre. No le gustaba la idea de que se fuera a la capital y me lo dijo. Aseguró que nunca había ido más allá de Zacatlán y le pidió a Raúl que cuidara muy bien a la anciana. Raúl le aseguró que así lo haría, al igual que sus otros hermanos. Estar en la ciudad de México sería como estar en casa, le dijo a José. Tal vez mucho mejor, pensé.

Finalmente, llegó doña María. Entró en la casa, se quitó sus galas de domingo y puso algunas cosas en un viejo costal. Colocó todo aquello en un paquete atado con una gruesa correa alrededor de su cabeza, como si fuera a ir al mercado o a hacer un largo recorrido hacia los cafetales.

-No necesita hacer eso, madre -dijo Raúl-. Aquí está el carro de don Timoteo. El cochecito rojo que está justo allá.

-Ah, así es como nos vamos a ir. Pensaba que a lo mejor el sacerdote había dejado su coche ahí el padre Guillermo, el párroco del pueblo, también tenía un auto de ese mismo color, pero de otro modelo. Para doña María, un carro rojo, era un carro rojo.

Doña María, Linda y su madre, María, se amontonaron en la parte posterior y Raúl se sentó adelante conmigo. Nos despedimos de todos y partimos en medio de la densa y brumosa lluvia. Era un viaje muy lento a Quetzalan con el carro a toda su capacidad y con los vidrios de todas las ventanillas subidos. Raúl y yo hablamos de su nuevo trabajo en la universidad y lo mejor que le iba en lugar de cosechar café. A las personas que se dedicaban a la pizca de

191

café les daban un lugar para quedarse, que muchas veces era algo más que un cobertizo o una choza y unos cuantos pesos por cada saco de cuarenta y cinco kilogramos que se entregaba.

Al ir subiendo por las empinadas curvas hacia Zacatlán, pude escuchar que doña María empezaba a sentirse mal. Empezó a vomitar. Por fortuna había dejado de llover y bajé los vidrios, pero esto no ayudó a disipar el olor. Yo mismo empecé a sentir náuseas. Afortunadamente, encontré un lugar donde detenerme y todos bajarnos a tomar un poco de aire fresco. Raúl y yo limpiamos el asiento trasero lo mejor que pudimos y luego, después de poner una manta abajo, se pasó atrás y dejó que su madre se sentara en el asiento delantero.

Fue peor para ella. Me di cuenta por las luces de los carros que se aproximaban a nosotros en sentido contrario de que tenía los ojos grandes de miedo y sus nudillos estaban blancos de tanto aferrarse al tablero del *Volkswagen*. Definitivamente, era el primer viaje que hacía en carro. Trataba de platicar con ella para calmarla, pero en todo el camino hacia el valle de México no chistó ni media palabra y se la pasó agarrándose del tablero.

Nos detuvimos en Oriental, rumbo a la ciudad de Puebla, a poner gasolina. Era evidente que doña María nunca había visto tampoco una gasolinera. Se bajó del coche, caminó unos cuantos metros y se puso en cuclillas para orinar. Los amplios pliegues de su falda le daban bastante privacidad.

No dije nada, pero el despachador comentó disgustado: "¡Indios! ¡Estos indios!".

Compré un poco de atole, para calmar el estómago, y un refresco en un pequeño restaurante que estaba abierto las veinticuatro horas y se lo di a doña María, esperando que le ayudara a calmar su malestar estomacal. Sonrió cuando comenzó a soplar sobre el líquido caliente. Dijo que entre sus cosas llevaba unas gorditas, por lo que abrí el portaequipajes y las saqué. Nos las comimos bajo la luz del anuncio de PEMEX bajo el penetrante frío de las montañas. Me confió que nunca se había alejado tanto del pueblo y preguntó

192

si todavía faltaba mucho para llegar a nuestro destino. Le dije que sí y nos volvimos a subir al coche. Los demás se durmieron al pasar por la bien iluminada zona industrial, al empezar el extenso Valle Oriental.

Doña María no podía dormir. Se la pasó platicando nerviosamente, haciendo preguntas sobre los parientes que vivían en la ciudad de México. Finalmente, cuando llegamos a la caseta de cobro de Puebla, pensé que era el momento indicado para preguntarle si alguno de esos parientes había tenido algo que ver con lo de los brujos. El tema de la brujería no era algo sobre lo que le podía preguntar directamente. Tenía que hacerlo de manera muy sutil.

Por fin, después de varios intentos, me dio la respuesta normal que estaba acostumbrado a escuchar: "Bueno, una vez hubo muchos de esos. Pero ahora ya todos se han ido".

-¿Qué les pasó? -pregunté.

Miró hacia atrás, tal vez para asegurarse de que todos estuvieran dormidos. "Se mataron entre ellos o se fueron del pueblo."

-¿Por qué? -abrigaba la lejana esperanza de que me hablara un poco más de ese asunto.

-Porque finalmente crucificaron a uno de ellos. Era mi tío, Martín Santos. Eso fue lo que ahuyentó a todos los brujos.

-¿Él era brujo? -pregunté, confundido por su repentina franqueza.

-Ya lo creo -respondió-, y los Sandoval acabaron con él. Martín Sandoval, que solía ser maestro de danza de los Santiagos, fue el que lo hizo.

Los Santiagos era un grupo local de danza que presentaba un espectáculo medieval de baile y drama de san Juan en las festividades locales. Los Sandoval habían sido los organizadores y maestros de danza por generaciones porque poseían la primera copia de la obra en el pueblo. Sin embargo, en algún momento de la década de 1920, cuando los Sandoval ya no tenían suficiente dinero para financiar el festival, Manuel Sánchez adquirió una copia del texto

193

de un hombre de otro pueblo y formó su propio grupo de danza. Esto hizo enojar mucho a los Sandoval.

-¿Cómo pasó eso? --pregunté-. ¿Cómo lo mataron'?

-Bueno, fue por uno de los hijos de los Sandoval que lo ajusticiaron. Dicen que le dieron una "mordida de tigre" justo en el cuello, fuera de su casa, por la noche. Lo degollaron. Ahí lo dejaron. Se desangró. No le quedó una sola gota de sangre. Dicen que fue obra de un brujo. Raúl e Inocente no estaban; se habían ido del pueblo. Eran los dos que hacían ese tipo de cosas, todo el mundo lo sabía, pero no estaban en el pueblo. Don Martín Sandoval estaba furioso. Primero habló con los Sandoval y los Cruz para conseguir un brujo que se encargara de ese par, pero Martín quería acabar con todos los brujos.

"Dijo que tenían que exterminar a todos los brujos. Fue con los pistoleros que trabajaban para Inocente y les dijo que tenían que ayudarlo a acabar con los brujos. Fue con los Martínez y les dijo que le tenían que ayudar a matar a todos los brujos. Fue con algunos de los Sánchez y también les dijo que le tenían que ayudar; de lo contrario, serían los siguientes que perderían a alguien. Don Martín pidió a todos que acudieran a la iglesia y se llevaron ahí el cuerpo de aquel joven. Fueron todos los que estaban en la velada y también acudieron otros tantos. Pusieron el cuerpo del muchacho justo frente a la iglesia y todos llevaron flores. Había cerros de flores para el desdichado y también velas e incienso.

"Todos vieron al muchacho. Ni siquiera estaba amortajado. Le dejaron la ropa ensangrentada y lo llevaron a la iglesia. Martín Sandoval estaba furioso. Se la pasó diciendo a todos que los brujos harían lo mismo con los demás si no los detenían. Don Martín les dijo cómo habían sido embrujados en su familia y entonces todos los demás comenzaron a hablar sobre los otros que se sabían embrujados. Todos conocían a alguien a quien los brujos habían mandado a la tierra. Los brujos habían mandado a más gente a la tierra que los pistoleros y les tenían mucho miedo. Martín se la pasó todo el día bajo la lluvia con el cuerpo del muchacho, llorando con su

194

madre y todos los Parientes y hablando de lo malvados que eran los brujos.

-Esa noche, había ahí muchos hombres y también mucho aguardiente. Todos estaban bebiendo y estaban furiosos por lo de los brujos, Entonces, había muchos brujos, pero los realmente malos no estaban en el pueblo. Estos malvados sabían cuándo debían marcharse. Los hombres que estaban en el patio de la iglesia comenzaron a decir quiénes eran brujos y fueron a sus casas, pero casi todos sus familiares aseguraban que se habían ido. Se fueron lo más rápido que pudieron. El padre de don Pedro se fue, al igual que don Manuel Martínez, Eduardo Sánchez y Miguel Santos. Los hombres iban de casa en casa, buscando a los brujos, pero ya todos se habían ido -es decir, los verdaderamente malos, los que eran realmente peligrosos."

Me sorprendió la sinceridad de doña María. ¿Acaso había hablado con Pedro y supo de mi interés? ¿Había alguna otra razón? ¿Alguna relación entre ella y Pedro en el pasado? Me preguntaba si Pedro la había animado o aconsejado. ¿O acaso había sido Rubia? Suponiendo que lo que decía doña María fuera cierto, por lo menos para ella, yo trataba de encontrar los diferentes lados del asunto y me di por vencido. Era un alivio sólo ir conduciendo y escuchando.

"Fueron a la casa de mi tío, que estaba bajando la loma, y los escuchamos gritar: '¿Dónde está ese brujo? ¿Dónde está ese brujo asesino?' Echaron abajo la puerta y mi tío estaba ahí, escondido. No se había ido. Lo encontraron.

"Lo agarraron ahí en la casa, lo amarraron y lo llevaron a la plaza frente a la iglesia donde estaba el muchacho. Todos le hicieron cosas horribles a Martín. Lo golpearon y le quemaron los pies y los brazos. Gritaba que los iba a matar, pero lo siguieron martirizando, toda la noche. Los escuchamos toda la noche, con el tío Martín. Le hicieron cosas horribles, pero no lo mataron. Lo mantuvieron ahí donde estaba el cuerpo del muchacho y lo golpearon y quemaron. Pero no lo querían matar porque era posible que otro brujo acabara con alguno de ellos.

195

"Por la mañana, sacaron la cruz de la iglesia, con la que caminaban por el pueblo el Viernes Santo, y cavaron un hoyo frente al patio de la iglesia. Ataron a mi tío en la cruz, porque iban a llevar al muchacho al cementerio. Lo iban a enterrar y dejaron a mi tío en la cruz, atado, quemado y sangrando. Estuvo ahí todo el día mientras enterraban al muchacho. Nadie se atrevía a salir de su casa, pero se podía escuchar a mi tío gritando que todos se iban a morir. La tierra los consumiría a todos, gritaba. Todos se iban a morir. Don Raúl y don Pedro lo iban a agarrar, pero al ver que no lo hacían, también se puso a gritar que Raúl, Pedro e Inocente serían consumidos. ¡Aseguraba que todos morirían ahí en la tierra!

-Sepultaron al muchacho y todos regresaron al patio de la iglesia y le hicieron más cosas horribles a mi tío. Le arrojaban cosas, lo cortaron y le dijeron que le iban a hacer lo mismo a don Raúl, don Inocente y don Pedro si los encontraban. Decían que era lo que se merecía un brujo. Iban a atrapar a todos los brujos, afirmaban, y fueron a la casa de los Cruz. Había mucho aguardiente. Ocasionalmente, algunos regresaban de la loma y lo golpeaban o le arrojaban objetos a mi tío y él seguía furioso. Finalmente, alguien le destrozó la cabeza con una enorme piedra.

"Mi tía y su hijo fueron allá, en medio de la oscuridad, bajaron al tío Martín y lo amortajaron. Lo subieron a un caballo y lo llevaron a Quetzalan a enterrar. No lo podían sepultar en San Martín; la turba lo habría desenterrado y arrojado a los animales o a las cuevas. Dijeron que no querían brujos en San Martín.

"Cuando llegaron a Quetzalan, fueron a ver al padre Héctor, el sacerdote del cementerio. Ahí vivía. Preguntaron si podían sepultar a mi tío y le explicaron que la gente de San Martín pensaba que era un brujo y no lo querían sepultar ahí. El padre Héctor preguntó si era brujo y le respondieron que no; pero era un brujo, como todos los demás. El padre procedió a bendecir el cuerpo, y al ver lo que había sucedido, decidió llamar a la policía y al comandante (le la zona militar. Detuvieron a mi tía y a su hijo. Los encerraron en la cárcel de Quetzalan varios días y después les dijeron con detalle

196

lo que le habían hecho a mi tío Martín. Luego, fueron por don Pedro, el padre de Pedro y todos los demás.

"El ejército fue a San Martín y agarró a todos los que se habían quedado. Los Cruz y los Sandoval se fueron, al igual que la mayoría de los habitantes del pueblo. Mi padre nos llevó a todos al cafetal. Eso lo escuché de mi tía. Ella estuvo detenida varios días con don Pedro y los demás y luego la dejaron ir, pero se llevaron a Pedro a Puebla, al igual que a algunos de los otros. Fue así como todo terminó. Don Raúl se fue a Puebla, con la madre de Pedro y don Inocente no regresó en mucho tiempo. José Sandoval se fue, al igual que Manuel Cruz. Los Cruz tenían brujos de Yohualichan. Después de que acabó lo de las muertes, tampoco quedaron muchos. Después de eso, nadie quería que lo tacharan de brujo. Temían correr la misma suerte que mi tío. Incluso, después del regreso de Inocente y cuando había vuelto el hijo de don Pedro, ya no había más brujos, no como antes."

-Pero sigue habiendo brujos y todavía hay algunos que buscan el alma de la gente. ¿Qué hay de ellos? -pregunté. Estaba sorprendido por los vívidos recuerdos de la anciana. Debió de haber hecho a un lado su aflicción mientras me contaba esa sangrienta historia. Yo habría hecho lo mismo. Estaba pasmado.

-Bueno, ya no son como antes -dijo doña María-. No son asesinos. Algunos de ellos pueden robarse un alma con mal de ojo o enviar un viento maligno y otros saben hacer muchas cosas malas, pero no lo hacen, por lo menos ya no tanto, no como antes -se quedó callada un momento. Finalmente, dijo: "Hay muchas clases de brujos. Ahí tienes, tú mismo podrías ser uno de ellos".

Estaba sorprendido.

-No, yo no liaría una cosa así.

-Bueno, pero sí podrías. Te aseguro que sabrías hacer cosas muy malas si te enojaras bastante. Estoy segura de que las has aprendido de Rubia y de ese brujo Inocente.

Cuando acabó de decir eso, estábamos pasando justamente frente a Río Frío y comenzábamos nuestro descenso hacia la ciudad

197

de México. Doña María resolló. Nunca había visto nada parecido a ese vasto mar de luces brillando ante sus ojos. Me preguntaba con qué las asociaba. Un viejo zapoteco que había llevado a la ciudad por esa carretera pensaba que cada luz era un pueblo separado y que había millones de ellos en el valle. La mayoría de sus pueblos tenían solamente una luminaria pública, instalada por la Comisión Federal de Electricidad.

Seguimos platicando de brujos durante un rato, pero estaba fascinada por la vista de la ciudad. Al entrar en la capital, dejé a los García lo más cerca posible de la zona en donde vivían. Todos se echaron auestas sus bultos, hasta Linda, y se internaron en la oscuridad rumbo a casa de los García, perdida entre los millones de jacalones de las ciudades perdidas de la ciudad de México.

Llegué a casa pasada la medianoche. Bajé mis cosas del carro y, al mirar hacia arriba, me percaté de que se había extinguido la llama de mi veladora. Subí a mi estudio y encendí otra antes de acostarme.

Esa noche, fue la última en que soñé con Arcadio Cruz. Fue un sueño bastante extraño. Estaba yo parado frente a una enorme superficie blanca, como una pintura con un triángulo imperfecto encerrado en un círculo más o menos a la altura de los ojos. Debajo del círculo había trazada una línea horizontal azul y el triángulo estaba pintado con un color como el de las polvorientas calles por las que tantas veces había caminado. En el centro del triángulo había un orificio, a través del cual me miraba un solo ojo oscuro.

Despacio, directamente desde arriba en el punto más alto del triángulo, un enorme péndulo comenzó a balancearse. El ojo brillaba cada vez que pasaba. Nunca antes había visto algo tan abstracto en un sueño. Miraba el ojo y el péndulo. Luego me percaté de que alguien estaba parado junto a mí. Me volví. Era Arcadio Cruz y me dio un fuerte abrazo, me apretó tanto que apenas si podía respirar. Me dio mucho gusto volver a verlo y me sentí bien. Estaba yo sonriente. El estaba igual que siempre. Era el hombre de la fotografía.

"Ahora ya lo sabes", me dijo. Me tomó de la mano y me llevó a la imagen a través del orificio donde estaba el ojo. Nos fuimos por un camino bien pavimentado y pasamos por verdes junglas de helechos, enormes begonias y brillantes momórdigas y enredaderas de campanillas. Lo volví a seguir a la madriguera del tlacuache y vimos al viejo marsupial que nos había dado alojamiento en sueños anteriores.

Nos invitó a pasar, pero esta vez no había ningún brujo afuera. Luego subí por los bancos de un largo río con Arcadio hasta llegar a una agitada cascada. Había tanto ruido que apenas se escuchaba lo que decíamos. Ahí nos quedamos, doña María salió de entre la bruma, rodeando el estanque como si no nos hubiera visto. Arcadio comenzó a trepar por los riscos y yo lo seguí, pero me caí.

Creo que me gritó: "¡Ahora ya lo sabes!", antes de que me despertara y sí lo sabía. Sabía quién lo había embrujado y también quién había embrujado a Rubia. Ya casi amanecía, y aunque estaba muerto de cansancio después del viaje, sabía que ya no podría volver a dormir. Fui al estudio y empecé a escribir todo lo que había escuchado y hecho en San Martín.

SABÍA QUE TEMA que volver a hablar con Inocente. Debía saber por qué. Tendrían que pasar muchas semanas antes de que volviera a tener la oportunidad de visitar la Sierra. Me la pasaba pensando, tratando de darle sentido a todo lo que había escuchado y visto: los relatos de brujería y asesinatos y los fervientes desmentidos de participación y responsabilidad en aquellos hechos. Sabía quiénes eran los brujos y conocía los métodos que usaron para matar a la gente -bueno, casi todos-. Aunque no había un solo responsable de todos los asesinatos.

Durante mucho tiempo no dije nada de esto a nadie. En verdad no podía decir nada a mis colegas en la universidad. Ninguno de mis conocidos habría entendido todo esto. Yo mismo no lograba comprenderlo y, después de todos estos años, no sé lo que significa. Pero sabía que tenía que volver a hablar con el viejo Inocente.

Varias semanas después, cuando finalmente vi al anciano canoso con aspecto de duende, no sabía cómo empezar a hablar del tema de la brujería. Fui a verlo con el pretexto de preguntarle sobre sus relatos, pero al poco rato, sabía que lo había ido a ver por algo más. Mis preguntas eran ambiguas y divagaban en términos generales sobre los responsables de los actos de brujería. Parecía que no quería entender.

Finalmente, fue directo al grano y me preguntó: "Bueno, ¿qué es lo que te trajo por acá?"

-Quería saber de Rubia -respondí-. ¿Por qué le hizo usted eso?

-¿Hacerle qué? -preguntó inocentemente.

-Usted la embrujó. Hizo que se posara sobre ella la "sombra de la muerte", ¡y es su comadre! ¡A lo mejor hasta era su mujer! Fue una madre para Lucas, su hijo, y es hermana de usted en la senda. ¡Es su mejor amiga en el pueblo! Estaba furioso con el anciano.

-Se fue contra todos, contra todos los que necesitaban su ayuda, sus sueños -dijo tajante, haciendo caso omiso de mi enojo-. No vinieron conmigo. Yo buscaba justicia. Hice lo que necesitaban. Nada más. Ellos no se la llevaron -me recordó con una mirada satisfecha.

-Pero casi muere.

-Eso habría sido justo

-Justo? ¿Justo?... ¿como con don Arcadio Cruz?-me estaba enfureciendo aún más.

Inocente estaba entonces sorprendido por mi enojo y porque mencioné a Arcadio Cruz. ¿O acaso era por mi necesidad?

-Busco justicia. Es lo que hacemos en esta tierra. Arcadio Cruz era un brujo.

-Bueno, usted también lo es.

-Y tú también, quizás un día, si aún no lo eres. Todos debemos buscar justicia en esta tierra. Es nuestra madre, nuestro padre, la tierra la que nos la da. No hacemos nada aquí sin su permiso. No

somos más que frutos de esta tierra. Un brujo no es más que un brujo para quienes no entienden la forma de ser de la Santísima Tierra,

-¡Pero usted mató a Arcadio y casi acaba con su comadre!

-No hice más que servir a los dioses en la tierra -dijo Inocente en un tono tan tajante que no me quedó más que ponerme de pie y marcharme. Fue la última vez que vi al anciano.

EL CAMINO HACIA  
TALOCAN

LAS MONTAÑAS ALREDEDOR DE SAN MARTÍN y Quetzalan siempre han servido de refugio a quienes huyen de las luchas de poder y otros problemas en áreas más ricas y accesibles de México. Al igual que los otomíes, totonacas y tepehuas que arribaron antes, muchos de los antepasados toltecas de los habitantes de San Martín llegaron ahí tras el derrumbe de su imperio durante el siglo XII. Posteriormente, arribaron otros grupos que escapaban de la Conquista española y sus secuelas. Hoy es difícil imaginar que los pueblos de San Martín, cuyo modo de vida consistía en sembrar maíz o café o en dedicarse a hacer construcciones modestas en esta zona marginal, conservaran las tradiciones de los constructores de imperios, de soberbias pirámides y grandes ciudades.

202

Estas antiguas pirámides, plazas y recintos sagrados construidos por sus antepasados y por sus padres opacaban a las construcciones del mundo occidental en su tiempo. Gracias a la imposición de tributos en un área casi del tamaño de toda Europa, el imperio azteca se mantuvo unido por sus espectáculos públicos, su grandeza arquitectónica, sus grandes mercados, el terror psicológico, la intimidación ideológica y, especialmente, por el ritual de los sacrificios humanos. Estos se realizaban en las inmediaciones del Templo Mayor, cerca del centro de lo que actualmente es la ciudad de México. Era ahí donde el corazón de los guerreros cautivos era, ofrecido al sol y los lloriqueantes niños eran ahogados para Tlaloc, dios de la tierra y el inframundo.

Los sacerdotes que realizaban esos sangrientos rituales no eran nada más viles asesinos, sino también lo que llamaríamos intelectuales del imperio: los astrónomos, los encargados de llevar los libros de los sueños, adivinos y hechiceros. En trances oníricos, muchas veces con la ayuda de sustancias alucinógenas, viajaban por el inframundo, tratando de conocer la voluntad de los dioses. Eran chamanes, adivinos y curanderos de gran altura que se preocupaban por su pueblo y por sus dioses. Eran los ancestros de las tradiciones seguidas por Inocente y Rubia.

Guiados por los sacerdotes, los aztecas, como muchos otros grupos antes de ellos, "emergieron" de los desiertos al norte de Chicomoztoc, el "Lugar de las Siete Cuevas". Según la mitología, fue el último grupo bárbaro que llegó a ese lugar. En su viaje hacia el sur en busca de "el lugar" donde, de acuerdo con las profecías, fundarían su gran ciudad Tenochtitlan, asiento de la actual ciudad de México, los aztecas comenzaron a absorber las cualidades de la civilización. Los toltecas, que anteriormente habían dominado el Valle de México, fueron para los aztecas los grandes arquitectos de la civilización mesoamericana. Los aztecas proclamaron a los toltecas como la fuente de su autenticidad y los adoptaron como sus antepasados mediante la hábil modificación de la historia y linajes dinásticos.

204

Mucho antes de que los aztecas concluyeran su viaje, los toltecas ya habían abandonado su gran ciudad de Tula, en el actual estado de Hidalgo, al noreste de la ciudad de México. El famoso Quetzalcóatl era su mítico rey-dios. Era un sacerdote ascético que estaba en contra de los sacrificios humanos y un rey que veía por su pueblo. Les trajo "maíz de cinco colores", "algodón de cinco colores", piedras preciosas y metales, cacao y ricas plumas que valían más que el oro. Fue él quien también promovió las artes y la literatura.

Vencido y denigrado en su ciudad capital por los ardides del brujo Tezcatlipoca, el "Dios del espejo humeante", Quetzalcóatl y su gente se fueron por el este cruzando la Sierra de Puebla y llegaron a las playas del Golfo de México, cerca de lo que actualmente es el estado de Veracruz. Ahí Quetzalcóatl se encontró con su destino en una terrible conflagración y se fundió con Venus como la estrella de la mañana, prometiendo a su pueblo que regresaría. En este drama mitológico, Quetzalcóatl —el rey benigno y portador de la luz— y Tezcatlipoca —el brujo maligno y portador de la oscuridad— actuaron un papel de dualidad difundida en Mesoamérica. La tradición de Rubia e Inocente encierra la misma dualidad: la capacidad de curar y la capacidad de matar.

Empero, la tolteca no fue la primera civilización de Mesoamérica. Los ricos valles en las regiones montañosas de la zona central de México ya habían sido testigos de un milenio de floreciente civilización. A la llegada de los toltecas de la zona desértica del norte, hacia finales del Período Clásico de México (alrededor del año 200-600 d. de C.), el gran centro urbano de Teotihuacán ya había florecido y estaba decayendo.

Esta vasta ciudad, localizada muy cerca de lo que es hoy la ciudad de México, era una metrópoli multilingüe y multiétnica con más de cien mil habitantes y el próspero centro de operaciones comerciales de toda Mesoamérica. Tras un extenso período de decadencia, fue parcialmente saqueado y quemado alrededor del año 650, tal vez por parte de los toltecas o sus parientes, los nahuas.

204

La flor que Rubia dibujó en el piso de tierra de la choza con el fin de ilustrar la forma y el aspecto del inframundo es abundante en las ruinas de Teotihuacán. Tal vez era un ícono que hacía recordar constantemente la relación de los diversos pueblos en la gran ciudad con la tierra y Talocan. En todas partes de Teotihuacan había imágenes de Tlaloc, el dios de Tlalocan, y su culto predominaba en la ciudad.

Abajo de la Pirámide del Sol, en Teotihuacan, un grupo de arqueólogos descubrió hace poco una cueva que, por supuesto, era de vital importancia y tal vez la utilizaban mucho antes de la construcción de la pirámide. La salida de "La Cueva" es un tema constante incluso en el arte olmeca, la primera civilización de Mesoamérica, que existió mucho antes que Teotihuacán. Doris Heyden fue la primera en sugerir que tal vez esa cueva era un "Chicomoztoc" como el de los aztecas, el mítico punto de origen de los pueblos de Mesoamérica. Rubia también hablaba mucho de una cueva que era el "verdadero corazón", el verdadero centro del inframundo. En ese lugar se entraba, según ella, por una cueva debajo de la "Plaza Central" de la ciudad de los dioses en el centro del inframundo. Tal vez la cueva debajo de la Pirámide del Sol era la entrada a ese mismo lugar sagrado.

Nadie sabe quién erigió Teotihuacán, o quiénes eran en realidad los olmecas, y si nos remontamos tratando de determinar quiénes fueron los que originaron el culto de la tierra y el cielo, éstos se pierden gradualmente. Finalmente, nos encontramos con la clasificación arqueológica de restos óseos, maíz, piezas de cerámica, carbón vegetal y el tizne en los techos de esas cuevas sagradas.

Después de la conquista española a principios del siglo XVI, mucho de lo que conocemos sobre la historia y las tradiciones de los pueblos precolombinos fue escrito por frailes españoles, quienes entrevistaron solamente al 20 por ciento de la población indígena que logró sobrevivir al holocausto de la Conquista. Gran parte de esas narraciones fueron alteradas por interpretaciones equivocadas y las ideas predominantes de la "verdad- cristiana",

205

así como por el revisionismo histórico de los aztecas mismos. No se conservó ninguno de los libros de sueños, tratados astrológicos o adivinatorios, casi todos los sacerdotes y líderes políticos y militares aztecas habían muerto o huido. Por lo tanto, la búsqueda de los orígenes de la tradición de Rubia e Inocente implica la intrincada decodificación de datos arqueológicos, lingüísticos y mitológicos. Cuando todo esto se combina con los textos, la historia, la realidad, el horror, muchas veces se mezclan los mundos de los sueños, trances y revelaciones.

La conquista militar y política del imperio azteca por parte de los españoles solamente tomó unos años, pero la conquista espiritual de su gente y sus pueblos, especialmente los enclavados en las montañas, no fue tan rápida. Cuando los primeros doce monjes franciscanos llegaron al puerto de Veracruz y se dirigieron a la ciudad de México como alusión a los doce apóstoles, convirtieron a miles de indígenas, bautizando a los nativos del Nuevo Mundo por millones, de acuerdo con sus propios cálculos. Al principio, el entusiasmo de los indígenas por este nuevo reino de la cristiandad era ilimitado. Los indígenas conversos ayudaron a derribar los templos, construyendo rápidamente enormes catedrales y escuelas sobre sus ruinas.

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVI, era evidente que las creencias tradicionales aztecas no podían ser eliminadas con tanta rapidez con la que los templos habían sido derrumbados, los sacerdotes eliminados y los libros quemados. Los nativos del Nuevo Mundo, aunque adoraban a los dioses, santos y vírgenes de los frailes con gran devoción, mezclaban lo nuevo con lo viejo. Los hallazgos de casos de "superstición" e "idolatría" de los nativos, muchas veces logrados con base en torturas por parte de los sacerdotes católicos de segunda y tercera generaciones y las rebeliones encabezadas por líderes mesiánicos, como Juan Ocelotl, en la Sierra de Puebla, pronto llevarían a las autoridades civiles y religiosas a concluir que aún debían recorrer un largo camino para eliminar las creencias de los indígenas.

206

Hoy, después de cuatrocientos años, el trabajo de los frailes ha resultado en una religión pública que es el sostén de la jerarquía católica y civil; es un hecho que la adoración del "Dios del Cielo", su hijo y los santos ha sustituido las viejas ideas del papel de la sangre de los sacrificios para mantener el flujo del universo. Pero hay implícita una religión privada, doméstica, básicamente desconocida para los extraños. Los indios nahuas siguen rezándole a la Santísima Tierra, Talocan. No es un sincretismo ni una mezcla -los dos sistemas existen de manera conjunta-. Rubia desde el principio fue una buena católica, pero también sirva de los Dioses de la Tierra.

No obstante, en descubrimientos recientes acerca de los nahuas, se trata de más que una cuestión de preservación de las creencias antiguas. Una vez pasada la agitación de la Conquista y cuando los sobrevivientes se habían ajustado al nuevo orden, la paz volvió a reinar. La población recreó su modo de vida tradicional sembrando y cosechando maíz, el cual era sumergido en cal, molido y convertido en tortillas para poner sobre ellas frijoles y salsas, como lo habían hecho sus antepasados.

Empero, los problemas volvieron a surgir. Primero fueron los franceses, que pasaron por la sierra en pos de defender al emperador títere Maximiliano en la década de 1860. Luego vendrían olas de conmoción, básicamente desde el norte, causadas por el acelerado crecimiento económico de los Estados Unidos y de Europa a finales del siglo XIX. Tras percatarse del potencial de obtener recursos en efectivo por la venta de café, los caciques en la costa este de la República Mexicana vieron un lucrativo mercado en Nueva Orleans, que había sido controlado hasta entonces por los brasileños. A medida que se fueron incrementando las exportaciones, la cosecha de café se fue extendiendo a las zonas montañosas de México.

Los lugareños, entonces, reverenciaban a esos magnates como lo hacían con los viejos reyes-dioses míticos. Eran los patrones, los señores, a quienes se les obsequiaban bienes y de quien se podía esperar el sustento.

207

El auge cafetalero duró hasta el siglo XX, pero como era regido por un mercado internacional, los productores locales terminaron perdiendo el control de su imperio económico. La introducción del pago en efectivo de las cosechas significó fundamentalmente la ruptura de la economía tradicional, mientras que la consecuente ruptura social trajo como resultado el surgimiento de nuevas familias y linajes y la caída de familias que antes habían sido importantes. Estos conflictos y rivalidades se conjuntaron con la intensificación de las presiones revolucionarias sobre los habitantes de los pueblos para integrarse a la cultura nacional mexicana. Utilizaron el viejo sistema de creencias, no sólo por su eficacia, sino porque hacía a un lado al sistema legal nacional, los habitantes de los pueblos reaccionaron a su manera ante tales presiones. El resultado en San Martín fue la Guerra de los Brujos, en la cual, si los relatos de los lugareños son precisos, perdieron la vida más de cien personas. Esta guerra terminó en un pacto tácito entre los habitantes en el sentido de que no volverían a utilizar tales métodos. Aunque los mestizos en las zonas urbanas aledañas pensaban que San Martín era un pueblo “lleno de brujos” en un sentido vago medio siglo después de lo acontecido, fue posible para los lugareños negar que la guerra se llegó a presentar. En resumen, se vivió un proceso similar a la revisión de la historia en el viejo estilo azteca de crear “orden en el caos”. Fue sólo gracias a que me involucré personalmente con las tradiciones, la lengua y las costumbres de los habitantes de San Martín como pude descubrir esto antes de que Rubia y sus amigos sobrevivientes murieran hace alrededor de una década.

Aunque tres millones de nahuas todavía viven un aislamiento intolerante a lo largo de México, siguen sin hablar de manera franca sobre su religión, a pesar de la situación política y económica tan relajada que se vive en la actualidad. Consideran que tales creencias resultan irrelevantes a los extraños, pero cuando se les pregunta en la forma correcta, en su propia lengua, es posible que brillen los ojos y respondan, si no están muy asustados: "*Ticmati ipan in talocan*" (Ah, conoce usted el inframundo).

## GLOSARIO

### *Nota sobre la pronunciación de vocablos aztecas*

La ortografía utilizada en este libro se basa en una ortografía desarrollada para el azteca clásico por los frailes españoles en el siglo XVI; se fundamentaba en la pronunciación M español de aquella época. Generalmente, las vocales se apegan al español moderno y no se aprecian algunas diferencias en términos de duración, aunque sí existen. La *j* se utiliza para la consonante glótica oclusiva, que se escucha más como la *h* en inglés. Las combinaciones *hu* y *uh* se pronuncian como la *w* en inglés. La combinación *qu* antes de una *a* se pronuncia como en el caso de "quiet" [cuáyet], pero como la *k* en otras palabras. La *x* es pronunciada como la combinación *sh* en inglés y *tl* es un solo sonido, como en "kettle[ket'll].

210

**abrazo** Forma de saludo en América Latina.

**Acihuah** La "Mujer del Agua", la Reina de las Aguas al oriente del inframundo, quien normalmente vive en la Casa de las Mujeres en el oeste.

**aguardiente** Bebida alcohólica fuerte destilada, de consumo popular en la Sierra de Puebla.

**ahuane** Una de las divinidades de Talocan, literalmente "el del agua". Los *ahuanes* son las deidades que viven en las aguas y se encuentran en los estanques y ríos de la Sierra de Puebla.

**ajmotocnihuan** Literalmente, "los que no son nuestros hermanos". Término empleado para referirse a aquellas divinidades consideradas como los siervos de los Dioses de Talocan.

**Alas** Marca de cigarrillos de sabor muy fuerte que se fuman en la Sierra de Puebla.

**alguacil** Literalmente, "verdugo", pero por lo general es un puesto de la jerarquía civil en la mayoría de los pueblos, equivalente a un guardián.

**alpixque** Algunas de las deidades de Talocan, literalmente, "los guardianes de las aguas", quienes liberan las aguas de los ríos, cascadas y manantiales.

**Apan** Literalmente, el "Lugar del Agua". También el Gran Mar del oriente del inframundo.

**atole** Bebida hecha a base de maíz. Muchas veces saborizada con azúcar o chile.

**Atotonican** Literalmente, "Lugar de las Aguas que Hierven", pero también la fuente de calor al sur del inframundo, la casa de Colohuetzin o monstruo de la tierra.

**autoridades** Los funcionarios oficiales de la ciudad o el campo.

**bigote** Derivado del español, conjunto pequeño de pelos que crecen sobre el labio superior.

**cacique** Persona que ejerce una autoridad abusiva en una comunidad.

**cafetal** Plantación de café.

**calzones** Literalmente, "prenda interior", pero por lo general es

211

un término que se utiliza para referirse a un pantalón de popelina blanca que se anuda en la cintura y es utilizado por los campesinos en México.

**cazuela** Recipiente ancho y poco profundo que se usa en México para cocinar alimentos.

**Chicomoztoc** El "Lugar de las Siete Cuevas", origen mítico de los pueblos mesoamericanos.

**chilpotzontli** Salsa de chile chipotle con tomates asados, ajo y cebolla, generalmente sazonada con especias en la Sierra de Puebla.

**Colohuetzin** El monstruo de la tierra considerado como el Dios del Sur de Talocan.

**comadre/compadre** El padrino, o auspiciador de un ritual para alguien, que luego se convierte en el equivalente del pariente. En esta relación existen diversas obligaciones.

**comal** Una plancha para calentar tortillas y otros alimentos.

**copal** Incienso de resina (de ciertas coníferas).

**copitas** Vasos pequeños, o las porciones de aguardiente servidas en los mismos.

**curandero/curandera** Sanador indígena; practicante de la medicina tradicional.

**ecahuil** Literalmente, la "Sombra". Término empleado para referirse al lado frío u oscuro del *tonal* que es compartido con el *nagual*.

**Ejecacihuat** La "Mujer del Viento", la Diosa de los Vientos del norte del inframundo, que normalmente vive en la Casa de las Mujeres en el oeste.

**Ejecatan** La "Cueva de los Vientos" en el norte de Talocan.

**epazote** Hierba ligeramente amarga y de uso muy difundido en México por sus propiedades culinarias y medicinales.

**gorditas** Masa de maíz con la que se envuelve una pasta picante de frijoles o chicharrón de cerdo. Se cuecen en una plancha, o comal.

**Ilhuicac** El cielo, nombre genérico nahua de uno de los tres

212

reinos del inframundo. El cielo es el centro de los cultos populares de los santos, vírgenes y Jesucristo.

**Ipalnemoani** Concepto máximo de una deidad, el cual muchas veces es definido como "el dador de vida". Se empezó a utilizar en las plegarias del período azteca clásico y hasta la fecha se sigue empleando.

**juez** Funcionario encargado de administrar justicia.

**kiyauhtiovej** Algunos de los dioses de Talocan, literalmente "los de la luz". Pueden vivir en todas partes, pero generalmente lo hacen en la Cueva de los Vientos.

**Llorona** Personaje de la cultura popular mexicana; usualmente se le compara con Acihuat, "la Mujer del Agua", quien acecha los pozos y ríos tratando de atrapar a los hombres que engañan a sus esposas.

**mapache** Vocablo azteca incorporado al español de México.

**mayordomo** Persona encargada de una actividad particular, como una procesión o las festividades de un santo en la jerarquía religiosa oficial.

**metate** Piedra para moler.

**mictiani** Algunos dioses de Talocan; literalmente, "los que traen a la Muerte". Los campesinos creen que estas deidades comen carne humana.

**milpa** Maizal tradicional.

**Miquitalan** Literalmente, "Tierra de los Muertos", o cementerio, pero también la Tierra de los Muertos en el norte de Talocan.

**mole** *Voz* azteca empleada para referirse a una "salsa". Hoy, por lo general, es una rica mixtura de chiles y chocolate típica del estado de Puebla. Normalmente se sirve en fiestas u

ocasione especiales.

**nagual** Uno de los tres aspectos del alma, equivalente al áter ego animal del individuo.

**nagualli** Brujo o chamán que cambia de apariencia con muchos *naguales*, capaz de hacer el bien y el mal.

213

**nahua** Término étnico general usado para referirse a todos los pueblos que hablan algún dialecto azteca moderno.

**nahuat** Dialecto del azteca moderno hablado en la Sierra de Puebla en los alrededores de San Martín.

**naoalli** Forma de escribir en el siglo XVI el vocablo *nagualli*, del azteca clásico.

**ocote** Madera resinosa utilizada para hacer antorchas y lumbreras.

**olmecas** Cultura generalmente considerada como madre de la antigua alta civilización mesoamericana, costas del estado de Veracruz. desarrollada en las costas del estado de Veracruz.

**otomí** Grupo indígena que habita en los estados de México e Hidalgo, en la cordillera central de la República Mexicana. No se sabe a ciencia cierta cuándo llegaron a la Sierra de Puebla.

**petate** Estera grande de palma utilizada para dormir y sentarse.

**popocamej** (Véase la página 55).

**Quetzalcóatl** La Serpiente Divina Emplumada y Dios-Rey de los toltecas; uno de los héroes centrales en las culturas mesoamericanas. Había quienes pensaban que Cortés era la encarnación de esta deidad.

**refino** Variedad fuerte de aguardiente, alcohol de caña, consumida en la Sierra de Puebla.

**susto** Vocablo español utilizado para referirse al miedo místico o la pérdida del alma.

**Taloc** Término utilizado cautelosamente en la Sierra para referirse al Dios Talocan, o a su personificación. Todos los dioses y diosas del inframundo son aspectos de este Dios principal, que vivía en o era el centro, o "corazón", de Talocan.

**Talocan** El inframundo de los ancestros de San Martín. Conocido en español como la "Santísima Tierra" y el "Infierno".

**talocanca** Algunas de las deidades de Talocan, literalmente, "los de Talocan", quienes sirven a los dioses del inframundo

**Talticpac** La superficie de la tierra, donde coexisten los seres

214

humanos y el mundo natural entre los dos reinos del más allá: el cielo, Ilhuicac, el inframundo, Talocan.

**tatoani** Literalmente, "el que dice algo". El orador, líder o cabeza de un grupo de personas.

**tecuaní** Literalmente, "come-gente"; con frecuencia utilizado para referirse a los jaguares.

**Teotihuacan** La ciudad de las pirámides a las afueras de la Ciudad de México que, en su etapa culminante, dominó el Período Clásico de México (alrededor del año 200-750 después de Cristo).

**tepalcates** Vasijas precolombinas; término genérico empleado para referirse a las vasijas rotas de cerámica.

**tepehua** Grupo indígena residente en la zona limítrofe del norte de la Sierra de Puebla. Nadie sabe de dónde llegaron.

**tepehuane** Algunas de las deidades de Talocan, literalmente, "los de las montañas", que se encuentran en la parte "salvaje" del mundo a las afueras de las comunidades. Siegan y cortan árboles, cazan animales y capturan a las personas que "no viven bien".

**tepeyolomej** Algunos de los dioses de Talocan, literalmente, "los del corazón de la montaña" que viven en cavernas y santuarios de las montañas y que las personifican.

**Tezcatlipoca** "Dios del Espejo Humeante", deidad mágica en la cultura azteca, que luchó contra Quetzalcóatl y salió victorioso.

**tlacuache** Zarigüeya (vocablo azteca incorporado al español de México).

**Tláloc** Dios azteca clásico de la tierra y el agua, el Dios de Talocan.

**Tlalocan** Término azteca clásico empleado para referirse al inframundo y equivalente a Talocan.

**toltecas** Pueblo cuya civilización se desarrolló en la región central de México en los siglos XI a XIII. Su capital era Tula, Hidalgo. Tal vez fueron ancestros del pueblo de San Martín.

216

**tonal** Uno de los tres aspectos del alma, equivalente a la chispa de la vida, el destino o suerte de alguien. Es este aspecto del alma que viaja en los sueños.

**Tonallan** Literalmente, el “Lugar del Sol”, la frontera occidental de Talocan, donde está la Casa de las Mujeres.

**totonaca** Grupo indígena residente en la Sierra de Puebla y gran parte del estado de Veracruz. Nadie está seguro de su lugar de procedencia.

**velada** Término español usado para referirse a la vigilia durante funeral.

**yolixpa** Bebida alcohólica fuerte, de sabor dulce y color verde, hecha con aguardiente y una infusión de hierbas. Similar al *Chartreuse*.

**yollo** Aspecto del alma que se equipara al corazón. Es la fuerza vital interna que da al cuerpo movimiento y vida.

#### AGRADECIMIENTOS

PETER SHOTWELL, UN VIEJO AMIGO, ESCRITOR PROFESIONAL y editor con oficinas en China y Japón, fue el primero en convencerme para que contara este relato en el Hotel Yak de Lhasa, Tíbet. Habíamos viajado juntos desde Chengdu, la capital de la provincia de Szechuan, en caballo, camión, *jeep* y autobús por las colinas de Qinghai antes de llegar finalmente a Lhasa. Yo pensaba trabajar en un libro distinto y mucho más académico, pero las autoridades chinas confiscaron el material de investigación que llevaba a la República China -por supuesto, cosas escritas en lenguas extrañas, como español y azteca, deben de ser material sedicioso-. Shotwell, Edwina Williams, Larry Sullivan y una nutrida audiencia de migrantes, viajeros, turistas y peregrinos, escucharon la primera

218

versión de este relato durante dos noches en Lhasa. Edwina, corno buena antropóloga que es, la grabó. Shotwell y este servidor hicimos un bosquejo mientras visitábamos remotos monasterios Bon-po en las montañas tibetanas. Elaboramos el esquema final para la preparación de este libro mientras nos dirigíamos del Tíbet hacia la provincia de Yunnan. A mí partida de China, me las arreglé para hacer una escala en Japón, donde Shotwell y yo preparamos los primeros capítulos en las oficinas de *Ishi Press*. Fue ahí donde lo convencí de que me fuera a visitar a mi casa en Water Island, en las Islas Vírgenes de Estados Unidos, donde terminamos el primer borrador. Posteriormente, en Nueva York, trabajamos juntos ordenando, redactando y editando el relato. Aunque fueron muchas las personas que colaboraron para la elaboración de esta obra, la versión final fue posible en gran medida debido a Peter Shotwell.

También deseo expresar mi agradecimiento a muchos otros por haberme ayudado en casi 20 años de investigación en México, sobre la que se sustenta este libro. En primer lugar, quiero manifestar mi más profundo agradecimiento a mis amigos, colegas y estudiantes del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Escuela Nacional de Antropología e Historia (INAH y ENAH, respectivamente), así como al Instituto Nacional Indigenista (INI) y a los cientos de amigos en las zonas remotas de México. Los habitantes de las comunidades rurales apartadas fueron mis mejores maestros. Entre mis colegas en México que influyeron de manera especial en esta obra están Doris Heyden, formadora de generaciones de antropólogos, y mis maestros el doctor Karl Heidt, Fernando Horcasitas, don Ignacio Bernal, Thelma D. Sullivan y el doctor Paul Kirchoff. También hago un especial reconocimiento a los muchísimos antropólogos, historiadores, economistas y sociólogos interesados en las religiones mexicanas, a Yolotl González Torres, Elio Masferrer Kan, Johana Broda, B. Dhalgren, Alfredo López Austin, Mercedes Olivera,

219

Neomí Quezada, María Eugenia Sánchez, Eduardo Alarneda y muchos, muchos más. Jaime Litvak King, el extinto Guillermo Bonfil, don Antonio Pompa y Pompa, Enrique Meyer, Luis Vargas, Maricarmen Serra Puche, Miguel León-Portilla y muchas otras personas que me brindaron apoyo institucional y aliento. A través de los años, este trabajo fue posible gracias al apoyo otorgado por la Fundación Nacional para las Humanidades, la Sociedad Filosófica Estadounidense, la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad de las Américas.

Entre mis amigos en Estados Unidos, Dennis y Barbara Tedlock, Peter y Jill Furst, B. J. Price, B. J. Isbell, Gary Gossen, David Carrasco, Tony Aveni, Willard Gingerich, Elizabeth Boone, Evelyn Rattray, Duncan Earle, John Pohl, Richard Haily, Ken Hirth, Dave Grove y Bill Sanders, y muchos otros, fomentaron e influyeron en la elaboración de esta obra. Pedro Luján, Edwina Williams, Peter Wolfé, Michael Knab, la señora E. Olson, Dexter Kelly, Kathy Goss, Taj Jackson, Jenine Pommy Vega, Shelton P. Applegate, G. A. Donovan y otros me hicieron comentarios sobre el manuscrito. Susan Long hizo una labor especialmente buena en la edición final. Marial Thomson y Claire Ritter me dieron alojamiento mientras era concluida la obra; asimismo, fue invaluable la ayuda de Anne Walker y el personal de Claire's, en Chantik. Richard Bozulich, al igual que Gene Andrews y el personal de *Andrews Building Corporation* brindaron ayuda y apoyo de valor incalculable a Peter. Tampoco olvidaré la hospitalidad de Evelyn Rattray. También hay un ángel cuyo nombre debo mencionar: Merle Ogle, la hermana de Doris Heyden, sin cuya colaboración tal vez nunca hubiera podido terminar. Rick Balkin, secretario del agente, propuso este título e hizo

importantes comentarios editoriales. Los jefes de cocina Alain Sailhac, Jacques Pepin, Martin Schaub y Robert Shapiro del Instituto Culinario Francés me ayudaron a encontrar tiempo para terminar este libro. En las Islas Vírgenes de Estados Unidos, siempre será agradecida la ayuda de la gente de *Mafolie Foods* y del *Cafe Normandie*, especialmente

220

George Johnson. Los comentarios editoriales de John Loudon, Karen Levine y nuestro editor de producción, Luann Rouff, de *Harper San Francisco*, también influyeron de manera importante en esta obra.

Finalmente, es a la gente del pueblo al que decidí llamar San Martín, especialmente a mis maestros, a quienes he dado el seudónimo de Rubia e Inocente, a quienes deseo expresar mi agradecimiento por su cordialidad, confianza, hospitalidad y amabilidad. Tal vez la versión final del presente libro no satisfaga a todas aquellas personas que conocen el material en que se basa; personalmente asumo toda la responsabilidad por los medios de que me valí para integrar el relato. Mi objetivo fundamental era escribir narrativa antropológica integrando una obra completa, concisa e interesante que plasmara la carga de 20 años de experiencia, pero que resultara interesante a los lectores. Sólo espero haber podido recrear parte de la esencia del descubrimiento, aventura y enseñanzas alcanzados a lo largo de 20 años de trabajo de campo.

Timothy J. Knab  
25 de diciembre de 1994  
Cuernavaca, Morelos. México

ESTA EDICIÓN SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EL 8 DE ABRIL DE 1998 EN LOS  
TALLERES EDICIONES FA-BC  
SUR 117 No. 2208, COL. JUVENTINO ROSAS  
08700, MÉXICO, D.F.